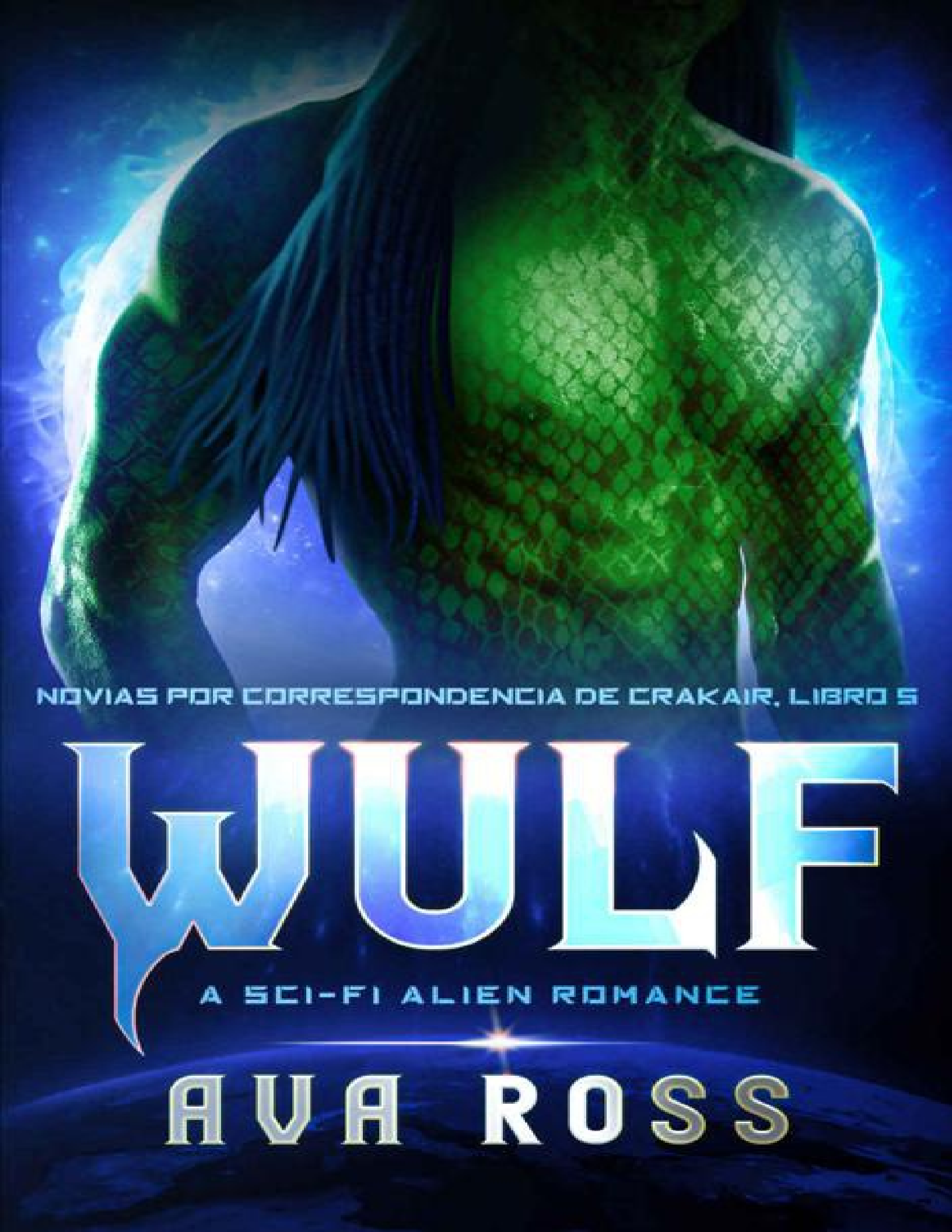

NOVIAS POR CORRESPONDENCIA DE CRAKAIR, LIBRO 5
WULF
A SCI-FI ALIEN ROMANCE
AVA ROSS

# WULF

NOVIAS POR CORREO DE CRAKAIR, LIBRO 5

AVA ROSS

ENCHANTED STAR PRESS, LLC

WULF

Novias por Correo de Crakair, libro 5

Copyright © 2020 Ava Ross

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas con la aprobación previa. Los nombres, personajes, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Portada de Germancreative

Edición JA Wren & Owl Eyes Proof & Edits

Editado en español por Javier López de Lérida.

# Índice

WULF

1. Taylor
2. Wulf
3. Taylor
4. Wulf
5. Taylor
6. Wulf
7. Taylor
8. Wulf
9. Taylor
10. Wulf
11. Taylor
12. Wulf
13. Taylor
14. Wulf
15. Taylor
16. Wulf
17. Taylor
18. Wulf
19. Taylor
20. Wulf
21. Después

LYEL
Acerca del Autor

*Para mi mamá.*

*Para mi familia, que siempre me apoya sin fin.*

*Y para mis compañeros de revisión,*
*que han hecho que mis libros sean infinitamente mejores.*

# WULF

**Él es un guerrero Vikir áspero**
**Ella es una correcta bibliotecaria.**
**¿Puede una mujer terrícola y un alienígena de**
**verdes encontrar el amor juntos en las estrellas?**

Después de ser secuestrada por alienígenas de piel azul, Taylor escapa y se lanza desde una estación espacial en un transbordador que no tiene idea de cómo pilotar. Aterriza de manera forzosa en un planeta cercano compuesto mayormente de selva. Una vez que encuentra la manera de salir del planeta, está decidida a regresar a la Tierra. Hasta que Wulf, su "compañero" Crakairiano, llega a rescatarla. Él le dice que no se opondrá si ella decide volver a casa, pero eso no lo detiene de intentar hacerla cambiar de opinión. Es rudo, con escamas, y demasiado atractivo. ¿Y sus besos? Si pudiera mantener las manos alejadas de él, tal vez podría pensar con claridad. Pero con criaturas selváticas intentando devorarlos, volver a casa quizás no sea una opción.

Como jefe del regimiento de guerreros de su clan Vikir, Wulf está lleno de cicatrices y es tosco, el completo opuesto de su dulce compañera que habla de manera sofisticada y ama los libros. Cuando ella le dice que está pensando en regresar a la Tierra, decide mostrarle lo que se perdería, aunque solo pueda hacerlo de manera torpe y rudimentaria. Pero con las criaturas de la jungla acechándolos, su mayor reto será escapar del planeta.

*Wulf* es el Libro 5 de la serie Novias por Correspondencia de Crakair. Esta historia independiente incluye escenas candentes, alienígenas que se ven y se comportan como tales, un final feliz garantizado, sin engaños y sin finales abiertos.

# CAPÍTULO 1

# Taylor



Taylor iba a matar al idiota alienígena de piel azul y cuatro brazos que le estaba pinchando en la espalda.

—Camina, tú —gruñó él, clavándole su bastón eléctrico.

Mientras ella tropezaba por el pasillo, se apartó el cabello del rostro y miró a su alrededor, observando las paredes de metal liso y el suelo de baldosas que vibraba bajo sus pies. La atmósfera le recordaba cuando abordó el crucero estelar que la llevaría de la Tierra a Crakair. El mismo al que se subieron los tipos alienígenas de piel azul para secuestrarla a ella y a sus dos amigas. —¿Estamos en algún tipo de nave espacial?

—Habla, no —respondió.

Otro golpe con su bastón le hizo soltar el aire de golpe.

Si lo hacía de nuevo, iba a girar sobre sus tacones y darle un buen golpe. Algunos pensarían que las bibliotecarias eran serenas y amables, que evitaban las confrontaciones a toda costa, pero no conocían a Taylor. Sí, por fuera parecía tranquila y correcta, pero por dentro, estaba a punto de estallar, esperando el momento adecuado para hacerlo.

Pasaron frente a una serie de ventanas, y ella se detuvo para mirar afuera. Olvidó su idea anterior. Largos postes metálicos se extendían desde la nave, y pequeñas cápsulas redondas, que podrían ser naves o estaciones satelitales, flotaban en el espacio. Esto no era una nave espacial; era una estación espacial.

Hace aproximadamente una semana, y esto solo era una suposición basada en las veces que los alienígenas le traían comida, se había despertado en una pequeña habitación, atada a una mesa.

Un malvado alienígena azul con grandes agujas la había pinchado y hurgado, afortunadamente dejándola inconsciente la mayor parte del tiempo. Las bromas sobre sondas alienígenas eran el alma de la fiesta hasta que la realidad te alcanzaba y tipos azules aterradores te clavaban objetos afilados en la piel.

Le habían soltado las ataduras periódicamente para que pudiera hacer sus necesidades en el balde que estaba en una esquina, solo para volver a atarla a la mesa el resto del tiempo, como si temieran que escapara. De hecho, habría huido directo a la Tierra si pudiera haber robado una lanzadera.

Hace unos momentos, se había despertado y encontró a este tipo de piel azul en particular parado junto a su camilla, rasgando frenéticamente las correas que mantenían sus tobillos atados a la mesa. Por unos diez segundos, pensó que la estaba liberando. Hasta que la agarró del brazo y la arrancó de un tirón del delgado colchón tan rápido que terminó en el suelo.

Sentada de espaldas contra la camilla, se sostuvo el codo adolorido contra el abdomen. —Vete al diablo, mierda.

—Levántate —le había pateado el muslo—. No mierda. No diablo.

Eso fue reconfortante.

Levantándola del suelo, la arrastró por el pasillo, y cuando blandió el bastón eléctrico en su cara, ella decidió hacer lo que él pedía.

Por ahora. Pero ya verás, imbécil. En cuanto te distraigas, te atacaré.

Unas lágrimas le rodaron por las mejillas, pero las ignoró. Los estudios decían que la gente lloraba en situaciones tensas. Ser secuestrada, electrocutada, pinchada y hurgada para quién sabe qué propósito siniestro, y luego atada cada noche era suficiente para hacer llorar a cualquiera. Se había ganado esas lágrimas.

—Camina. Callada, tú serás —dijo él, alejándola de las ventanas.

—¿Por qué hablas así? —preguntó, mientras sus tacones hacían click-click-click por el pasillo. Mientras caminaba, maldijo los zapatos que llevaba cuando fue secuestrada. Eso le enseñaría a no insistir en llevar una camiseta, pantalones cómodos y zapatillas en lugar del ridículo vestido rosa fucsia que su droide de protocolo le había insistido que usara. El estúpido vestido era ajustado desde la cintura hasta las pantorrillas, lo que hacía imposible correr. Y la parte superior, suelta y flotante, seguía cayendo hacia adelante, amenazando con mostrar que no llevaba sostén.

—Escapar, haremos —dijo él como si fuera una conversación amistosa. Esa idea se desvaneció más rápido de lo que ella pudo apreciarla—. Rehén, tú eres. ¡Camina! —le clavó el bastón en la espalda de nuevo.

Con un gruñido, aumentó el paso, arrastrando los pies lo más rápido que podía por el suelo de baldosas. —¿Qué quieres decir con rehén?

Llegaron al final del pasillo, y él la empujó por una puerta hacia una escalera.

—Abajo —ladró él, y ella se apresuró en esa dirección, esperando no tropezar y caer rodando.

—Hablar así, todos lo hacemos —dijo él.

No valía la pena cuestionarlo. Tal vez había visto muchas películas de Star Wars y se creía Yoda.

¿Dónde estaba un sable de luz cuando lo necesitaba? En realidad, necesitaba que la Princesa Leia asaltara la estación espacial y la rescatara.

En su lugar, la mano que la había tocado incluía un tipo flaco de piel azul, además de un vestido y tacones inútiles.

—Gritar, no lo harás —dijo él.

¿Y si lo podía controlar? Si quería gritar, claro que lo haría. —¿Por qué necesitas un rehén?

—Yarris, iré. Contigo, te llevo.

No sabía dónde estaba Yarris, pero la parte de "te llevo" la hizo detenerse. —¿Por qué?

—Escapar, haré.

—Por lo que veo, ya eres libre —dijo ella sobre su hombro. El afortunado tenía alas y podía evitar la tortura del Stairmaster que ahora ella estaba sufriendo. Él flotaba detrás de ella, apurándola. —¿Qué te impide salir de aquí solo?

—Liberarme, no lo harán.

—Ah. —La ansiedad le recorrió el estómago como si fueran garras afiladas al darse cuenta —. Vas a usarme como escudo para que no te hagan daño durante tu intento de escape.

—¡Camina! —Él le apuntó con el bastón negro.

No estaba segura de poder soportar otro golpe como el que recibió el segundo día que estuvo allí, cuando pateó al "doctor" alienígena y este le respondió. Su cráneo palpitaba en simpatía, recordándole que le gustaba su cerebro intacto.

Si tan solo hubiera tomado clases de karate en lugar de tejido. Entonces, podría arrebatarle el bastón de la mano y mostrarle cómo las mujeres de la Tierra lidian con los imbéciles.

Eso es lo que Francis Mandreth, aventurera extraordinaria y el personaje ficticio favorito de Taylor, hacía cada vez que se metía en situaciones difíciles. Gruñía y actuaba. Ser bibliotecaria significaba que Taylor tenía acceso prioritario a los nuevos libros antes de que llegaran a las estanterías, y los thrillers de Francis Mandreth valían la pena desvelarse. Tal vez debería tomar una lección de Francis y ver esto como una aventura. Fácil de decir cuando Francis recorría las pirámides, tropezando con momias con un chico guapo a su lado, mientras que Taylor tenía...

A un tipo azul.

Salieron de la escalera hacia otro pasillo. A instancias del alienígena, se apresuró por el corredor y giró a la izquierda en una intersección. Taylor fue lo más rápido que su falda le permitía, pero ya estaba sin aliento. De acuerdo, estaba jadeando. ¿Y qué si disfrutaba más de sentarse que de correr por la biblioteca? Alguien tenía que ocuparse del mostrador principal, y después de los recortes presupuestarios de la Universidad, no podía contratar a un estudiante para que lo hiciera.

Luchaba por mantenerse delante del alienígena. Menudo escudo era. Quería protestar, decirle que bajara el ritmo, pero tenía la sensación de que no la escucharía.

A mitad de camino por un último pasillo, él la arrastró hacia un rincón. Unos cuantos pitidos en un panel y una puerta se abrió con un silbido. Él la empujó adentro y la siguió. Después de que la puerta se cerró, el aire se coló a su alrededor. Otra puerta se abrió, y cuando salió de la pequeña antecámara, Taylor se encontró en lo que parecía una estación de taxis para naves espaciales alienígenas.

—Esa allí —dijo el tipo azul, empujándola hacia una nave.

Mientras ella se apresuraba en esa dirección, él voló hacia una fila de computadoras y presionó varios botones.

Con un silbido, un panel se levantó en el costado de la cápsula azul plateada al frente de la fila.

—Entra —dijo, volando de regreso hacia ella.

—No hemos visto a nadie —dijo ella—. No necesitas un rehén. ¡Déjame ir! Podría encontrar un lugar donde esconderme y luego buscar a mis amigas. ¿Estarían ellas también en la estación espacial?

—Disparar, lo harán —dijo él, clavándole en la espalda con su bastón—. Morir, no lo haré.

—¿De verdad crees que les importará lo que me pase?

Espera. ¿Los que dirigían esta estación espacial iban a dispararles? Su estómago se revolvió. Iba a ser destruida en pleno vuelo. ¿Por qué, oh por qué, había dejado que su madre la convenciera de postularse al Servicio de Citas Extraterrestres?

Ah, sí. Bebés. Taylor quería muchos bebés.

El alienígena la arrastró por la puerta, y cuando esta se cerró con un sonido sordo, la condujo por un pasillo hasta una pequeña habitación al fondo, con una gran ventana, un panel lleno de botones y dos sillas grandes.

—Siéntate —dijo, empujándola hacia una silla de metal duro. Sacó unas correas de detrás de ella y la ató con un sistema de sujeción en cuatro puntos, luego hizo algo con las correas detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, girando el cuello para ver.

—Quiero asegurarme de que no te vayas.

—¿Me estás atando a la silla?

—No escaparás —dijo, mirándola con desprecio—. Nunca escaparás.

—¿Adónde crees que voy a ir, mierda? Estamos en el espacio.

Frunció el ceño antes de sacudir la cabeza y enderezarse.

—Nadie puede ser mierda.

—Te queda perfecto, amigo —replicó ella, forcejeando contra las correas, pero él la había inmovilizado demasiado bien.

El alienígena rodeó su silla y se sentó en la otra, donde también se aseguró con las correas. Luego se inclinó hacia adelante y presionó algunos botones en la consola. El vehículo tembló y avanzó con algunos sacudones.

—¿Tal vez deberías contratar a un conductor? —dijo ella.

Él la ignoró.

—¿Adónde me llevas? —preguntó a medio grito. Adiós a su intento de imitar a la valiente Francis Mandreth. Ya había vuelto a ser la simple bibliotecaria Taylor.

—Irritante, eres.

Todavía no había visto nada. —Irritante, eres tú. Dime adónde me llevas.

El vehículo avanzó, y un agujero se abrió en la pared, revelando estrellas y un espacio negro e infinito.

El alienígena señaló hacia el agujero.

—A Yarris vamos.

—Ya lo mencionaste antes. ¿Dónde está Yarris?

—Nuevo hogar tuyo.

¿Hogar? Esto no le gustaba. Ni un poquito.

—Llévame de vuelta al crucero estelar de Crakair, y me aseguraré de que te recompensen —quizá—. Te pagarían un rescate para liberarme, ¿no?

Wulf lo haría. Quizá. Maldita sea, eso esperaba. Pero ¿cómo podía saberlo? Todavía no lo había conocido. Podría olvidarse de ella fácilmente.

—A Yarris vamos. No crucero estelar.

—No quiero ir a Yarris.

Él frunció el ceño antes de volver a concentrarse en la conducción, lo cual era algo bueno. Tenía el pie pesado y era brusco con el volante. Tristemente, en este aspecto, Taylor tampoco era como Francis. El mareo la invadió mientras el vehículo seguía sacudiéndose. Vomitar no mejoraría la situación. Si perdían la gravedad, flotaría por toda la cabina.

Con un gemido de los motores, el vehículo salió disparado por el agujero, y una de las alas golpeó contra el borde de la abertura. El alienígena maniobró la nave y la dirigió hacia un planeta distante que no se parecía en nada a la Tierra. Por suerte, el vehículo se estabilizó y dejó de sacudirse en todas direcciones.

Esta no era la aventura divertida que Taylor había esperado cuando se inscribió como novia por correo.

Más de un año atrás, una misteriosa enfermedad se había extendido por la galaxia, matando a la mayoría de las mujeres en el distante planeta Crakair y a los hombres en la Tierra. Luego, un mensaje de Crakair fue captado con una invitación para compartir recursos. Al principio, los terrícolas se alarmaron. ¿Establecer comunicación con un planeta alienígena? ¡De ninguna manera! Pero llegó un contingente de crakairianos, incluido su Príncipe Heredero, y los

gobiernos de la Tierra comenzaron a calmarse ante la idea.

Los Crakairianos llegaron con tratados y tecnología avanzada. Sistemas de seguridad para proteger a la Tierra de otros planetas hostiles. Como Taylor había descubierto recientemente, había mundos peligrosos ahí afuera. Los Crakairianos le dieron a la Tierra tecnología que los empujó hacia un nuevo futuro.

Luego, el gobierno Crakairiano propuso algo asombroso. Los Crakairianos y los humanos eran genéticamente compatibles; ¿por qué no organizar algunos matrimonios? Así nació el Servicio de Emparejamiento Extraterrestre Tierra-Crakair. Al principio, las mujeres de la Tierra se reían. ¿Quién querría viajar a Crakair como una novia por correo para casarse con un novio alienígena alto y verde?

Unas pocas mujeres valientes se ofrecieron voluntarias, y la mayoría de las parejas funcionaron. Los tipos eran atractivos, amables y, según los rumores, increíbles amantes. Esta era una oportunidad de tener un matrimonio y una familia, algo casi imposible en la Tierra.

Taylor se había unido al grupo más reciente. Para este momento, ya debería haber llegado a Crakair y conocido a su novio, Wulf. Si todo salía bien y no decidía regresar a la Tierra después del período de prueba de diez días, habrían seguido adelante con su relación.

¿Qué haría Wulf ahora? Por lo que ella imaginaba, ya se había dado por vencido y había pedido una nueva novia por correo desde la Tierra.

No debería sentirse celosa. Él no era suyo… todavía. Pero lo era. Especialmente después de ver el dulce video que le había enviado, donde hablaba sobre cómo la cuidaría y la trataría con justicia. Había leído la bondad en sus ojos oscuros. ¡Qué romántico!

En lo profundo de su corazón, había esperado encontrarse con él y empezar a conocerlo mejor. Demonios, incluso tener sexo con él si conectaban. Tenía esperanza para su futuro. Quería trabajar por esa idea. Sus sueños se habían reducido a cenizas.

¿Como si importara ahora? Ella y su secuestrador alienígena iban a toda velocidad hacia un planeta del que los terrícolas nunca habían oído hablar. Iba a morir allí.

Conocer a Wulf ya no era una opción.

El tipo azul hizo unos cuantos ajustes más en el tablero, y el vehículo aceleró.

Cuando una voz sonó a través del altavoz, él saltó y lanzó una mirada de pánico hacia ella. Alguien habló de nuevo, pero Taylor no pudo entender. La mirada del tipo azul se cruzó con la suya, y él soltó una carcajada.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—No nos dispararán —se desplomó en la silla, acomodó sus cuatro brazos en los reposabrazos y puso los talones en el tablero.

Suerte la suya de evitar ser volada en pedazos solo para terminar varada con un tipo azul en un planeta lejano—. ¿Qué vas a hacer conmigo cuando aterricemos?

—Vender.

—No estoy en venta.

Él volvió a reírse y ajustó más perillas. La nave cambió de rumbo, aunque aún seguía apuntando hacia el planeta abajo.

Yarris se hacía cada vez más grande hasta llenar por completo la ventana frente a ellos.

No sabía qué hacer. En la biblioteca, ella mandaba. Cuando le pedía a alguien—amablemente —que hiciera algo, lo hacían. Si alguien era ruidoso o grosero, le pedía que se fuera y salía por la puerta principal.

Esa vida no la había preparado para este momento, y darse cuenta de ello le quemaba como la salsa picante de su abuela. Claro, con sus amigas, Taylor era audaz. Demasiado habladora, en

realidad, si era honesta consigo misma. Pero por dentro, Taylor seguía siendo la chica tímida en el autobús escolar que tenía demasiado miedo de decir una palabra porque eso podría atraer la atención de los matones.

Por primera vez desde que los alienígenas atacaron la nave y la secuestraron, estaba realmente asustada. Durante la última semana, había sobrevivido gracias a la adrenalina, el miedo y la valentía, las marcas que la hacían una buena bibliotecaria. Durante la semana pasada, había mantenido la esperanza de que la rescataran.

Wulf vendría por ella, ¿verdad? Él había sentido la misma conexión que ella cuando los emparejaron.

Su pecho dolía, y se lo frotó, pero el dolor no desapareció. Porque…

Nadie la iba a encontrar en Yarris.

¿Cómo podrían? No era como si pudiera dejar un rastro de migas de pan en las estrellas.

Su labio inferior tembló, pero contuvo las lágrimas, negándose a dejarlas caer. Al diablo con la valentía. Al diablo con intentar convertirse en la valiente Francis Mandreth. Francis era ficticia, pero también lo era Taylor.

Pero odiaba darle al tipo azul sentado a su lado la satisfacción de verla llorar.

Endureciendo la espalda y conteniendo las lágrimas, permaneció estoica mientras la nave se precipitaba hacia Yarris y el fin de sus sueños.

Cuando entraron en la atmósfera exterior, el temblor de la nave le hizo rechinar los dientes. Se aferró a los reposabrazos, agradecida de estar atada. De lo contrario, temía salir proyectada por el parabrisas. La nave dio tumbos, como una bestia tratando de liberarse de las ataduras. Un estallido resonó, y ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el techo. El hecho de que no hubiera abolladuras la sorprendió.

—¿Qué fue eso? —preguntó, su voz temblando tanto como su cuerpo.

—¡Silencio! —Él se inclinó hacia adelante y golpeó los diales.

—No rompas la nave —dijo Taylor con voz ronca—. Vas a arruinar todo y nos harás estrellarnos.

—Ya está hecha mierda —gruñó él—. Nos estrellaremos.

—¿Cómo que nos vamos a estrellar? —Ella señaló los controles—. Maneja esta chatarra. Aterricemos en el planeta. — Y pensar que me preocupaba por lo que podría pasar mañana o pasado, cuando parece que mi vida se acabará en unos doce segundos.

La nave se acercaba rápidamente al planeta, y los borrones de azul y verde se fusionaban en una masa de verde, púrpura y rosa claro. ¿Qué era tierra y qué era agua?

—No puedo pilotear —levantó las manos en el aire y las agitó, para luego dejarlas caer en sus muslos.

—¿Qué quieres decir? ¡Agarra el volante...donde sea que esté, y pilotea esto! ¡Aterriza en el maldito planeta!

Él se encogió de hombros—. Eres inútil.

—No es mi culpa. Tú fuiste el que me secuestró de los secuestradores e intentó escapar a Yarris.

—Se acabó.

Si ella tenía algo que decir al respecto, no iba a permitirlo. —Adiós a venderme en una venta de garaje. Por si no lo sabías, no me ofrecí como voluntaria para esta misión—. Sus manos dolían de tanto agarrarse a los reposabrazos. —¿Qué podemos hacer?

—Nada—. Su cabeza cayó hacia adelante, y se encorvó.

—Inténtalo, maldita sea—. Él no se movió. No reaccionó cuando ella se inclinó hacia un lado

y le dio un golpe en el brazo.

—Perfecto. Ríndete, ¿por qué no? — dijo entre lágrimas de frustración. —Como si eso ayudara—. Miró a su alrededor, tratando de encontrar algo que le indicara cómo pilotar esa cosa, pero ninguno de los diales tenía etiquetas y no vio una palanca ni nada que le permitiera tomar el control. Podía hablar mucho y llorar más de lo que debería, pero odiaba dejar que el destino tomara el volante.

Cuando volvió a mirar por la ventana, tragó saliva. El destino ya había decidido.

El suelo se acercaba demasiado rápido. ¿Era bueno estar atada y no poder soltarse? Eso evitaría que se estrellara contra el parabrisas al momento del impacto, ¿verdad? Durante la Semana de la Seguridad en la biblioteca, habían mostrado películas viejas —muy viejas, en realidad— para los niños que se quedaban por las tardes hasta que sus padres llegaran del trabajo. Una de esas películas destacaba la importancia de usar el cinturón de seguridad.

Taylor estaba a punto de experimentar lo que ocurría cuando un vehículo que iba a mil millones de kilómetros por hora impactaba contra un planeta. Las imágenes del final de la película no habían sido agradables, y esos vehículos solo iban a noventa kilómetros por hora. Tuvo que apagar la película antes de que terminara. Los niños habían salido corriendo de la sala para vomitar. Decidió devolverla por correo a la compañía, diciéndoles que nunca volvieran a sugerir esa película para niños.

A medida que empezaba a distinguir árboles, montañas y ríos, el sudor frío la invadió. Esto era todo. Su vida terminaría en un mundo lejano de la Tierra. Nadie lloraría su pérdida.

¿Su madre… sabía que Taylor había sido secuestrada? Taylor podía imaginar a su madre esperando junto al teléfono la llamada que le diría que su hija estaba a salvo.

Esa llamada nunca llegaría. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que todos se rindieran?

Su respiración se hacía cada vez más rápida, aunque apenas se había movido. Su corazón retumbaba contra su caja torácica. Respirar con normalidad no era una opción. Su cerebro se había apagado. La saliva se acumulaba en su boca y la bilis subía por su garganta. Iba a vomitar, y ni siquiera la amenaza de la falta de gravedad podía detenerlo.

El suelo se acercaba más.

Con un rugido ensordecedor, hicieron impacto, golpeando con fuerza y deslizándose por la superficie, arrasando árboles y arbustos en su torpe trayecto. Saltaron sobre rocas, chocando al otro lado. La nave giró hacia la derecha y luego dio vueltas tantas veces que Taylor perdió la cuenta.

Su cabeza se sacudía de un lado a otro, y su visión se nubló.

Dejó escapar un grito.

A su lado, el alienígena azul gimió, aunque el sonido apenas le llegó a través del crujido ensordecedor del metal cediendo ante el implacable suelo.

Con un golpe que la lanzó hacia adelante contra sus cinturones de seguridad, la nave se detuvo y… Se apagaron las luces.

Taylor despertó colgando de las correas que la mantenían sujeta a la silla.

¿Estaba la nave boca abajo? No, estaba de lado, y Taylor colgaba cabeza abajo. Era hora de agradecer al alienígena por haberla sujetado a la silla.

—¿Chico azul? — llamó.

Ningún sonido le llegó más allá de un zumbido apagado, golpes sordos y el canto de los pájaros, lo cual no tenía sentido. El rugido de la nave se había silenciado.

Girando la cabeza, miró hacia donde el alienígena azul había estado sentado. Debería estar debajo de ella, tal vez aún inclinado hacia adelante como la gente en los folletos de seguridad de

los aviones, esos que te decían que debías estudiar mientras las azafatas hacían su demostración de quién debía recibir primero la máscara de oxígeno.

El dolor le recorría la espalda mientras se movía, pero tenía que ver cómo estaba el alienígena.

Santo cielo. No había silla. No había alienígena azul sentado a su lado.

—¿Chico azul? — El pánico se apoderó de su voz. ¿Qué demonios…?

Aire cálido y húmedo se arremolinaba en la pequeña cabina, atrayendo su atención hacia la gran ventana. No pudo contener su asombro.

La luz entraba por donde antes estaba el cristal. Algo vagamente parecido a una libélula, del tamaño de un gato, revoloteó junto a su cabeza. Zumbó alrededor de la cabina antes de salir volando de nuevo.

La mandíbula de Taylor se quedó permanentemente abierta.

Más allá de donde debería estar el cristal, una profusión de plantas, compuestas de colores azul, verde y púrpura, crecían tan densamente que su vista no podía penetrar más de un par de metros. ¿Se habían estrellado en una jungla?

Las plantas se agitaban con sacudidas rítmicas, como si la tierra se moviera debajo de ellas o una banda de música se acercara.

Tump. Tump. Tump.

La piel de Taylor se erizó, y su corazón se subió a su garganta. Taylor había visto Jurassic Park.

¿De la sartén al fuego?

¿Por qué no había interrogado al chico azul sobre Yarris cuando tuvo la oportunidad?

¿Dónde demonios estaba, de todas formas? La había secuestrado de sus secuestradores y desaparecido en cuanto aterrizaron en el planeta, llevándose su silla con él.

Las manchas en la pared donde debería estar él captaron su atención, y entrecerró los ojos, tratando de interpretar las salpicaduras. Oscuras y brillantes, le recordaban los restos de una explosión.

Una rápida revisión con las manos por su cuerpo le aseguró que no tenía heridas evidentes. Entonces, ¿de dónde había salido la sangre…?

Tump.

Más cerca. Más fuerte.

Más aterrador.

Oh. Tragó saliva y contuvo la respiración hasta que sus pulmones dolieron. No te muevas. No hagas ni un maldito ruido.

Mierda, mierda, mierda.

Algo rugió cerca de la abertura de la ventana, y el gruñido la golpeó como un tsunami. Su boca se secó mientras se encogía en su silla, tratando de hacerse lo más pequeña posible.

Un brazo morado, del tamaño y ancho de un kayak y con garras de casi un metro de largo, se coló dentro de la pequeña cápsula. Rascó entre los escombros y se retiró, llevándose cables y partes de la computadora con él.

—¿Chico azul? — susurró. Por favor, por favor, por favor. Ojalá estuviera aquí con un láser en la mano.

Nada de chico azul. Nada de láser. Taylor palpó sus piernas y alrededor de la silla, pero no encontró nada que pudiera usar para liberarse.

Su corazón se le subió a la garganta cuando los golpes se acercaron.

Ya no era una rehén. Taylor se había convertido en carnada, un señuelo colgando de una

línea de pesca.

Totalmente una doncella en apuros, Taylor gimió, apenas conteniendo su grito.

Gruñidos estallaron afuera. Por supuesto. Lo que fuera que se había acercado había invitado a los vecinos a la fiesta.

El dueño del brazo de kayak con garras, una criatura compuesta por seis patas y una piel escamosa de un profundo color púrpura se dejó caer en el suelo frente a donde antes estaba la ventana. Se asomó dentro de la cabina con un solitario ojo amarillo brillante, y su atención se fijó en ella.

Cuando la alcanzó para sacarla como si usara un palillo para extraer carne de una garra de langosta, ella soltó un grito.

—¡Haiii!— gritó alguien.

Los ojos de Taylor se abrieron de par en par cuando un tipo alto y verde, vestido con pantalones ajustados negros y lo que parecía ser una camisa de piel, saltó desde lo alto de la nave y aterrizó sobre el lomo de la bestia.

El tipo verde, alienígena, levantó una espada y, con un gruñido, hundió la hoja en la cabeza de la criatura.

# CAPÍTULO 2

# Wulf



Mientras la sangre morada salpicaba rítmicamente en el aire, la spidaire se estremeció y se retorció. Colapsó en el suelo y dejó de moverse.

Wulf saltó de la criatura aún temblorosa, la rodeó y entró en los restos de la nave espacial Al'kieern. Sus botas crujían sobre pedazos de metal mientras se dirigía hacia la sección debajo de la humana de la Tierra, amarrada a una silla. Se detuvo y la miró hacia arriba.

¿Era ella su pareja destinada, Taylor, o la otra mujer desaparecida, Mila?

—¿Asistencia necesitas? —preguntó.

Ella resopló, pero no podía decir si ese sonido era de humor o de miedo. Su espeso cabello caía en una ola exuberante, más rico que el brillante pelaje azul-negro del javeess que cazaba solo de noche en los bosques de Crakair. ¿Era áspero o suave, y por qué sentía esa necesidad de tocarlo?

—¿Quién eres tú? —preguntó ella con voz temblorosa, dejando claro que aún estaba aterrada por el ataque de la spidaire. Esas cosas molestas. Estaba agradecido de haber llegado antes de que entrara en la nave.

Después de limpiar la sangre de su espada titar, la deslizó en la funda que colgaba por su espalda. Inclinó la cabeza hacia adelante, sus naanans se desplegaron antes de acomodarse sobre sus hombros.

—Presentarme debo —dijo, esforzándose porque sus palabras sonaran lo más dignas posible —. Soy Wulf Malak Cristod Hlagrun. —Le hizo una breve reverencia, como era esperado cuando un macho Vikir conocía a una hembra desconocida por primera vez. Por el gesto de su cara, pudo ver que sus palabras no salieron como debían, pero los sanadores le habían dicho que su traductor implantado tomaría tiempo en funcionar por completo y que una vez interactuara con una terrestre, el habla sería fluida—. Encantado de conocerte, estoy.

—¿Wulf? —repitió ella—. ¿*Mi* Wulf? —Su voz se quebró y sus ojos brillaron.

*Mi*… La palabra resonó en él, y su mano tembló.

*Era* Taylor.

—Tú... —Con el corazón encendido, intentó una reverencia de nuevo, maldiciéndose cuando salió torpe—. ¡Dreafillar. ¡Dreafillar!

—Dreafillar para ti también —dijo ella con una sonrisa húmeda.

—Lo siento, lo siento. Un droide de protocolo, no tenemos. La presentación formal hacer debo —sus gruesos arcos de las cejas se fruncieron.

—Yo… Yo… —dijo ella—. Lo siento. Ya estoy haciendo el ridículo. Debes saber que preparé un lindo saludo para cuando te conociera en Crakair. Un pequeño poema que hice, era

lindo y divertido, y aventurero, pero no demasiado atrevido. Pensé… En fin. Pero luego… —soltó un pequeño chillido—. Lo *siento* mucho. Estoy divagando. ¿Sabías que hago eso? Por favor, hazme callar.

—Yo…

Ella levantó la mano, pero dudaba que el gesto significara que pedía un beso.

—Soy… —Su respiración se entrecortó y más palabras salieron apresuradas—. Soy Taylor Nina Willis. Fuimos emparejados en la Tierra. Si no me hubieran secuestrado y hubiera llegado a Crakair, habríamos… Bueno… Ya lo dije. —Frunció el ceño—. En realidad, soy un desastre. Obviamente. Y mientras tanto, tú estás calmado y sereno, allá afuera matando dragones…

—Una spidaire fue. No un dragón.

—Perdón. Matando una *spidaire*, mientras yo cuelgo aquí sin hacer nada excepto hablar sin parar. Te has presentado como un profesional mientras yo he tropezado y dicho cosas que probablemente no debería. Mi cerebro se ha vuelto papilla. Recuerda eso.

—Intentar lo haré —Su pobre futura pareja parecía necesitar un abrazo.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Nunca había visto algo como esos ojos llenos de agua. ¿Habrían sido heridos en el choque?

—No puedo recordar nada de lo que se supone que debo decirte —dijo—. ¡Ni lo que debo hacer! Leí el manual de protocolo. ¡Lo hice! Haría una reverencia como tú lo has hecho, pero… —Tiró de una correa que la mantenía en su lugar—. ¿No tendrás un cuchillo que pueda tomar prestado?

—Cuchillo no necesitas. —Sacando su espada, la agitó en el aire—. Con esto, a salvo te mantendré.

Ella parpadeó rápidamente al ver la hoja surcar el aire.

—Es grande.

—¿Esto? —La levantó de nuevo—. Bien nos servirá.

—Si tú lo dices —su voz bajó hasta casi desaparecer—. Me toca ser rescatada por un tipo verde y guapísimo que no lleva tijeras.

¿Guapísimo? Con sus cicatrices, así no era Wulf.

Mirando a su alrededor, no encontró nada sobre lo que pudiera subirse. Aunque era más alto que muchos de sus compañeros Vikir, no podía alcanzar bien a su futura pareja sin arriesgarse a cortarla junto con las correas.

—¿Esperarás, lo harás? —preguntó. Con un asentimiento, caminó hacia la puerta entreabierta al fondo de la cabina.

—Claro —murmuró ella—. Estaré aquí. Colgando. Es encantador aquí. La vista es bonita. El aire es agradable. Y esa cosa… bueno, la *spidaire*… huele peor que unos calcetines sudados olvidados en una bolsa de gim durante dos semanas.

No estaba seguro de quién era gim o por qué dejaba calcetines sudados en bolsas, pero Wulf podría preguntar a Taylor sobre eso más tarde. Necesitaba proceder con su rescate.

—Largo no seré —Después de enfundar su espada de nuevo, Wulf avanzó por el pasillo. Con la nave inclinada de lado, tuvo que caminar sobre la pared que se movía bajo él. Para encontrar algo sobre lo que subirse, recurrió a abrir puertas y mirar en las oscuras habitaciones de abajo. Con todo en desorden, no sería fácil.

Todavía estaba asombrado de no solo haber encontrado a Taylor, sino de haber llegado a tiempo para salvarla.

Después de dejar a Kral y la nave estelar de Crakair que flotaba fuera de la estación espacial, Wulf dirigió su propia nave hacia Yarris, siguiendo la que transportaba a un Al'kieern y una

terrestre. Las computadoras de la nave no pudieron discernir si la humana era Taylor o Mila, pero él estaba decidido a rescatar a quien fuera que hubieran tomado.

Wulf había rastreado el transbordador hasta la superficie del planeta y sobrevoló el área donde el vehículo desapareció entre los árboles. Un sentido de urgencia lo invadió, como si fuera a perder algo precioso si no actuaba en ese seclar. Pero su inquietud creció cuando sus sensores no pudieron localizar la posición exacta de la nave. Lo mejor que pudo hacer fue aterrizar y buscar la nave a pie.

Después de programar los controles, se desabrochó el cinturón y corrió hacia la parte trasera de la sala, donde se colocó las armas. Corrió de regreso a la cabina y retomó su asiento. Mientras miraba por la gran ventana, gruñó. No dejaría de buscar hasta encontrar a Taylor. Sabía lo que era no tener a nadie, y estaba decidido a mostrarle que no renunciaría a ella.

El viento sacudió el costado de la nave y la hizo girar. Venía en picada. Maldición, era difícil maniobrar la nave. Era un guerrero Vikir, no un piloto de la flota espacial de Crakair. Su transbordador chocó con la superficie del planeta con un golpe que sacudió los huesos. El vehículo rebotó hacia una densa red de árboles, pero él corrigió y detuvo la nave con un temblor en un campo abierto. Cayendo de espaldas en su silla, se llevó la mano a la cara y se peinó los naanans.

La nave vibraba cuando no debía. Los pulmones de Wulf ardían.

¡Thud!

Gruñendo bajo, Wulf pulsó los controles para apagar la nave antes de que el tic de los motores atrajera a un…

¡Thud!

Thud-thud-thud.

Los pasos rápidos coincidían con el latido febril de su corazón.

Se desabrochó los cinturones y corrió alrededor de la silla, dejándose caer cuando los sonidos cesaron.

La espalda de Wulf picaba mientras esperaba. Apenas se atrevía a respirar.

El vehículo se movió, empujado por el suelo como un juguete zarandeado por un niño. Un resoplido fue seguido por otro golpe. Si la spidaire lo olía, levantaría la parte superior de la nave y lo extraería como un aperitivo.

Como si sintiera una presa más fácil, se alejó a zancadas. Wulf salió de la nave y siguió los golpes, sabiendo en su interior lo que la spidaire acechaba.

Una humana.

Afortunadamente, llegó a tiempo para evitar que lastimara a Taylor.

En la última habitación del pasillo, encontró una mesa y taburetes de aspecto extraño. Al agacharse, levantó uno y se encaminó con cuidado de vuelta al frente de la nave.

Adelante, Taylor gritó algo ininteligible. El miedo en su voz lo hizo atravesar la puerta rápidamente.

Al verlo, ella murmuró algo y señaló.

Una pequeña spidaire asomó la cabeza dentro del transbordador y lo vio desenvainar su espada. Soltando un chillido, escupió saliva. Sus pedipalpos chasquearon y sus colmillos crujieron, buscando carne. Dondequiera que la saliva de la criatura aterrizaba, aparecían pequeñas nubes de humo. Las spidaires no solo eran cazadores mortales, sino que sus glándulas salivales secretaban un ácido de baja potencia.

—Mátala, mátala —gritó Taylor.

—Lo haré, futura compañera.

Las spidaires eran raras en Crakair, pero Wulf se había enfrentado a algunas en el pasado. Eran oponentes sigilosos, pero esta era solo una cría. Wulf podría derrotarla con un ojo cerrado.

La spidaire lanzó una pata hacia Taylor, con las garras extendidas.

Ella gritó y pateó, golpeando las garras.

—¡No la estás matando lo suficientemente rápido!

Wulf avanzó con calma, blandió su espada y cortó la pierna del cuerpo de la spidaire. Mientras la criatura se retorcía, su saliva volaba y sus patas restantes golpeaban las paredes del transbordador, haciéndolo balancearse. Wulf colocó el taburete debajo de Taylor y saltó sobre él. Se tambaleó, pero como en los tiempos en que corría por las copas de los árboles Vikir, se balanceó con el movimiento manteniendo su equilibrio. Unos pocos cortes cuidadosos con su espada liberaron a Taylor de sus ataduras.

—¡Eeek!

Ella cayó en sus brazos, y él la sostuvo mientras saltaba del taburete y pasaba corriendo junto a la retorcida spidaire.

Mientras Taylor se aferraba a su cuello y escondía su cabeza contra su pecho, Wulf se adentró en la vegetación. Manteniendo un ritmo constante, se quedó en las sombras mientras abría un camino a través de la jungla, dirigiéndose hacia su nave. Mantuvo su espada lista en caso de tropezar con un nido de spidaires. Las criaturas se escondían en manadas. Y aunque odiaba usar su noble arma de esa manera, cortaba las enredaderas para despejar el camino. Enredaderas Puste y helechos gigantes de color rosa pálido crecían en abundancia, agrupándose tan densamente en algunos lugares que no podía abrirse paso.

—Gracias —susurró ella contra su cuello, casi demasiado suave para escucharlo.

Su pecho se hinchó de orgullo. —Bienvenida, estás.

—¿A dónde vamos? —preguntó Taylor, con la voz ahogada y casi en silencio. Su futura compañera era sabia al mantener la voz baja.

—No lejos de aquí, mi nave está —respondió él—. A salvo, pronto estarás.

—Eso es genial. Me encanta la aventura, pero este viaje ha llevado las cosas al límite. Hasta Francis Mandrake estaría destrozada a estas alturas.

¿Había sido secuestrado también este Francis Man-del-drake? Tendría que notificar a Kral en cuanto llegaran a su nave.

—Ella… Ella sabría qué hacer.

Cuando Taylor respiró entrecortadamente, Wulf se reprendió a sí mismo. Francis tendría que esperar. En este minar, necesitaba estar presente para su futura compañera.

Odiaba lo que le había pasado y no haber podido protegerla. Su preciosa futura compañera, la futura madre de sus crías. Pero pronto, estarían volando hacia Crakair, donde podrían empezar de nuevo. Un droide de protocolo los presentaría formalmente, y él se vestiría con sus mejores ropas para la ceremonia. Le mostraría que era digno. Ella no lo rechazaría como lo había hecho todo el mundo.

Quería sostenerla para siempre, decirle que nada volvería a dañarla, pero...

Golpes a su derecha lo hicieron desviarse en la otra dirección. Rodeó un grupo de plantas moradas y polvorientas del tamaño de árboles, pero se detuvo de repente.

En el área despejada al frente, ocho kruchion resoplaban y bufaban, con los ojos muy abiertos. El olor de las spidaires los había alterado. Triplicaban la altura de Wulf y tenían picos largos y afilados que usaban para empalar a sus presas, eran oponentes formidables si se enfurecían.

La matriarca líder arrastró una de sus dos patas con garras por el suelo, creando surcos.

Echando la cabeza hacia atrás, lanzó un desafío a Wulf.

Bajó la cabeza y galopó hacia ellos.

# CAPÍTULO 3

# Taylor



Justo cuando Taylor pensaba que las cosas no podían empeorar, ella y Wulf se encontraron con una manada de avestruces de un tamaño similar al de un elefante, de un pálido color rosa, con largos picos morados puntiagudos y grandes cuernos en la cabeza.

Mientras Wulf la bajaba al suelo y la protegía detrás de él, el pájaro más grande gritó y corrió hacia ellos, agitando sus alas y con el cuello estirado. ¿Cómo era posible que un pájaro tuviera colmillos? Se asomaban a ambos lados del pico claro morado de la bestia.

Como si pudiera enfrentarse a los ocho a la vez y salir victorioso, Wulf lanzó un desafío y levantó su espada. A medida que el avestruz se acercaba, se posicionó firmemente y gruñó.

—Cerca te quedas —susurró por encima del hombro a Taylor. Sus largos naanans negros se expandieron y se asentaron en el medio de su espalda, mientras que grandes escamas con puntas que parecían mortales se erguían en sus hombros. Una se movió hacia adelante, y algo voló hacia el enorme pájaro que avanzaba hacia ellos.

Como si una roca de cincuenta toneladas hubiera caído del cielo y golpeado a la criatura en la cabeza, esta se desplomó hacia adelante, con el pico empalando el suelo. Sus alas agitaron un par de veces antes de caer en la tierra.

Dos de las otras criaturas siseaban y galopaban hacia Wulf con sus patas garras.

Más movimientos de sus escamas en los hombros, y los avestruces que se acercaban se unieron al primero en el suelo.

Thump.

El suelo tembló debajo de ella.

Thump, thump, thump.

Los sonidos provenían del lado derecho de Taylor.

El sudor le perlaba la cara mientras el miedo se apoderaba de ella. Giró en esa dirección, pero solo encontró vegetación densa. Excepto… las copas de los árboles se mecían como si algo enorme las empujara a un lado.

¿Qué era este lugar? ¿Jurassic Park en esteroides?

La adrenalina corría por sus venas, sus instintos le gritaban que corriera hasta que sus piernas no pudieran más, pero se negaba a abandonar a Wulf.

Con la espada en alto, como si estuviera listo para rebanar verduras como el chef estrella de un restaurante teppanyaki, Wulf se enfrentaba a los avestruces restantes, esperando que atacaran. Estos miraron hacia el bosque, donde se acercaba la gigantesca criatura, antes de girar en redondo y correr en la otra dirección. Lo que venía rugió, y el bosque tembló cuando la criatura cambió de dirección y se lanzó tras los avestruces.

Cuando todo a su alrededor se calmó, la postura de Wulf se relajó y su espada cayó a su costado.

—Esos avestruces no se atrevieron a desafiarte —dijo ella con voz temblorosa. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, y fue recompensada con una muestra de los colmillos de Wulf. Había leído que esa era la versión Crakairiana de una sonrisa, y le gustaba. De hecho, le gustaba todo de él.

Era grande, al menos dos metros de altura, verde y cubierto de escamas, aunque la mayoría no eran más grandes que una moneda. Y aunque delgado, sus músculos tensos se multiplicaban en más músculos que se marcaban en sus hombros. Sus naanans negros caían por su espalda hasta casi la cintura, y dos de ellos se alzaron hacia ella, buscando.

Su mirada de halcón recorrió el área.

—¿Lista estás para correr otra vez, mi futura compañera?

Aunque sabía que sus traductores se pondrían al día pronto, la forma en que él hablaba era algo tierna. Lo extrañaría.

Se rió, en voz baja.

—¿Correr? Claro. Suena a mi idea de diversión.

Wulf era su pareja elegida. Suponiendo que la agasajara y convenciera de casarse con él, estarían juntos por el resto de sus vidas. Hasta ahora, iba diez de diez. Rescatarla de una araña gigante y una manada de avestruces-raptors lo había elevado un par de niveles.

Solo había un pequeño problema. Tres días atrás, decidió que, si la rescataban, volvería a la Tierra. Ahora comenzaba a dudar de esa decisión.

—¿Qué tan lejos está tu nave? —preguntó. Mientras caminaba cerca de él, observó sus brazos musculosos y sus anchos hombros que se estrechaban hacia una cintura delgada. Buenas piernas, y ya había revisado su trasero.

Un árbol crujió, y dejó de mirar a Wulf el tiempo suficiente para volverse hacia el bosque a su derecha. Las hojas se agitaron, y las copas de los helechos, más altos que Wulf, se inclinaron hacia un lado.

Su sonrisa desapareció.

Gruñidos bajos surgieron de los arbustos, y un escalofrío recorrió la espalda de Taylor.

—Es hora de salir de este lío —murmuró, corriendo hacia Wulf. ¿Por qué no había pensado en traer su gas pimienta cuando salió de la Tierra? Y si hubiera sido más lista, habría comprado un montón de nunchacos en Ebay y los habría empacado también, aunque no supiera usarlos.

Vaya, ¿dónde estaba un AR-15 completamente cargado cuando una chica lo necesitaba?

—¿Correr ahora, puedes? —preguntó él, extendiendo la mano. Con la otra sujetaba su espada, pero su atención no se apartaba del bosque.

Quedarse significaba ser devorada.

Agarrando su mano, entrelazó sus dedos, aunque no fue fácil porque los de ella eran mucho más pequeños que los de él. ¿Pensaría que era rara si se subía a su brazo y se envolvía alrededor de sus hombros?

Él se echó a correr con ella a su lado. Maldito vestido rosa de juglar. Los estaba frenando.

Mientras cruzaban el área despejada, los arbustos se abrieron a su derecha, y una rata color canela, del tamaño de un coche, salió corriendo tras ellos, con sus colmillos goteando y su cola espinosa azotando el aire. Giró la cabeza, y el cuerno solitario sobre su hocico peludo lanzó una sustancia oscura.

Taylor se quedó congelada, con la boca abierta.

Cuando la rata se lanzó hacia ella, Wulf la empujó hacia un lado, como si Wulf fuera el

torero, la rata el toro y Taylor el capote rojo. Wulf corrió hacia el bosque, arrastrando a Taylor con él.

Sus tacones patinaban mientras corría a su lado, pero pronto quedó claro que ella era el eslabón más débil de este dúo.

La rata gruñía y rechinaba los dientes, con su aliento apestoso caliente en la espalda de Taylor.

Taylor hizo todo lo posible por mantenerse al ritmo de Wulf, pero su maldita falda no le permitía estirar las piernas, y sus malditos tacones se hundían en el suelo. Wulf seguía lanzándole miradas preocupadas. No podía culparlo. Estaba claro que no podía seguirle el paso.

—Mi nave está adelante —gritó él, señalando un campo a unos cien metros de distancia.

La rata gruñó detrás de ellos, sus dientes chasqueando cerca de sus talones y sus garras golpeando el suelo a ambos lados mientras Wulf la hacía girar a la izquierda y luego a la derecha.

Estaba decidida a llegar a la nave, aunque tuviera que arrastrarse para lograrlo.

La rata gruñó y atrapó el vestido por detrás, deteniéndola. Girando sobre sí misma, golpeó su hocico. La rata se irguió, rechinando los dientes.

Wulf giró, levantando su espada. Mientras la empujaba detrás de él, lanzó su arma hacia adelante. La gigantesca rata rugió y movió la cabeza de un lado a otro, y su cuerno chocó con la espada de Wulf con un estruendo.

Taylor tenía que ayudar. —¿Qué haría Francis Mandrake?

Wulf, con su espada apuntando hacia la garganta de la rata, le lanzó una mirada rápida. —¿Francis…?

—Te diré lo que haría —gritó Taylor—. Levantaría la barbilla, apretaría su derringer y se pondría junto a su hombre para defenderlo.

—Ya veo —dijo Wulf, gruñendo mientras lanzaba un corte con su espada.

El cuerno de la rata se dirigió hacia el abdomen de Wulf, quien inhaló fuerte, hundiendo su estómago.

—Puedo levantar la barbilla —dijo ella.

Wulf giró y apuñaló a la rata en el costado, pero la criatura no se inmutó. Su pata se lanzó, derribando a Wulf hacia atrás. Rodó y se levantó en cuclillas, pero su espada quedó detrás de la rata.

—Pero no tengo un derringer —dijo Taylor, agitando las manos y con la voz en pánico. ¡Tenía que hacer algo! — Lo siento.

—No te preocupes —dijo Wulf. Con una patada, su pie con bota aplastó la pata de la rata.

La criatura rugió y retrocedió. Recuperando el equilibrio, cargó de nuevo contra Wulf.

—No compré nunchacos —dijo ella—. Lo hubiera hecho si se me hubiera ocurrido.

Con un movimiento digno de un ninja, Wulf saltó y aterrizó sobre el lomo de la rata. La criatura giró, y Wulf salió volando.

Cayó en cuclillas y corrió para ponerse frente a Taylor de nuevo, con la espada en alto.

—Y tampoco pensé en traer gas pimienta —dijo ella.

La rata avanzó pisando el pie de Wulf contra el suelo.

—Espera —dijo Taylor, levantando un dedo—. Francis improvisaría. —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¡Tengo una idea!

Una gruesa vara rosada y pálida yacía en el suelo a su izquierda. Se apresuró hacia ella, envolvió sus dedos alrededor del extremo y, agitándola frente a ella, corrió hacia la rata.

Cuando la bestia lanzó su cuerno hacia Wulf, Taylor golpeó a la rata en el hocico con la vara.

—¡Toma eso, rata! —gritó.

La bestia se alzó y chilló, con su cuello retorciéndose. Retrocediendo, Taylor dejó caer la vara y se tapó los oídos con las manos.

La rata, girando sobre sus patas traseras, rugió. Su cuerpo comenzó a retorcerse en espasmos.

Con la mandíbula desencajada, Taylor cayó hacia atrás, aterrizando de espaldas en el suelo. La rata se desplomó de lado, cayendo al suelo con un golpe que sacudió la tierra.

Unos pocos jadeos, y la rata quedó inmóvil.

Taylor parpadeó. —Yo… yo…

Wulf se puso de pie de un salto y corrió hacia Taylor. La levantó y la giró en el aire. —Maravillosa eres, mi feroz y futura compañera guerrera.

Ella sacudió la cabeza, con las manos apoyadas en sus hombros. —No lo entiendo. Apenas la toqué en el hocico. —Su mirada cayó al suelo—. Le di con una vara rosa. No es normal encontrar varas rosas cuando una camina por el bosque. Tal vez para Francis sí, pero no para mí. Sin embargo, tampoco es normal encontrar árboles rosados y morados, y eso es lo que tenemos aquí en Yarris. —Con un gesto de la mano, señaló el bosque a su alrededor—. Todo en este lugar grita color. Vi la vara rosa y entonces…

—¿Qué vara rosa? —preguntó Wulf, girando con ella aún en sus brazos. Era agradable estar en sus brazos. Era grande, fornido y tan protector que, por este breve segundo, en realidad se sentía segura.

—Estaba aquí hace un segundo —dijo ella.

Él la bajó al suelo, y aunque ella quería protestar que, realmente, él podía llevarla en brazos todo el tiempo si quería, necesitaba encontrar esa vara. Era una vara de la suerte, mucho mejor que los nunchacos o el gas pimienta. Se la llevaría en el resto de su viaje.

Caminó de puntillas sobre sus tacones, pero no pudo encontrarla. —Qué raro. Juraría que la dejé aquí en algún lugar. No entiendo cómo… —Algo de color rosado se deslizó entre la vegetación densa al borde del claro. Un horror recorrió la cabeza de Taylor—. ¡Ay, qué asco! Era una serpiente. Y la levanté. La toqué con mis propias manos. —Saltó, sacudiendo los dedos—. Golpeé a la rata, y la serpiente la mordió, y mató a la rata gigante. ¡Qué asco! ¡Qué asco! —Se limpió las palmas contra su vestido, pero no podía quitarse de la mente la sensación de la superficie firme pero suave de la criatura—. ¡Mordió a la rata! ¡Mordió a la rata!

Girando sobre sí misma, corrió para ponerse frente a Wulf, que observaba sus gestos con el ceño fruncido.

—¿A quién le importan los colmillos? ¡Era una serpiente babosa! Me gustan los insectos. La mayoría de las veces. Incluso las arañas, aunque no soy fanática de las spidaires de Yarris. Los roedores, los *pequeños* —hizo un gesto con la mano hacia la rata muerta—, más pequeños que esa, claro, puedo soportarlos. Pero no. Me. Gustan. Las. Serpientes. —Miró a Wulf, quien la miraba como si fuera lo más fascinante del planeta. Pero eso sería la serpiente rosada, no Taylor vestida de rosa—. ¿Está bien que matara a la rata? —Sus palabras sonaron débiles, pero en realidad, la semana había sido dura.

—Sí, futura compañera. —Wulf mostró sus colmillos. ¿Por qué, en él, los colmillos eran sexys? Porque, en todo lo demás por aquí, los colmillos eran aterradores—. Está bien matarla.

Su sonrisa desapareció mientras recorría su figura con la mirada. ¿Por qué no había notado antes que sus ojos no eran completamente negros? Un aro de verde esmeralda rodeaba el centro oscuro, un verde más intenso que el de un bosque. Bueno, un bosque de la Tierra. Aquí, el bosque era rosa y morado a su alrededor. Le confundía la mente y, francamente, le estaba dando dolor de cabeza.

Estaba tan hipnotizada por los ojos de Wulf que no se inmutó cuando él lo hizo.

Su espada se abalanzó hacia ella.

# CAPÍTULO 4

# Wulf



Wulf rodó hacia adelante y se levantó en cuclillas, blandiendo su espada de titar. La hoja atravesó al brillante xycar verde que corría cerca de Taylor.

Con un grito, ella retrocedió, levantando las manos, con los ojos más grandes que los de un jinjin. —Mierda. Un bicho. Un escarabajo verde de medio metro de largo. —Hizo una mueca hacia Wulf—. ¿Dije que me gustan los bichos? Mejor aclaro eso. Me gustan los bichos de la *Tierra*. Bichos simples, divertidos, como una mantis religiosa o una mariquita. No… —Se estremeció y señaló el escarabajo xycar que él había matado—. Eso.

Wulf sacó su espada del xycar y, después de limpiarla en el suelo, la enfundó en su espalda.

¿Por qué estaba Taylor respirando tan rápido? Solo habían corrido una corta distancia y peleado brevemente con el rugier que ahora yacía muerto en la tierra cercana.

—Muerto, el xycar está —dijo Wulf—. Herirte ahora, no lo hará.

—Genial, genial. ¿Estás diciendo que me habría hecho daño si no lo hubieras matado?

—Mordida fea, tienen. Piel supurante, disfrutar no lo harías.

—Claro, claro. —Cruzó los brazos sobre su pecho, aplastando los pequeños globos que él había notado poco después de conocerla, pero que había intentado no mirar demasiado. Más tarde, cuando se establecieran para la noche, le preguntaría sobre ellos. Los había visto en las otras mujeres de la Tierra, pero decidió esperar para discutirlo con su futura compañera. Hasta ahora, no la había visto usarlos para defenderse. Tal vez servían como contrapeso para su hermoso y exuberante trasero. ¿Se moverían de forma independiente, como sus naanans? Estaba ansioso por averiguarlo.

Wulf apartó al escarabajo xycar muerto y se volvió hacia Taylor. La estudió mientras ella se movía nerviosa y se pasaba los dedos por el cabello. Notó que las otras mujeres de la Tierra realizaban estos mismos rituales extraños de tocarse el cabello y moverse de un lado a otro, pero no tenía idea de lo que podrían significar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella. Su mirada cayó sobre el enorme rugier que yacía cerca—. ¿Tenemos que enterrar a la rata gigante que acabas de matar?

—Dejarla, debemos —dijo él. — Sus huesos serían limpiados antes del amanecer.

Cuando ella comenzó a hablar de nuevo, él se detuvo y levantó un dedo, escuchando. El sonido sutil provenía de su derecha.

—Algo viene… —susurró ella, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Y estamos al descubierto. ¡Somos cebo!

—Un spidaire, no es.

—Eso no me tranquiliza, Wulf.

El estruendo creció, y él la apartó del camino y la metió en un denso matorral de arbustos pricar. Las espinas mantenían alejadas a la mayoría de las criaturas y debían proporcionar seguridad durante unos minars.

Un sonido de trompeta anunció la llegada de la manada de tricadores. Las enormes bestias, de un pálido color rosado, avanzaban lentamente hacia el pequeño claro, sus gruesas patas golpeando el suelo con suficiente fuerza para aplastar la vegetación, mientras sus cuellos segmentados se balanceaban de un lado a otro. Pateaban alrededor del rugier muerto. Enormes astas sobresalían de la parte superior de sus narices, y las agitaban en señal de advertencia. Solo un guerrero valiente se atrevería a desafiar a una manada de tricadores. Los cazadores astutos esperarían para atacar al rezagado que avanzaba al final del grupo.

—¿Nos van a comer? —preguntó Taylor en un susurro.

Él sacudió la cabeza. —Herbívoros, los tricadores son.

—¿Tricadores? ¿Así se llaman?

Asintió.

—Son enormes.

—Mira —dijo él, señalando con la barbilla en esa dirección—. En manadas grandes viajan, protegiendo a los jóvenes en el centro.

—Vaya crías. Esos bebés deben pesar cinco toneladas.

El polvo cubría el aire, levantado del suelo por el retumbar de las patas.

—¿Nos escucharán hablar? —preguntó ella.

—Sobre el trueno de sus patas, no.

—¿Entonces estamos a salvo aquí? —dijo, mirando los matorrales que los rodeaban.

—Sí. —Le agarró la mano antes de que la clavara en una espina—. Sedante, esto es.

—No debería tocarlo, ¿verdad? —preguntó, apretando los dedos contra su pecho.

—A menos que dormir como un daela quieras.

—Paso de quedar inconsciente en una jungla tipo Parque Jurásico, gracias.

No sabía qué era este parque de jurasique, pero tampoco quería quedar "inconsciente".

—Cosas que hacer, tengo rápido. —Tenían unos minutos de sobra, y Wulf los usaría sabiamente. Apartando las ramas espinosas, se arrodilló frente a Taylor.

Ella soltó un pequeño chillido.

Un rápido vistazo alrededor le aseguró que ningún depredador había entrado en la zona. Taylor no parecía asustada, solo interesada en los tricadores y en lo que Wulf pudiera estar haciendo.

Los terrícolas deben chillar para mostrar curiosidad. Lo recordaría.

Levantó la parte inferior de su vestido y lo subió por encima de las rodillas.

—Oh, está bien —dijo Taylor en un susurro agudo—. ¿Es algún tipo de ritual alienígena de celebración de la victoria? ¿Derroté a la rata gigante y ahora vamos a tener sexo?

—¿Sexo, quieres tener? —preguntó él, deteniendo sus dedos en su piel. ¿Debería chillar? Porque tenía curiosidad por lo que ella quería decir. No había escuchado si los terrícolas celebraban una muerte con sexo. Si fuera así, podría sugerir tres rondas de sexo por sus muertes recientes, más una por la de ella.

—Yo... —Su atención se centró en su boca—. No estoy completamente segura de cómo responder a esa pregunta. Quiero decir... —Sus hombros se encogieron, y arrugó el rostro—. Tal vez podríamos. Normalmente no tengo... sexo con un chico en la primera cita, aunque esta no es una cita verdadera. Y, por si te lo estabas preguntando, no soy de esas chicas a las que les gusta

salir de caza. ¿Matar por diversión? No, gracias. No soy yo. Como dije, disfruto estudiando bichos, pero no los mato a menos que sea absolutamente necesario.

Su futura compañera disfrutaba hablar. Pero mientras él disfrutaba escuchando, su forma de hablar sugería una sofisticación que Wulf nunca podría alcanzar. Wulf era simple. Poco inspirador. Todo *menos* sofisticado. ¿Cómo podría impresionar a su altamente atractiva futura compañera con sus modales toscos?

No te rindas, se dijo a sí mismo. Ella estaba hablando de sexo y citas. Esas no eran las palabras de una mujer que lo encontrara poco atractivo.

Observó a su futura compañera, buscando signos de atracción o, peor aún, repulsión, pero también mantuvo los oídos atentos a su entorno. Los rugiers no cazaban solos. Tan pronto como la manada de tricadores pasara, otros rugiers seguirían su rastro y los perseguirían.

Le subió la falda más, y ella volvió a chillar. Lamentablemente, no había tiempo para satisfacer su curiosidad sobre el sexo después de una muerte.

Gruñidos fueron seguidos por golpes sordos mientras más tricadores avanzaban pesadamente por el área abierta, con sus largas colas erguidas y las puntas emplumadas ondeando en la brisa.

Con un corte de su espada, Wulf rasgó el dobladillo de su vestido. —Me disculpo, pero tu vestido debo cortar—. No quería dañar su ropa, ya que era la única que tenía, pero era evidente que no podría correr con esa prenda. Con gusto la llevaría a través de los pantanos de destere si fuera necesario, pero si él caía por un spidaire o un oostire —las grandes aves que había matado recientemente— o cualquier otro depredador que oliera su rastro, su valiosa futura compañera quedaría sola. Lo que fuera que los atacara la encontraría vulnerable a pesar de su rápida reacción con la serpiente poosar.

—Ah, ya veo—. Sus manos se estamparon contra sus mejillas, que de repente se pusieron rosadas para combinar con el bosque que los rodeaba. Admiró su habilidad para camuflarse, para mezclarse con su entorno. Sería una habilidad vital si tenían que esconderse. —Me estabas… ayudando. Caray, avísame cuando me equivoque de dirección, ¿sí? Pensé que estabas tratando de calentar las cosas o de celebrar una victoria de una manera inusual, alienígena y muy excitante —, dijo. —Y, siendo honesta, en el calor del momento, no habría necesitado mucha persuasión. Mientras tanto, tú estabas tratando de facilitarme el escape—. Se rió, y el color rosado desapareció de su piel. —Qué tonta. Ugh. Lo siento. Malinterpreté totalmente tus acciones—.

—Entonces, celebrar tu victoria con sexo, ¿no deseas? —. Después de envainar su espada nuevamente en su espalda, la giró en un círculo rápido, rasgando el resto de su prenda hasta que le quedó a mitad del muslo, en lugar de hasta los tobillos.

—¿Qué? —. El rosado inundó su pecho, expuesto en la parte superior del vestido, y él sintió envidia de esa habilidad de camuflaje. ¿Podría controlarla a voluntad?

—¿Cambiar el color de tu piel a otros tonos que no sean rosado, puedes? — preguntó.

Sus dedos se extendieron sobre la piel de su pecho. —¿Perdón?

Alzándose, Wulf deslizó la punta de un naanan por la piel sonrosada que asomaba entre sus dedos. El escalofrío que emitió le indicó que tenía frío, por lo que la rodeó con sus brazos para darle calor. Sus naanans, tercos, acariciaron su espalda y la nuca.

—Ehm… ehm…— murmuró contra su pecho. —¿Qué estamos haciendo?

—Calentándote, estoy—.

Su risa salió en un resoplido, no la reacción que él esperaba. —¿Qué te hace pensar que tengo frío?

—Temblar, lo haces—.

Ella se apartó un poco de su abrazo, y una sonrisa jugueteó en sus labios. —Temblé cuando

me tocaste—.

Sus naanans, que se habían descontrolado, se detuvieron en su espalda. —¿Bueno o malo esto es?

—Eh... bueno—. Se alejó de él, lo cual no indicaba precisamente que fuera bueno, pero él reservó su juicio.

Aterrado por la idea de que pudiera sentirse atraída por él, volvió a su tarea. Arrodillándose frente a ella, deslizó sus dedos por su pierna. Qué extraño encontrar cabello en su cabeza y una franja encima de cada uno de sus ojos, pero ninguno aquí. ¡Espera! Tenía pequeños vellos brotando en la piel. Fascinante. Pasó sus palmas por la superficie, deleitándose con la sensación áspera cuando las arrastraba hacia arriba. ¿Cómo era posible algo así?

—¿Qué... qué estás haciendo? — balbuceó.

Sus dedos se detuvieron. —Disculpa, debo no tocar, ¿verdad?

—Supongo que está bien. ¿Por qué no? Después de todo, estamos hablando de sexo post-victoria. ¿Qué es un poco de acariciar vellos en comparación con eso? —. Sus manos revoloteaban a los lados. —¿Qué quisiste decir con lo de cambiar el color de mi piel?

—Piel rosa para camuflarte, lo haces. Esconderte del rebaño de tricadores, lo haces, ¿no?

Mientras su mirada se dirigía a los animales que pasaban, su risa resonó. —Nunca había oído eso. No es camuflaje. Esto—, pasó sus dedos por la piel expuesta sobre su vestido, —se llama rubor. Estaba ruborizándome—.

—Ruborizándote—. Meditó sobre la palabra. —¿Qué significa?

—Es algo que sucede de forma natural cuando me siento avergonzada—.

Heille. Verdaderamente había cometido un error.

—O cuando estoy emocionada—.

Y tal vez, no lo había hecho.

—¿Bueno o malo emocionada esto es? —. Sus palabras salieron en un susurro, no para evitar llamar la atención de los rugiers o los tricadores, sino porque salieron antes de que pudiera retenerlas.

—Oh, definitivamente bueno—.

—Ya veo—. Alzó la vista, notando cómo el color aumentaba desde sus pechos hasta su rostro. Su piel sonrosada llamaba a algo salvaje dentro de él.

¿Se ofendería si la lamiera?

Su corazón desaceleró casi hasta detenerse antes de latir con fuerza en su pecho. Todo sobre ella lo atraía. Su aroma, picante y dulce, y diferente a cualquier cosa que hubiera olido antes. Si fuera un hombre capaz de crear versos con su lengua, en lugar de uno que solo podía crear batalla con sus manos, escribiría una oda para describir su belleza.

¿Se reiría si compartiera algo así?

El deseo creció dentro de él como una ola que avanza por el mar. Si tan solo pudiera ser suya... No debería estar pensando en esto. Soñando con esto. Deseándolo.

Durante mucho tiempo, había sido solo él enfrentando lo que el mundo le lanzara. ¿Cómo sería compartir eso con alguien que lo apoyara y se preocupara por él?

No. Tenía que detenerse. Solo porque había conocido a su pareja asignada y ella estaba hablando de sexo, no significaba que algún día podría llegar a importarle.

¿Cómo podría una hermosa y sofisticada terrícola enamorarse alguna vez de un guerrero Vikir huérfano como él? Nadie le había dado afecto de manera desinteresada desde que su familia murió.

La urgencia se mezclaba con la desesperación dentro de él. Ojalá tuviera más tiempo. Pero

con menos de diez daelas para convencerla de que se quedara, estaba perdido. Yarris no le daría oportunidades de cortejo. Pasarían los próximos días luchando por sobrevivir. Sus daelas se acabarían hasta no quedarle ninguno. No podría mostrarle lo que podía ofrecer.

*¡Concéntrate en lo que estás haciendo, Wulf!* Necesitaba terminar antes de que pasara la manada de tricadores y llegaran más rugiers.

—Te has dado cuenta de que no me he afeitado —dijo Taylor, parpadeando mientras lo miraba—. Lo siento. Normalmente mantengo todo ordenado.

—¿Qué te afeitarías? —Apartó las manos de sus piernas y las puso sobre su pie, concentrándose en su tarea y no en el rico aroma que nublaba sus sentidos.

—Mis piernas. Afeitarme las mantiene suaves.

Esto, él no lo entendía. No estaba seguro de qué significaba afeitarse, ¿pero esa técnica mantenía su piel suave? Era un gran enigma para él.

Su mano cayó sobre su hombro, y las yemas de sus dedos trazaron los bordes de sus aletas sekair. Si fuera un hombre que creyera tener una oportunidad con esta mujer, habría creído que lo estaba acariciando.

—En cuanto a mi vestido, quiero darte las gracias. Debería haber pensado en arrancar una parte hace días. Tendré que tener cuidado de no rasgarlo más, ya que es lo único que tengo para ponerme —soltó una suave risa—. A menos que seas bueno fabricando ropa con hojas.

—Esto, puedo hacerlo.

—¿Estás bromeando, verdad? Qué buen chiste —las líneas estrechas sobre sus cejas se juntaron—. Un juglier. Así lo llamó mi androide de protocolo a este horrible vestido. Aunque, sinceramente, yo lo llamo un gran error —soltó otra risa, baja y ronca. El sonido recorrió su cuerpo, buscando la parte de él que mantenía oculta en lo más profundo.

—Francamente —dijo, pellizcando la falda y abriéndola—, soy más feliz usando pantalones cómodos y una camiseta, pero quería aprender todo lo que pudiera sobre las costumbres Crakairianas. Mi androide de protocolo asignado fue un excelente maestro, aunque a veces era un dolor en el trasero.

¿Tenía dolor en su…trasero?

—Frotar este dolor, lo haré, si te duele —dijo. Su voz salió ronca. ¿Pensaría ella que estaba enferma? La idea de tocar una parte tan íntima de su cuerpo hizo que su miembro respondiera.

—Vamos a, um —dijo ella, con una ligera sonrisa—, deja los masajes de trasero para otra ocasión, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —eso había sido lo incorrecto de decir—. Te ves hermosa con este vestido. El color resalta la negrura de tu cabello y hace que tu piel brille como rica creara. Y la forma en que abraza tus curvas… Definitivamente no debería estar pensando en tus curvas. Ni en cómo sabrían en mi lengua o cómo se sentirían bajo mis dedos.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó con un toque de vulnerabilidad en su voz.

¿Cómo podría no notarlo? Se reflejaba dentro de él.

—Mucho, esto es así —murmuró.

—Gracias. Es dulce de tu parte decirlo —la sonrisa que le dio le robó el aliento. No lo recuperaría jamás.

Desde que tenía ocho yaros, de pie sobre las tumbas de su familia, había deseado encontrar a alguien a quien darle su corazón nuevamente. Muchos dirían que confiar después de una pérdida así solo traería más dolor, pero Wulf nunca había podido extinguir ese anhelo. No importaba cuántas familias ofrecieran acogerlo, sus puertas solo se abrían para que ayudara en sus jardines o reparara un cobertizo. Aun así, mantuvo su sueño. Lo guardó en su corazón, nunca

compartiéndolo con nadie, porque dejar que otro viera su necesidad lo haría vulnerable.

Cuando creció, trabajó hasta convertirse en jefe del regimiento de guerreros de su clan. Había ganado cicatrices en su rostro y cuerpo, pero también respeto y un lugar en su mundo. A pesar de haber logrado más de lo que jamás hubiera esperado, seguía estando solo.

—Entonces, sobre estos zapatos —dijo ella con otra risa, sin darse cuenta de cómo sus pensamientos se aceleraban o de cómo su corazón latía al doble de la velocidad normal—. Estos malditos tacones han sido todo un desafío durante la última semana.

—¿Qué? —Se detuvo, sus dedos descansando en su pierna. Uno de sus naanans se enroscó alrededor de su muñeca y se atrevió a rozar el dorso de su mano, que aún descansaba en su hombro.

Ella no se apartó.

Levantó un pie.

—Estos zapatos son un total desperdicio de material. ¿Quién usaría un calzado así a menos que fuera necesario? Bueno, yo, supongo. Aunque, de nuevo, no fue mi elección. Mi androide de protocolo insistió en que los usara. Supongo que no sabía que estaría huyendo de criaturas salvajes cuando dijo que me darían una apariencia majestuosa.

No se perdió su respiración entrecortada ni la rapidez con la que hablaba, algo que ella llamaba… ¿carrera de la lengua? No podía recordar las palabras que había usado. Algunos podrían sugerir que ella estaba nerviosa porque él estaba cerca, pero sería ingenuo pensar que significaba algo. Habían sido atacados. Huyeron. Un insecto se había acercado. Esa era la razón por la que le faltaba el aliento. No estaba emocionada porque él la tocaba.

Cuando ella deslizó un dedo por su naanan, sus manos se detuvieron. Levantando la mano, acarició su brazo, saboreando la calidez de su piel suave, tan diferente de las escamas de un Crakairiano.

—Wulf —dijo ella, en un tono suave y bajo.

Con ese tono ronco, el calor lo inundó, concentrándose en su entrepierna.

—Es un… ¿de qué estábamos hablando? —Se dio una palmada en la frente—. Estoy perdiendo el hilo de mis pensamientos, y es tu culpa.

—¿Mía? —Se congeló, temiendo que ella se molestara como lo había hecho Riella cuando accidentalmente había derramado el estofado que ella había preparado mientras lo llevaba del kangeer de cocina a la mesa. No había querido tropezar, pero era pesado y él torpe. Ese fue el nombre que ella le dio desde entonces, Wulf el Torpe. Tenía nueve yaros y se había resignado a la nueva vida que le habían dado.

—Sí, tú tienes la culpa —ella trazó un dedo por su rostro—. Me vuelas la cabeza con tu toque. Olvidé lo que estaba diciendo —su mirada cayó sobre su mano, que ahora acariciaba su muslo, y aunque tomó una bocanada de aire, no se apartó. Siguió su suave sonrisa con otro desliz de sus nudillos por su rostro—. Tus escamas me fascinan.

—¿Esto es… bueno? —Apenas podía tragar. Era todo lo que podía hacer para pensar. Pero podía sentir. Como si algo hubiera estallado dentro de él, su pecho se agrietó. Dolía, pero el dolor fue seguido de alegría.

—Es muy bueno —dijo ella, como si él no se estuviera desmoronando en mil pedazos frente a ella—. Me gusta cómo se sienten. Son firmes, pero flexibles —su mirada se deslizó a su cuello, su pecho a la altura de su camisa, y luego a sus brazos—. Pero ¿por qué sigues arrodillado frente a mí?

—Yo... —No podía apartar la mirada de su rostro. Sus expresiones... lo calmaban y al mismo tiempo lo inquietaban—. ¿Qué significa eso de "vuela la cabeza", y duele?

Su bufido rompió el aire entre ellos.

—Significa... No estoy lista para decirlo.

Eso podía ser bueno o malo. Como la vida rara vez le había dado algo bueno, asumiría que era malo. Ella no parecía molesta. Aun así, no debería estar tocándola antes de comenzar su cortejo. No podía evitarlo. Aunque había tenido un propósito real al arrodillarse frente a ella, no podía detenerse y deslizó los dedos por su muslo, pasando por su linda rodilla y luego por su bien formada pantorrilla con esos fascinantes pelitos erizados. Su pierna tembló, pero ella no se retiró.

Curvilínea y exuberante, su futura compañera era sumamente atractiva. Los machos de su clan estarían ansiosos por ganarse su aprobación. ¿Cómo podría competir?

Su jadeo lo devolvió al presente, y se maldijo por haber apartado su atención del entorno.

La manada de tricadores había seguido su camino, y pronto llegarían los rugiers para recoger lo que quedara. ¿Y si la manada hubiera atacado mientras él soñaba arrodillado frente a Taylor?

—Yo... —Ella esbozó una sonrisa, pero esta se desvaneció—. Está bien, sé que estoy de nuevo con mi parloteo sin sentido, y deberías saber que cuando estoy nerviosa, me desato. Y hablo. Y hablo. Todo el mundo lo dice, y déjame decirte, puede causar un escándalo en una biblioteca. ¿Hablar? Normalmente soy la que les pide a los demás que bajen la voz. Y aquí estoy, parloteando cuando podría atraer algo que me arrancará la cabeza y se comerá el resto. —Su mirada cayó sobre su mano, que se deslizaba hacia su pie—. ¿Qué estás haciendo?

—Esto. —Con cuidado, levantó su pie, le quitó el zapato y lo colocó en su rodilla para evitar que tocara la tierra.

—¿Es esto un ritual de cortejo del que no he leído? —preguntó ella—. No me importa si lo es, aunque creo que necesito aprender lo que significa. Porque leí el manual de principio a fin, y no mencionaba caricias en la pierna o quitar zapatos. Bueno, salvo en lo que respecta al "booger".

¿Booger? ¿Booger? Ah. —Te refieres al boodler. Me disculpo, pero no pude traer uno conmigo —dijo, mirándola mientras sostenía su zapato—. ¿Será eso aceptable?

—¿Qué, no tienes uno en el bolsillo trasero? —bromeó ella.

Él frunció el ceño y se dio una palmadita en el material liso que cubría su trasero.

—No tengo bolsillo trasero.

—No hay problema. Podemos omitir el boodler.

—No podemos —dijo, horrorizado—. Es un paso en el proceso formal de cortejo y vital para mis esfuerzos. —Sin él, nunca ganaría su afecto—. Cortejo. Matrimonio. Sexo. Ese es el orden sugerido a seguir.

—Espera un momento. Estás hablando normalmente —dijo, tocándose el traductor que su gobierno había implantado detrás de su oreja antes de que ella dejara la Tierra—. Ya no estoy recibiendo como hablas entrecortado.

—Sí, esto es cierto —respondió él, mostrando de nuevo sus colmillos, algo que no podía evitar hacer siempre que ella estaba cerca. Con solo mirarla, sentía la necesidad de sonreír—. Nuestros traductores finalmente están funcionando.

—Un punto a nuestro favor. Pero dime, ¿eres tú un Príncipe Azul Crakairiano? —Señaló el zapato—. Por si no conoces la historia, él era un príncipe y Cenicienta era una lavandera que fue tratada como basura a pesar de ser la hija de un noble. ¿O era un duque? —Frunció el ceño—. Debió ser un duque porque los duques aparecen en tantas novelas románticas históricas. De todos modos, no importa. El punto es que ya determinamos que mi zapato encaja.

Le encantaba cómo ella parloteaba. Lo calmaba. Pero necesitaba terminar porque sus oídos

habían detectado un ruido en el bosque, a medio klek de distancia, lo que le indicaba que se acercaba otra manada de oostires. Atacarían si los encontraban a él y a Taylor en sus tierras de alimentación.

—Entonces, Príncipe Azul —dijo ella con un tono de emoción en su voz—. Ponme el zapato y probará que soy "la indicada".

—¿La indicada para qué?

Parpadeando lentamente, su ceño se frunció.

—No me contrates como comediante, ¿sí? Porque soy un fracaso.

—¿Fracaso de qué?

—Fracasé estrepitosamente con mi broma —respondió ella con una sonrisa—. En la historia de Cenicienta, que el zapato encajara significaba que ella era la pareja destinada del príncipe. O algo así —Su rostro se aclaró—. Ya estamos emparejados. Podrías decir que el zapato encaja, y...

Él se llevó el puño al pecho.

—Me esforzaré por ser este... encantador buque, si eso es lo que deseas de mí —dijo, con total seriedad. Haría cualquier cosa por demostrarle su valor.

—¿Un buque encantador, eh? —Ella se llevó la mano al mentón, y cuando sus labios se curvaron hacia arriba, él supo que había hablado mal. Wulf estaba haciendo lo mejor que podía. Eso no había sido suficiente para muchos, pero tal vez... solo tal vez, sería suficiente para Taylor.

—Te digo algo —dijo ella. Esta vez, él captó la broma en su voz y la vio en sus ojos marrón ahumado—. Sigue siendo encantador y tal vez me convierta en tu Cenicienta.

Eso era bueno, ¿verdad? Por una vez, confiaría en que lo era. Podía ser su buque encantador —duque.

—Veo que la manada ya ha pasado —dijo ella—. E imagino que te deben doler las rodillas de tanto arrodillarte.

— Sí. Estaba ocupándome de tu zapato —. Se le había caído de la mano. Recuperando el control de su mente, continuó con la tarea de arrancar el tacón. Tras volver a colocárselo, repitió el proceso en el otro lado.

—Ah, genial —dijo ella, girando en círculo—. Me encanta la libertad de movimiento que me da, especialmente combinado con mi increíble nueva minifalda. —Su sonrisa despreocupada cayó sobre él, haciéndolo quedarse mudo—. Eres un genio.

—Yo… —Se enderezó, pero antes de que pudiera decir algo más... no, antes de que pudiera negar sus efusivas palabras, unos pasos provenientes del bosque cercano lo hicieron girarse en esa dirección. Desenvainó su espada de un tirón.

—Más bestias —balbuceó ella, su sonrisa desapareció demasiado rápido. Se movió detrás de él y se agarró a su costado, asomándose por su cuerpo—. Qué novedad —Su mano se tapó la boca, pero habló a través de los dedos en un tono más suave—. Me quedaré callada. No queremos atraerlas, porque eso sería malo.

—Necesitamos llegar a mi nave —dijo en voz baja, y ella asintió. Tomándola de la mano, la sacó del matorral y apresuró el paso por el sendero del tricadore. Esquivaron montones de estiércol humeante, ya cubiertos de moscas negras. Abandonando el camino más ancho, la condujo por un sendero angosto que serpenteaba a través del bosque, dirigiéndose hacia donde había dejado su nave. Como el sendero era estrecho, no podían caminar uno al lado del otro, lo que le presentó un dilema aterrador. Si ella iba delante, podría pisar o despertar algo mortal. Detrás de él, cualquier cosa que agitaran con su paso acecharía, esperando atacar al que quedara en la retaguardia, el más fácil de derribar.

La mantuvo delante de él, pero cerca, casi tocándola. Y sostenía su espada en guardia. Si era necesario, podría colocarla detrás y enfrentar cualquier desafío.

Lo invadió una necesidad feroz de protegerla. De cuidarla. De estar con ella por completo. No había tiempo para algo así, ni siquiera si ella lo aceptara. Tal vez nunca habría tiempo para algo como eso, pero arrebataría cada momento al destino y lo aprovecharía al máximo.

Tocó su brazo y señaló el área abierta delante, donde había dejado su nave.

Se apresuraron alrededor de un gran grupo de arbustos, evitando las enredaderas de puste que se estiraban hacia ellos, atraídas por su olor. Las espinas de la planta atrapaban a los desprevenidos y los acercaban, apretándoles el cuello hasta estrangularlos. Luego, la planta madre arrastraba el cuerpo hacia la boca del tronco, donde lo digería lentamente. Las enredaderas se lanzaron hacia Taylor, buscando, y Wulf las cortó con un gruñido. Las otras enredaderas que se estiraban hacia ellos se retrajeron, habiendo aprendido una valiosa lección.

Detuvo a Taylor antes de que entraran en el área despejada donde estaba su nave. Pasando delante de ella, se agachó y miró entre dos arbustos de blesette. El dulce aroma de sus frutos maduros le hizo cosquillear la nariz.

Rechinando los dientes, reprimió un gemido. Un grupo de spidaire había tejido un nido alrededor de su nave. Peor aún, habían plantado un saco de huevos cerca de la escotilla. Cuando estallara, diez o más crías de spidaire saldrían hambrientas de carne. Si conocía a los spidaire, otros ya habrían arañado su camino al interior de su nave, ya que a menudo buscaban espacios oscuros para acechar a sus presas.

Cuando su mirada se encontró con la de Taylor, ella debió leer la consternación en su rostro, porque la emoción desapareció del suyo.

—Odio insultar—susurró ella—. Mi madre siempre me decía que cuidara mis palabras, que insultar significaba que una mujer no podía expresarse por completo. Pero, en el espíritu de mi personaje ficticio favorito, Francis Mandrake, estamos jodidos, ¿verdad?

# CAPÍTULO 5

# Taylor



Taylor se quedó quieta mientras Wulf hurgaba entre los arbustos y metía cosas en sus bolsillos. Se echó hacia atrás y la miró; no necesitaba decirle que habían perdido la opción de escapar en su nave. Ella lo leyó en sus ojos.

Sin decir una palabra, él tomó su mano y la guio de nuevo por el estrecho sendero. Fueron en la dirección opuesta a la que habían venido, tomando el paso súper ancho hecho por los herbívoros gigantes que pasaron mientras Wulf modificaba su vestido y zapatos.

—¿Qué viste? —preguntó ella.

—Spidaire —siseó él.

—¿Uno o dos? —Ella levantó el brazo e hizo un puño—. Podríamos luchar contra ellos. —"Podríamos" siendo una parte generosa de esa afirmación.

—Diez o doce.

Adiós a esa idea. Sus hombros se encorvaron.

—Demasiados, incluso si tuviéramos a Francis con nosotros.

Él asintió lentamente.

—Incluso para Francis, quienquiera que sea.

—¿Alguna forma de distraerlos el tiempo suficiente para robar la nave? —No se estaba ofreciendo como cebo, pero podría haber una solución.

—Los spidaires no abandonarán su nido una vez que hayan puesto un saco de huevos.

—¿Cuáles son las probabilidades de que hayan puesto el saco de huevos? Quiero decir, acaban de mudarse. Seguramente, necesitarán comprar muebles, platos y comestibles antes de tener sus cinco hijos. O, en su caso, cinco sacos de huevos.

—La hembra lleva el saco en su espalda. Una vez que ha tejido su red, deposita el saco detrás del manto para protegerlo.

—Ugh.

—Sí, ugh —repitió él, probando la palabra en su lengua—. Me gusta este término, ugh.

Ella soltó una risita. No había nada más gracioso que un alienígena verde y escamoso de dos metros diciéndolo.

—Sigo pensando que sería mejor desafiar a un grupo de criaturas que a toda una jungla llena de ellas.

Él se detuvo en el camino.

—¿Tienes ideas? Dijiste que te gusta interactuar con insectos.

—Eso es un poco exagerado, pero mientras no se me suban o traten de comerme, nos llevamos bien. Hay trucos que podríamos usar para alejarlos de tu nave. ¿Alguna posibilidad de

encontrar vinagre o lejía? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Él negó con la cabeza.

—Otra forma en la que he desalojado arañas de mi apartamento es rociando aceite diluido de menta o lavanda en las áreas donde les gusta anidar.

—No creo que encontremos esos aceites aquí.

—¿Limón o canela?

—No.

—Entonces estamos atrapados, ¿verdad?

—Ugh, sí —dijo él—. Lo que nos lleva de vuelta a mi plan original.

Que su nave ya no fuera una opción añadía peso a su lucha. Hacía que sus pies se arrastraran y que su ánimo cayera hasta el centro de Yarris. No le gustaba, pero ¿qué podían hacer? Al menos tenía a Wulf con ella. Estaba agradecida por su protección. Disfrutaba de su compañía. Y le *gustaba*. Como en "le gustaba de verdad". En circunstancias normales, no tendría que esforzarse mucho para ganarla.

Mientras esquivaban un montón particularmente alto y maloliente de estiércol de tricadore, Wulf extendió un brazo frente a ella para detenerla y asintió con la cabeza hacia una criatura del tamaño de un perro grande que estaba al lado del camino, con la mirada fija en ellos. Sus orejas altas y puntiagudas se erguían hacia adelante, y su largo hocico—como todo lo demás allí, con colmillos—se levantó mientras olfateaba el aire.

—¿Una amenaza? —susurró ella.

—No.

Eso era una novedad.

La criatura bajó la cabeza y comenzó a escarbar en la tierra. Algo brotó del suelo bajo las patas del perro alienígena y corrió por el suelo. El perro chilló y saltó en el aire, aterrizando con sus seis patas desplegadas. Capturó un gusano del tamaño de la mano de Taylor, lo lanzó al aire y lo atrapó en su boca abierta. De un bocado, el gusano desapareció. Con un gruñido de satisfacción, la criatura volvió a excavar.

Cuando se movió hacia su izquierda, ellos reanudaron la marcha.

—¿Por qué tuvimos que detenernos? —susurró Taylor a Wulf—. ¿Tenías miedo de que nos mordiera?

—Nos detuvimos para observar —dijo él, mostrando brevemente sus colmillos—. Son divertidos. Quería que lo vieras.

—Es agradable conocer una criatura de Yarris que no esté decidida a comernos.

—Como en todas partes, la mayoría de las criaturas de Yarris presentan peligro de una forma u otra.

En poco tiempo, Wulf se había convertido en alguien en quien ella podía confiar, pero más que eso, en alguien en quien podía creer. Si nada más, por la forma tímida en que hablaba y la suavidad de sus manos en sus piernas, podía decir que no era como Ben, el imbécil del que escapó cuando dejó la Tierra. Las apariencias iniciales podían ser engañosas. Al principio, pensó que él era perfecto.

Claro, él le insistía sobre su peso, diciéndole que sería hermosa si solo perdiera algunos kilos, pero fuera de eso, ella esperaba que su relación fuera permanente.

Unos cinco meses después, Taylor empezó a tener malas sensaciones sobre Ben. No solo por su mirada crítica cuando tenían sexo—lo cual la hacía estremecerse—sino también por la forma en que la interrogaba sobre lo que hacía y con quién lo hacía.

Una mañana, cuando él le quitó una dona de la mano y la tiró a la basura, tuvo suficiente. Le

dijo que se habían acabado, que podía encontrar a alguien delgada si eso era lo único que le importaba.

Él protestó, diciendo que le gustaba tal como era, pero eso era una mentira descarada. Si de verdad le gustara, no habría hablado de su peso. Ojalá hubiera escuchado a su sexto sentido cuando empezaron a salir. Tristemente, él no la dejó ir. La siguió al trabajo, interrogó a sus compañeros sobre con quién estaba saliendo y apareció en casa de su madre cuando Taylor se quedó allí durante un largo fin de semana. Ni siquiera una orden de alejamiento lo detuvo.

Las quejas sobre su peso, quizá podría haberlas ignorado. Tal vez. ¿El acoso? Eso ya era demasiado. Cuando fue aceptada en el Programa de Citas Extraterrestres, lo vio como una oportunidad para dejar a Ben atrás y conocer a alguien nuevo.

Wulf se detuvo junto a un grupo de flores negras como la noche que crecían en un arbusto alto y cortó una con su espada. Se la entregó con una reverencia, mostrando sus colmillos. Tomándola de la mano nuevamente, se apresuró a seguir el sendero.

Ella olfateó la flor, disfrutando del rico perfume terroso.

Maldita sea... Apenas lo había conocido y su determinación de regresar a la Tierra ya se estaba debilitando. No jugaba limpio.

—No pienses en eso ahora —susurró—. Piensa en sobrevivir.

Wulf la miró de reojo, con los pliegues de sus cejas fruncidos.

No debería estar hablando. Un solo ruido podría atraer a una rata gigante o algo peor.

¿Qué iban a hacer? No tenían comida ni refugio. Wulf era hábil con la espada, pero una sola herida y quedarían vulnerables. ¿Cómo sobrevivirían en un mundo lleno de criaturas mortales?

"Confía en el destino", siempre decía su madre, pero ¿cómo podía Taylor hacer algo así? El destino tenía la costumbre de irrumpir por la puerta principal, destrozar todo y salir por la trasera, dejándote con la factura para arreglarlo todo.

Él metió la mano dentro de su camisa y sacó algo.

—Prueba esto. —En su palma descansaba una bola de color rosa brillante, de unos pocos centímetros de diámetro—. Es comida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, escéptica.

—Crecí en un bosque y aprendí a saber si algo era comestible o no. Reconocí los arbustos de blesette; crecen de forma silvestre en Crakair. Confía en mí, te gustará la fruta de blesette. —Cuando ella la tomó, él sacó otra de su bolsillo y se la metió entera en la boca.

Ella lo observó masticar y tragar.

—¿Ves? —dijo suavemente, con sus profundos ojos negros brillando—. He comido una y no estoy muerto.

—Todavía —respondió ella, y mordió cautelosamente la fruta. La piel exterior cedió bajo sus dientes, explotando como una manzana. Un sabor ácido estalló en su boca, diferente a cualquier cosa que hubiera probado antes. Con toques de lima, pero también de maracuyá. Caramba, estaba deliciosa. Hambrienta, gruñó mientras comía, terminándosela en segundos. Le lanzó una sonrisa a él.

—¿Tienes más?

Su boca se relajó—¿había estado preocupado de que no le gustara? —y sacó cuatro blesettes más.

—Tómalas.

—No, los repartimos. Dos para ti, dos para mí.

Él asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

Al menos Wulf no parecía dispuesto a dejarla morir de hambre. A ella le gustaban las

ensaladas tanto como a cualquier otra chica, pero si comía una, sería porque ella lo decidía, no porque alguien insistiera en que eso era lo único que debía comer.

Un sonido de chirridos en los arbustos a la derecha de Wulf la hizo avanzar de un salto. Sintió un escalofrío por la piel, como si algo fuera a saltar y morderle el trasero.

Wulf giró y se preparó, levantando su espada, pero cuando el sonido no se repitió, bajó el arma. Su mirada afilada recorrió el área, pero no se movió nada.

—Perdón por el susto —dijo ella—. No dejo de pensar en películas de dinosaurios, especialmente en una escena de una película que vi donde unos dinosaurios pequeños cruzaban una playa, parecían dulces y adorables, hasta que atacaban a una chica.

—No te preocupes —dijo él—. Hay mucho que temer en Yarris.

Tenía razón.

Delante de ellos, un crick-crick-crick fue seguido por el susurro de los arbustos y el sonido de pequeños pies pisoteando.

Taylor se quedó inmóvil. La mano de Wulf se tensó sobre la empuñadura de su espada.

Tres criaturas saltaron de los arbustos, aterrizando en el camino frente a ellos. Aunque a Taylor le encantaban los perros, era una persona de gatos de principio a fin. Esos bichos se parecían vagamente a gatos domésticos con patas rechonchas. Lamentablemente, también tenían enormes garras, púas por la espalda y largas colas puntiagudas que se curvaban sobre sus cuerpos como la de un escorpión. Al ver a Taylor y Wulf, siseaban. Sus colas se lanzaban hacia adelante, las puntas goteaban una sustancia espesa y roja. Gruñendo, avanzaron hacia ellos.

—Rápido —dijo él, agarrándola de la mano y tirando de ella hacia los gatos escorpión de Yarris.

—No, espera. —Taylor clavó los talones—. Tenemos que correr en la otra dirección.

Su corazón se le subió a la garganta. Podía imaginarse las púas clavándose en su piel. ¿Qué haría esa sustancia roja cuando llegara a sus venas?

Las bestias se lanzaron hacia ellos, crick-crickeando, pero Wulf la animó a correr hacia los gatos escorpión. Cuando estuvieron a solo unos pocos pasos, Wulf barrió con su espada, apartando a las criaturas. Cayeron juntas como bolos, dos rodando y la otra deslizándose de lado. Sus colas apuñalaron el aire.

Ellos se lanzaron por el sendero, dejando atrás a los gatos alienígenas.

Mantuvieron un ritmo furioso, corriendo lo que parecía horas, aunque probablemente solo fueron diez minutos. Los zapatos de Taylor le rozaban, causándole ampollas, y el sudor le bajaba por la espalda, colándose entre sus glúteos. La piel le rozaba, igual que sus muslos internos, y sabía que pronto estaría toda enrojecida. —De verdad —resopló—, correr no es tan divertido como dicen. Pensar que hay gente que lo hace por placer. ¿Quién hubiera pensado que al firmar para ser una novia por correo de Crakair me convertiría en una estrella de atletismo? Bueno, no una estrella, pero estoy mejorando con cada bestia de la que huimos.

Una brisa recorrió el sendero, bienvenida cualquier otro día menos hoy. Les arrojó el cabello a los ojos, la nariz, la boca, y juró que, si pudiera llegar más lejos, se metería en otros agujeros también. Taylor ahogó un gemido. Parándose al borde del sendero, se inclinó, apoyando las manos en sus muslos. Wulf continuó unos pasos antes de volverse para regresar junto a ella.

Con la espada en una mano y la otra apoyada en su estrecha cadera, parecía un héroe salido de una película de fantasía. Solo le faltaba una corona y una capa roja colgando de sus hombros.

Enderezándose, se apartó el cabello de la cara. —Estoy hecha un desastre, mientras tú... Tú... —Chasqueó los dientes antes de que se le escapara un gruñido. No era culpa suya que se viera tan fresco como al principio. No tenía brillo en la cara, y hasta su ropa seguía bien colocada

sobre su cuerpo. No se trataba de una competencia de moda, pero odiaba llevar un vestido y zapatos que parecían haber sido usados en una fiesta toda la noche en un barranco de piedras. Su cabello estaba enmarañado y colgaba en mechones desordenados. El sudor cubría la mugre en su cuerpo, y apestaba. No se había bañado en una semana, y su desodorante la había abandonado hacía al menos cinco días.

—¿Por qué no estás jadeando? —bufó.

—Tengo aire.

—Pero ni siquiera te falta la respiración. No es justo.

—No entiendo.

—Eres demasiado perfecto —gruñó ella—. Demasiado atractivo. Demasiado sexy.

—¿Lo soy? —dijo él, ansioso.

Ella frunció los labios. —¿No lo sabías ya?

Él se encogió de hombros. —¿Cómo podría saberlo?

Sabía que las mujeres eran escasas en Crakair, pero ¿no veían lo lindo que era?

—¿Qué tiene que ver mi aire con mi apariencia? —preguntó él.

—Quiero decir —ella agitó una mano en su dirección—, que pareces un héroe que salió de una película de acción. Mientras tanto, yo parezco... —Gruñó, negándose a decir algo que la hiciera sonar patética—. Estoy hecha un desastre, ¿vale? —Apartándose el cabello de la cara, lo levantó en una coleta improvisada y agitó la otra mano en su cuello para refrescarlo. Una causa perdida. —¿Cuándo se convirtió este lugar en una sauna?

—Tienes calor —dijo él, mirándola con ojos entrecerrados—. El sudor cae en cascada por tu cuerpo.

¿Cómo podía sonar sexy e insultante a la vez?

—No estoy sudando. Soy una mujer delicada, y a esto lo llamamos "rocío" —dijo ella, tratando de no sonar altanera—. ¿Por qué tú no estás "rociando" también?

Las crestas en la frente de Wulf se alzaron, arrugando las escamas de tamaño de una moneda, de un verde musgo, en su frente.

—¿Por qué debería yo rociar si es una actividad para delicadas mujeres terrícolas?

¿Sería cruel darle una patada?

—Estábamos corriendo —dijo ella con paciencia.

—¿Estábamos? —Envainando su espada, se acercó más a ella—. Mi pobre futura compañera. Veo que estás cansada. ¿Te gustaría que te cargara?

Lo decía como si lo dijera seriamente, pero… no.

—No puedes estar hablando en serio —dijo ella.

—Lo hago.

—Descubrirás lo que significa estar sin aliento si empiezas a cargar mi gran trasero.

En cuanto lo dijo, la inseguridad que su ex le había dejado la golpeó. Ben no había subido al cohete con ella, pero su fantasma bien podría estar parado en su hombro, sacudiendo el dedo por haber comido tres blesettes en lugar de una. *Él* había llamado grande a su trasero, no a ella. Y, aun así, ahí estaba, haciéndole el trabajo sucio después de haberlo echado de su vida.

Wulf caminó a su alrededor, sus botas arrastrándose por la aplastada hierba azul, haciendo sonar las vainas de semillas en las puntas. Una abeja ordinaria—si ignorabas los colmillos diminutos—zumbó a su alrededor y se posó en una flor púrpura pálida que crecía al lado del sendero.

Wulf se detuvo detrás de ella, y Taylor se giró rápidamente para enfrentarlo.

—¿De qué hablas? —Sus ojos brillaban—. Tu trasero es diminuto.

—¿Qué? —balbuceó. Eso era nuevo.

Él se acercó, sin detenerse hasta que sus pechos se rozaron. Dios, era alto. Con su metro setenta y cinco, nadie llamaría a Taylor pequeña, pero la parte superior de su cabeza no alcanzaba sus hombros.

—¿Cuánto mides, dos metros dieciocho o diecinueve?

—Mido muchos diecis—dijo con grandiosidad—. Y me gusta tu diminuto trasero. Lo agarraré con fuerza cuando te folle.

¿Por qué su mente la llevó de inmediato a una escena donde se apoyaba en manos y rodillas con las piernas abiertas mientras él la montaba por detrás?

—Mierda —gimió.

—Sí, follar.

Taylor era tranquila. Correcta. De vez en cuando respondona, pero todas las mujeres tienen un defecto. No pensaba en follar en cuatro con un tipo que acababa de conocer.

El calor inundó sus mejillas, más de ese camuflaje que Wulf creía que ella podía controlar a voluntad.

Él acarició su mandíbula con la punta del dedo, desde su oreja hasta su barbilla.

—Dime, futura compañera, ¿también esperas con ansias el follar?

—Wulf.

—¿Sí?

—No deberíamos estar hablando de follar.

—Yo quiero hacerlo pronto.

Dios, y ella también. Con unas simples palabras, su cuerpo alcanzó el punto de ebullición.

—¿Los terrícolas se besan? —preguntó.

¿De dónde había salido eso? Su mirada estaba fija en su boca, y ella no pudo evitar deslizarse la lengua por el labio inferior.

—Tu lengua no está bifurcada como la mía —dijo él, sacándola.

Gruesa y larga, sí que tenía una bifurcación en la punta.

—¿Se te enreda cuando comes? —preguntó ella.

—Aún no.

¿Y por qué su mente sucia la llevaba a imágenes de él agachado entre sus piernas, lamiendo con esa increíble lengua?

—Los terrícolas se besan —sus palabras salieron entrecortadas, roncas de necesidad. Todo el calor que quedaba en su cuerpo se concentró entre sus piernas. Su mirada se enfocó en su boca, y tragó saliva. Mierda. ¿Iba a besarla? ¿Debería dejar que lo hiciera? Y… ¿por qué estaba entrando en pánico? No sería su primer beso, y seguro que no sería el último. De hecho...

—¿Te *gusta* besar? —preguntó él.

—Yo… sí.

Todos decían que las mujeres debían ser más asertivas. Taylor moría por gritar *"tómame, por favor"*.

Espera, espera, espera. ¿No quería regresar a la Tierra? Si era así, no debería estar contemplando besar a Wulf. Ni hacer nada más con Wulf. Ni besos. Ni lamidos. Ni follar.

¿Quién hubiera pensado que tendría una mente tan sucia? Nunca la había tenido con Ben.

Uf, Ben. Odiaba pensar en él en un momento emocionante con Wulf. Si tan solo pudiera separar su pasado de su presente y no arrastrar lo que pasó en la Tierra como un lastre de piedras.

Debió interpretar su silencio como consentimiento, porque inclinó la cabeza y rozó su boca con la de ella, lo suficientemente suave como para provocar, pero con la intención clara de

demostrar que iba en serio. Olía a sol, a pinos y a la fruta que habían comido.

—Yo… —Sus labios, ligeramente carnosos, eran de un verde más oscuro que su piel. Sus colmillos deberían haberle resultado un completo rechazo, después de todos los encuentros con colmillos que había tenido en Yarris ese día. Pero, por alguna razón salvaje y totalmente desinhibida, los encontraba increíblemente sensuales. Tenía que deslizar la lengua sobre ellos—. Yo... Ay, qué demonios, hazlo. Bésame más fuerte. Por favor.

Cogiéndole el rostro entre las manos, sus pulgares acariciaron sus mejillas mientras sus labios la rozaban al principio con delicadeza, luego con creciente fuego.

Mientras veía el video de presentación que él había enviado a la Tierra, se preguntó si los colmillos se interpondrían en el beso, pero la presión sobre su boca no hizo más que avivar el fuego que crecía en su interior. Poniéndose de puntillas, le agarró los hombros y se aferró. Hambrienta, abrió los labios para dejar entrar su lengua. Podrían quedarse así para siempre, saboreándose, sintiendo cómo el calor entre ellos crecía hasta estallar en un voraz incendio.

Crick-crick-crick. El sonido de pasos se acercaba, seguido de un chillido que le erizó la piel. Más voces se unieron, y sus pisadas resonaron pesadas mientras se apresuraban hacia ellos.

Wulf levantó la cabeza.

—Sabes mejor que un día de primavera.

Vaya cumplido para desmayarse.

—Eso es increíblemente romántico, pero estamos a punto de ser devorados.

Un grupo de ocho alienígenas con forma de escorpión y gato avanzaba hacia ellos con patas rechonchas, sus colas enrolladas apuntando hacia adelante como lanzas. Por más que quisiera seguir besando a Wulf el resto del día, ser pinchada por esos bichos no estaba en los planes.

—Corre —le susurró, agarrando la mano de Wulf.

Corrieron por el amplio sendero, rodeados de árboles gigantes en tonos rosados y morados. Aunque debería estar aterrada por lo que podrían encontrar o por lo que los perseguía, sentía fuego ardiendo en sus venas. El beso de Wulf… No le importaría repetirlo.

Finalmente, dejaron atrás a los lentos escorpiones-gato y pudieron reducir la velocidad.

Wulf inspeccionó el área, con la mano firme sobre su espada. Taylor, con la espalda dolorida, las piernas temblorosas y el cabello enmarañado alrededor de su rostro sudoroso, deseaba meterse en una piscina con una margarita en la mano. Lamentablemente, no había ni piscina ni bar a la vista. ¿Dónde estaba un spa cuando se necesitaba?

—Por aquí —gruñó Wulf, saliéndose del camino. Ella lo siguió por una estrecha senda que se adentraba en la jungla hasta llegar a un árbol que medía al menos seis metros de ancho. En Yarris, solo sobrevivían los árboles gigantes, ya que, de lo contrario, las bestias colosales los aplastarían al moverse por el bosque. Todo aquí debía ser a lo grande para competir.

—Por favor, dime que hay una puerta en el árbol —murmuró ella—. Dentro, un troll construyó un departamento y lo alquilaste en Airbnb. El troll llenó la casa con comida, agua y jarras de vino, porque necesito mucho vino. Y hay un jacuzzi y una ducha con gel y una cama enorme con un edredón esponjoso. —Inclinó la cabeza—. ¿Verdad?

—¿Qué es un troll?

Era curioso que de toda su charla él se fijara en eso.

—Así que, nada de casa diminuta —dijo con tristeza.

—No lo creo.

—¿Y nada de edredón esponjoso?

—¿Por qué necesitaría ser esponjoso?

—Te lo explico otro día. —No tenía energía para entrar en detalles ahora. Hablar de duchas y

jacuzzis solo la deprimía más, aunque, sin agua cerca, ¿qué importaba? —. ¿Vamos a pegar la espalda al árbol y luchar contra lo que se nos cruce hasta encontrar cómo escapar de Yarris? Tú peleas y yo busco serpientes rosas para espantar a los depredadores.

—¿Luchar juntos, con la espalda al árbol? —La sonrisa que él le dirigió hizo que sus rodillas se debilitaran. Realmente, tenía que dejar de hacer eso o terminaría en el suelo con las piernas abiertas. Sucia Taylor. — Esta idea promete, futura compañera.

—¿Cómo ves promesa en eso? —Taylor, práctica como siempre, se sentía más cómoda con certezas, no con respuestas ambiguas.

—No te preocupes. Te mantendré a salvo. —Wulf mostró de nuevo sus colmillos, haciendo que mariposas alienígenas revolotearan en su estómago.

—Pegar la espalda a un árbol y pelear contra lo que venga no me parece muy seguro, Wulf.

—Depende de dónde pongamos la espalda al árbol.

Taylor frunció el ceño al mirar el tronco, consciente de que se le escapaba algo.

—Entonces, dime. ¿Cómo vamos a sobrevivir siquiera los próximos diez minutos?

Wulf guardó su espada en la funda de su espalda.

—¿Puedes subirte a mis hombros?

# CAPÍTULO 6

# Wulf



—¿Sobre tus hombros? —dijo Taylor en tono suave. Mordisqueando su labio inferior, su futura compañera miró a su alrededor—. Tal vez deberíamos escondernos en un agujero en el suelo, asumiendo que encontremos uno, o en unos arbustos espinosos, suponiendo que existan.

—No querrás conocer a las criaturas que viven bajo tierra —o en arbustos espinosos, pero ella ya parecía sobrepasada, así que decidió no mencionarlo.

Ella se estremeció, mostrándole que estaba completamente exhausta. Todo el color había huido de sus bonitas mejillas, llevándose consigo su camuflaje.

Él era responsable de su estado, y darse cuenta lo atravesó como una daga. ¿Qué clase de protector era si no podía ofrecerle a su futura compañera un lugar seguro y tranquilo donde descansar?

—Una vez que estemos fuera del suelo —le dijo—, estarás a salvo. Podrás relajarte. Después de eso, te sentirás renovada.

¿Cómo podía asegurarle que estaría segura allá arriba? Como Vikir, Wulf había crecido en el dosel del bosque, corriendo por los puentes que su gente construía para conectar sus hogares o balanceándose en lianas de un árbol a otro. Entre la densa vegetación se sentía como en casa. Si ella confiaba en él, podría mostrárselo. Complacerla.

—De acuerdo —dijo ella, enderezando la espalda y levantando la barbilla, aunque sus ojos brillaban.

—¿Qué es esa agua en tus ojos? ¿Estás herida? —Le tomó las mejillas y deslizó cuidadosamente los pulgares por sus ojos tricolor. La tricar era una madera rara y valiosa que solo se encontraba en lo profundo de la cordillera Ikeline. Se decía que los dioses favorecían a quien trabajaba con ella. ¿Sería su compañera terrestre la favorita de algún dios?

Los pequeños vellos puntiagudos alrededor de sus ojos lo intrigaban. ¿Serían rígidos como parecían, o tan sedosos como las líneas de cabello oscuro en sus cejas?

—No entiendo la humedad en tus ojos —dijo—. Si estás herida, buscaré en la jungla alguna tintura o hoja para aliviarte.

—Mis ojos hacen esto cuando estoy feliz o alterada. No puedo evitarlo.

—Estás alterada —dijo él, seguro de que no era una expresión de felicidad—. Lo siento.

—No es nada. Lo superaré —repuso ella, olfateando y forzando una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. ¿Escalar un árbol? Vamos. Hagámoslo.

—Eres valiente. Sobreviviste en la estación espacial durante siete daelas. ¿Qué te hicieron allí? —Quería saber, pero no quería, porque la verdad podría destrozarlo. Su necesidad de

consolarla era fuerte, pero también debía entender lo que había ocurrido para ayudarla a seguir adelante.

—No me hicieron nada… sexualmente. Me drogaban para hacer procedimientos.

—¿Qué procedimientos?

—Dijeron que evaluaban mi fertilidad y que planeaban subastarme cuando estuviera… lista para quedar embarazada. —Su cuerpo tembló—. Supongo que ahí comenzaría lo peor, después de la subasta. —Suspiró—. Además de eso, a veces me daban de comer. Me dejaban caminar cada día en la pequeña habitación donde me mantenían. El resto del tiempo me ataban a una mesa.

Un gruñido salió de su pecho. Si ellos estuvieran allí, los mataría a todos.

—Un Al'kieern escapó contigo de la estación espacial —dijo, con la muerte en su voz—. ¿Dónde está?

—Encontró un final que ni él merecía. Cuando desperté, vi manchas en las paredes y su silla había desaparecido. Creo que… creo que la spidaire lo atrapó.

—¿Ese Al'kieern te hizo daño?

—Me amenazó, dijo que me vendería cuando llegáramos a Yarris, pero no me tocó.

Era bueno que ese hombre estuviera muerto. Uno menos para que él tuviera que matar.

—Ya no estás sola —le aseguró, acariciando su cabello. Era suave y fino, muy distinto de las fibras gruesas de sus naanans.

—Gracias —murmuró ella. Sus labios temblaron—. ¿Cómo sobreviví? Soy bibliotecaria. Somos súper mujeres.

—Eres una mujer superior. Lo supe desde el minar en que nos conocimos.

—Qué lindo —respondió, limpiándose los ojos y alzando la cabeza—. ¿Cómo subiremos? Por favor, dime que hay una escalera, aunque sea de cuerda. Hice eso una vez en la clase de gimnasia. No fue fácil y solo subí dos metros, pero podría intentar más. ¿O me vas a impulsar de alguna forma? Tenemos un problema, no veo ninguna rama conveniente donde sentarnos mientras esperamos…

—¿Esperamos qué? Ah, cierto, un rescate. Excepto que, hasta donde sé, nadie sabe que estamos aquí.

—Kral sí lo sabe.

Ella lo miró confundida.

—¿Kral…?

—Kral Lilgat Adhoh Shiel'qoin.

—Di eso rápido tres veces.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo. ¿Quién es?

—El líder de mi clan y futuro compañero de Mila Dunkirk.

—¡Oh, sí! Ya recuerdo su nombre. ¿Cómo sabe que estamos aquí? ¿Encontró a Mila?

—Estaba a punto de abordar la estación espacial cuando partí tras tu transbordador. —Wulf escaneó el área. Debían abandonar el suelo pronto. Algo grande se acercaba—. Para ahora, Kral ya habrá rescatado a tu amiga, Mila Dunkirk.

—¿Realmente?

—Kral es el líder de mi clan —afirmó con absoluta confianza—. Encontrará y rescatará a tu amiga, y nos reuniremos en Crakair. Ese es el plan.

—¿Y Lily?

—Lily ya está a salvo en Crakair.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso —murmuró ella, apoyándose contra el árbol mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

Las emociones humanas lo desconcertaban. Las hembras eran complicadas, especialmente las de la Tierra.

—Esperemos que Kral aparezca con una gran nave —dijo ella, sonriendo—. Podría aterrizar cerca. La compuerta se abriría y un montón de stormtroopers bajarían disparando láseres para acabar con las ratas gigantes, los avestruces y las arañas. Subiríamos a la nave y nos largaríamos de aquí.

—¿Storm… poopers?

Ella lo miró, tratando de averiguar si estaba bromeando, pero él…

Se golpeó la frente con la palma.

—Claro. Stormtroopers, no poopers. —Se echó a reír, y ella lo imitó—. A veces, mi traductor cambia las palabras.

—Está bien, me gusta —dijo ella, aun sonriendo, y él se sintió feliz de haberla hecho sentir mejor en medio de esta situación difícil.

Pero su sonrisa se desvaneció al oír los sordos golpes en la jungla que indicaban que necesitaban dejar el suelo cuanto antes.

—Te ayudaré, pero debemos…

—Sí —dijo ella, con la vista fija en los árboles—. Vayamos a un lugar seguro, si es que existe tal cosa en Yarris. Quizá deberíamos correr en vez de subir a un árbol.

Ella se mordisqueó el labio mientras un leve susurro de la hierba junto a su pierna la hizo dar un respingo. Golpeó el suelo con el pie y se frotó la pantorrilla.

—Malditos insectos. —Su mirada preocupada se encontró con la de Wulf—. ¿Hay mosquitos aquí? Uno intentó posarse sobre mí.

—No mosss-quis-tos. Otros… bichos —supuso que eso significaba insectos—. Subamos al árbol.

—Lo dices tan fácilmente, como si fuera un hecho que escalo árboles gigantes con regularidad.

—¿No lo haces?

—No, eh, a lo mucho, subo escaleras. En la biblioteca. Cuando el ascensor está descompuesto. Rara vez árboles —resopló—. Está bien, nunca trepo árboles. Ya me sacaste la verdad.

Un dundair voló cerca, extendiendo sus cuatro garras para atrapar algo, pero se desvió cuando Wulf blandió su espada. Resopló, mirando con furia la esponjosa parte trasera de la criatura mientras se reía y se zambullía en los arbustos.

—Para ser honesta, no recuerdo la última vez que trepé a un árbol —dijo Taylor, como si no hubiera notado que casi los empalaba el dundair—. Y ni siquiera era un árbol grande, solo un arce en el jardín de mi abuela. Llevé una silla de la cocina afuera y la puse debajo de la rama más baja. Me subí en la silla, balanceé la pierna por encima de la rama y me apoyé en el tronco para disfrutar de la vista, hasta que mi abuela gritó para que devolviera la silla a la casa.

Otro dundair aterrizó cerca. Se pavoneó hacia ellos, con sus garras desgarrando el suelo con cada paso. Al ser una criatura que volaba bajo, no los seguiría si lograban subir al árbol a tiempo, suponiendo que pudiera subir a Taylor pronto.

Cuando el dundair soltó una carcajada, Wulf gruñó y blandió su espada. La criatura se calló de inmediato y huyó, volando hacia los arbustos en lugar de continuar con el enfrentamiento. Eran criaturas carroñeras que normalmente buscaban a los muertos. Pocas se atrevían a

enfrentarse a un macho armado protegiendo a su pareja.

La vegetación a su alrededor quedó en silencio. No había cantos de aves ni zumbidos de insectos. Algo mortal se acercaba, y estaría sobre ellos en cuestión de minars. Le picaba la espalda, una señal segura de que un ataque era inminente.

—Aférrate a mí —ladró.

—¿No habías dicho algo sobre trepar por tus hombros? Bueno, yo me apunto. Pareces trepable. Y lamible también, pero no vamos por ese camino.

Había escuchado mal. Ella no lo había llamado... ¿lamible?

El zumbido distante de los motores de una lanzadera llegó a sus oídos. Una rápida inspección del lugar confirmó que tenían buena cobertura aérea, razón por la que había elegido esa ubicación. Sin embargo, una pequeña apertura cercana podría revelar su presencia. Quienquiera que volara cerca tendría equipos de detección térmica capaces de localizarlos en el suelo del bosque.

Saltó sobre Taylor y la presionó contra el árbol, protegiendo su cuerpo con el suyo.

—Bueno, está bien. Guau —murmuró ella contra su pecho—. Un abrazo no está mal, pero no va a...

Él colocó un dedo sobre sus labios.

—Oh, perdón —murmuró ella alrededor de su dedo—. Sí, estaré callada.

La nave pasó sobre su ubicación sin reducir la velocidad, pero él esperó hasta contar hasta mil antes de apartarse y liberar a Taylor.

—Una nave —dijo ella, saltando en su lugar y aplaudiendo—. ¡Debe haber sido tu amigo!

—Era Al'kieern.

La emoción de Taylor se desvaneció como una capa empapada. —Los tipos azules de cuatro brazos. Maldición.

—Tienen una base en Yarris y, sabiendo que estás aquí, vendrán por ti —dijo Wulf—. También por mí, si detectan mi nave.

—Bueno, entonces, vamos a hacerlo. —Se acercó a Wulf, tropezando con algo y jugueteando con las manos—. ¿Debería sostener tu brazo? —Golpeó el suelo con el pie—. ¿Estás seguro de que aquí no hay mosquitos? Porque... —Un escalofrío recorrió su cuerpo—. Ahí está otra vez —dijo, desconcertada—. Este lugar está lleno de...

Un chillido salió de su boca cuando una enredadera se enrolló alrededor de su tobillo y tiró de ella. Cayó al suelo, sus ojos llenos de pánico se encontraron con los de Wulf. Ella se arrastró desesperada, sus uñas dejaron surcos en el suelo mientras la enredadera la arrastraba hacia la parte más densa de la jungla.

—¡Wulf!

Con los pulmones ardiendo, Wulf rugió mientras salía corriendo tras ella. Con un gruñido, bajó su espada sobre la planta, cortándola del cúmulo principal. El extremo vivo retrocedió, y un grito retumbante resonó en el bosque, seguido por otros aullidos que formaron una letanía ensordecedora, ahogando los gritos de Taylor.

Heille.

Varias enredaderas emergieron del bosque, serpenteando por el suelo, extendiéndose hacia ellos. Buscándolos. Una se enroscó en el pie de Taylor, pero Wulf la cortó de un tajo y la levantó en sus brazos. Corrió hacia el árbol y la dejó en el suelo solo el tiempo necesario para enfundar su espada.

—¡Agárrate! ¡Ahora!

—Ya entiendo. Tenemos que salir de aquí. ¿Seguro que no deberíamos correr? —Ella rodeó

su cintura con los brazos y se balanceó hacia atrás, mirando hacia arriba—. La rama más cercana debe estar a unos diez metros. ¿Cómo vamos a llegar antes de que...?

—Yo subiré —dijo él—. Tú te aferrarás.

Una enredadera le rodeó la pantorrilla, pero él la pateó para apartarla.

—Estoy lista —gritó ella—. Dame un segundo para ver dónde poner los pies. —Con la cabeza inclinada, estudió el árbol—. ¿Dónde están los agarres cuando los necesitas?

Las enredaderas azotaban el suelo a su alrededor. Si no subían pronto, los arrastrarían.

—Te llevaré conmigo.

—Wulf, no eres lo suficientemente fuerte para subir mi trasero ni un metro, mucho menos diez. —Ella movía los pies inquieta—. No puedo evitar mi tamaño. Me encantan los burritos, y voy a seguir comiéndolos toda mi vida. Demándame.

—Ahora. —Tomó sus manos y las colocó alrededor de su cuello, entrelazándolas—. ¡Aférrate!

Gruñidos surgieron del bosque cuando una manada de rugier emergió de entre la maleza, corriendo hacia ellos con los dientes chasqueando.

Wulf calculó y saltó hacia arriba. Clavando las puntas de sus dedos en un surco de la corteza, usó el impulso para trepar más alto, alejándolos rápidamente de las enredaderas y las bestias. Solo entonces relajó el ritmo y escogió con más cuidado los puntos donde colocar manos y pies.

—Guau —dijo Taylor, mirando hacia abajo, donde tres rugier apoyaban sus patas delanteras en el árbol y gruñían—. ¿Hay alguna posibilidad de que esos bebés puedan trepar?

—No pueden.

—¿Y las enredaderas?

— Cazadores de suelo.

— Perfecto.

El rugier chocó con el árbol y rechinó los dientes mientras olfateaba la zona donde él y Taylor habían estado parados.

—Solo digo que estoy muy impresionada en este momento —dijo ella—. Saltaste unos seis metros en el aire. ¿Cómo lo hiciste? ¿Tienes resortes en los pies?

—Soy Vikir. —Mantuvo su agarre en el árbol y hundió los lados de sus botas en la corteza, manteniéndose seguro a esa altura mientras recuperaba el aliento. Había estado demasiado cerca.

—Mencionaste a los Vikir en el video que enviaste, pero no estoy segura de qué significa eso. No había mucho sobre ellos en el manual de protocolo.

—Crakair alberga muchas razas. Pequeños clanes de Vikir viven en los bosques, mientras que la mayoría de los crakairianos residen en la ciudad o en el campo circundante. —Una vez que logró controlar su ritmo cardíaco y su respiración, continuó. Buscando el siguiente punto de apoyo, los levantó, moviéndose tan rápido como se atrevía, llevándolos más alto en el dosel y lejos de las criaturas letales en el suelo.

—¿Sabes qué es gracioso? —dijo ella—. Estoy colgando como uno de esos letreros de hotel que la gente cuelga en el pomo de la puerta. *No molestar. No necesito servicio de limpieza hoy. No necesito toallas.* —Un resoplido salió de lo más profundo de ella, pero lo cortó. —Sé seria por una vez, Taylor. ¡Solo una vez! Ah, demonios, lo siento mucho. Debes saber que no puedo evitarlo. Ya debes tener una pista sobre mí. Hablo a mil por hora cada vez que estoy nerviosa, emocionada, preocupada o incluso cuando me siento normal. Es una maldición, me temo.

—No me importa. Habla todo lo que desees. —Se movió hacia su izquierda y escaló más alto.

—Aprecio tu comprensión, amable caballero. —Una sonrisa juguetona apareció en sus labios

y pequeñas arrugas se formaron en su frente—. Lo noté antes.

Su cuerpo se detuvo. —¿Notaste qué?

—Tienes una cara interesante.

Él gruñó, sin saber qué quería decir con esa afirmación. Su mujer de la Tierra lo confundía. Lo intrigaba. Lo emocionaba.

—Los terrícolas no tienen crestas gruesas en la frente como los crakairianos —dijo ella—. Tampoco tienes pelo, pero está bien.

Él se sintió aliviado. A pesar de cuánto disfrutaba mirar y soñar con tocar el cabello de Taylor, no desearía reemplazar sus naanans con mechones etéreos que parecían no tener otra utilidad más que mejorar la apariencia.

Agarrando una rama por encima de ellos, los levantó hasta que pudo erguirse y usar la superficie plana para estar de pie. Se agachó y saltó de nuevo, aterrizando en otra rama más arriba en el árbol.

—Esto es increíble. Aparte de los espasmos en mis brazos, malditas cosas, podría quedarme un buen tiempo mientras tú saltas de una rama a otra. Dado que estoy hecha un desastre después de casi ser devorada por una enredadera asesina y necesito una distracción, me voy a concentrar en tus crestas de la frente. En algunos chicos—bueno, en la mayoría—me darían miedo, como si estuviera saliendo con Hulk. Quien, por cierto, también tiene piel verde y músculos. Sé que te interesa ese dato. Las crestas te quedan, sin embargo. Te dan distinción. De hecho, son algo sexys.

—¿Tú...? —Se detuvo mientras colgaba de una rama, completamente aturdido por su confesión—. ¿Crees que soy sexy?

—No suenes asombrado. Lo dije no hace mucho, ¿no? ¿Y por qué no te encontraría sexy?

Esa era una muy buena pregunta.

¿Taylor lo encontraba a él—*Wulf* y no a alguien más—sexy? Aunque no había nadie más alrededor, aparte de los rugiers que resoplaban debajo. Aun así, se sintió animado por su declaración.

Si estuviera trepando de regreso en su aldea en Crakair, sus músculos sentirían la actividad para ahora, incluso sin el añadido del peso diminuto de Taylor, pero de repente tenía la fuerza de diez Vikir. Saltando a una rama gruesa, la usó para impulsarlos más arriba, brincando hacia un árbol más distante de lo que se habría atrevido a desafiar en casa.

—Oh, interesante. Hay cosas nuevas en el suelo —dijo ella, mirando hacia abajo—. Sus cuerpos son de un púrpura pálido con rayas rosas. Una nueva especie y algo que no hemos visto hasta ahora. Bonitos si no fueran mortales. Se parecen vagamente a los tigres. Tigres grandes, con cuatro patas y cuernos. Muchos cuernos en esta jungla. Y colmillos. Ambos son commodities muy deseados. ¿Debemos preocuparnos por los tigres púrpuras?

Un poco, pero era mejor introducirla lentamente en esto. Había recibido suficientes shocks durante los últimos denjars. Era difícil de creer que solo habían estado en Yarris más tiempo, aunque temía que estuvieran allí un likar o más. ¿Podría su futura pareja soportar muchos daelas de peligro?

—Pronto se hará de noche —dijo, ignorando su pregunta sobre las criaturas que se movían por el suelo del bosque, acechando en busca de alimento. Los rugiers habían huido, lo que le dijo a Wulf que los “ty-grees purpros” eran algo que debían evitar. Nunca había visto a esa criatura antes y no podía comentar sobre su potencial amenaza, pero sería imprudente creer que estaban a salvo alrededor de cualquier criatura de Yarris.

—En cuanto a tus labios —dijo ella—, me gusta el suave color verde y la forma en que me

hacen sentir cuando nos besamos. ¿Quieres saber algo divertido? Momento de confesión. Cuando los vi en tu video, estaba preocupada por tus colmillos.

—¿No disfrutas de los colmillos?

—¿Colmillos en general? No. ¿Colmillos en Wulf? Sí.

No estaba seguro de qué significaba eso, pero un "sí" era algo bueno.

—No me preocupaba que me muerdas, aunque no me opongo a un pequeño mordisqueo de vez en cuando, pero me preocupaba cómo jugarían en un beso. Tú disipaste esa preocupación.

Le encantaba escucharla charlar. Revelaba tanto de quién era como persona. Y le intrigaba lo fácil que compartía sus pensamientos sobre él. Estoico y silencioso, Wulf era más propenso a mantenerse al margen y dejar que otros hablaran. Había pasado demasiados yaros tratando de evitar ser notado. Era refrescante sentirse... notado. Sí, esa era la palabra. Notado.

—Las escamas en tu frente me intrigan. Quiero tocarlas algún día, si está bien.

—Puedes tocar cualquier parte de mi cuerpo que desees.

—Declaración arriesgada, Wulf —dijo ella mientras él se movía más alto en el árbol. Una rama cerca de la cima satisfaría sus necesidades. Proporcionaría un espacio para descansar con suficiente cobertura de vegetación para evitar los escáneres de búsqueda de calor de los Al'kieern.

Una vez que llegó, se dejó caer sobre la amplia rama y se recostó contra el tronco, manteniéndolos en su lugar con las piernas.

Colocó a Taylor sobre su regazo, mirándolo.

—Esta es una posición interesante —dijo ella, moviéndose para acomodarse.

Si seguía así, su polla iba a estallar.

—Dormiremos aquí esta noche —dijo con los dientes apretados, diciéndole a su cuerpo que ignorara su dulce aroma y su cercanía.

—¿Conmigo plantada sobre tu...? —Ella parpadeó lentamente—. Vaya, tienes un misil en el bolsillo.

—¿Misil?

—Es grande.

—Sí.

—Estoy bien con eso.

—Es agradable oírlo.

Ella se movió un poco más, acomodándose en su regazo.

Si inclinaba la cabeza hacia atrás y aullaba, ¿cómo respondería ella? La frustración creció en él. Paciencia, gritó a su cuerpo. Dale tiempo. "Cortejo," murmuró. "Matrimonio. Luego, sexo."

—Entiendo.

¿Cómo podía entenderlo? Era él quien debía cortejarla y mostrarle que era digno. Echarla hacia atrás en la rama y penetrarla arruinaría todo.

—Voy a optar por describir esto —dijo ella, señalando su entrepierna—, como que estás un poco... emocionado porque una mujer está sentada en tu regazo. Apenas nos conocemos, así que probablemente no es por mí. Y el tema de la cama está fuera de discusión por esta noche, al menos. —Reclinándose en su abrazo, ella se tocó la barbilla—. Diría que necesitamos una distracción, ¿no? Para calmar las cosas.

Nada iba a calmar su polla. Su futura compañera seguía frotándose contra ella. Su aroma...

*No pienses en su aroma.*

Apretando los dientes, se enfocó en las hojas a su alrededor. Los rugidos de una manada de rugieres apareándose en el suelo cercano. El sol poniéndose en el horizonte.

—Esto es en realidad bastante cómodo. Y puedo ver por qué lo encuentras seguro. Sí, estamos altos sobre el suelo, pero en Yarris, eso es algo bueno. —Se acomodó contra él como si perteneciera allí—. Ahora que hemos terminado de hablar sobre tu rostro, podemos...

—Dime de ti. — Distracción. Distracción. Sin bombeo de caderas contra ella. —¿Por qué hablas de ti misma —de tu cuerpo— como si no fuera la forma más exquisita del mundo? La ansiaba. Ya la deseaba. ¿Cómo podía no ver esto?

—¿Exquisita? ¿Dónde están tus ojos? —Dejó escapar un suspiro. —Pero tienes razón. No debería menospreciarme. Nunca solía hablar de mí misma así.

—¿Por qué ahora? —No había pasado por alto la implicación de que algo había causado un cambio.

—Como muchos, tengo un ex terrible en mi pasado.

—¿Hex?

—Ex. Un exnovio.

Un gruñido retumbó en su pecho, no porque ella hubiera estado con otros hombres, sino porque uno de ellos le había causado angustia.

—No pareces haberte dado cuenta, pero no soy tu típica chica delgada de la Tierra. Y ahí voy de nuevo, maldiciendo. Y estoy culpando a mis compañeras, que deberían ser mis mejores amigas y grupo de apoyo, llamándolas perras. ¿Te importa que tenga una lengua sucia? Mi madre siempre decía que podría parecer un poco una bibliotecaria, cuando me visto adecuadamente, pero tengo la boca de un estibador.

—¿Un estibador? —Cada palabra que su diminuta futura compañera pronunciaba era otra pieza del rompecabezas de la persona que quería conocer mejor. Metiendo la mano dentro de su camisa, sacó otra blesette y se la ofreció. Ella la tomó, masticando mientras hablaba, aunque los bostezos comenzaban a aparecer. Pronto, se dormiría. Él dormitaría ligeramente y la protegería.

—Sí, un estibador. Exactamente. Me enorgullezco de mi lenguaje creativo. Solo porque soy bibliotecaria no significa que tenga que hablar como una enciclopedia andante.

—Cuéntame más sobre este ex.

—Es curioso cómo te concentras en esa parte de mi declaración. Me gusta ese nombre, por cierto. Hex. Le queda. Su nombre es—era—Ben. Y era un idiota.

—¿Cómo te trató como idiota? ¿Te arrastró de las extremidades?

—Idiota significa imbécil.

—Un imbécil. No he escuchado esa palabra, pero me gusta, casi tanto como "ugh". Gruñendo, la acercó más, compartiendo su calor. Con el sol poniéndose, había comenzado a hacer frío. —Imbécil. Imbécil. —Se rió. —He conocido a muchos machos que eran imbéciles.

—Yo también, te lo diré. —Ella sonrió hacia él, sus labios brillantes por la fruta. —Me gustas, Wulf. Eres divertido. Eres entretenido.

Por alguna razón, su comentario hizo que su rostro se sonrojara. ¿Era esta una versión vikireana del rubor del que Taylor había hablado? No podía ser. Los guerreros no mostraban color en sus escamas como reflejo de sus sentimientos.

—¿Qué te hizo tu ex, Bin? —preguntó Wulf, observando su rostro. Se sintió aliviado al ver que su expresión tensa había desaparecido. Hablar la tranquilizaba. La animaría a seguir haciéndolo hasta que el sol se despidiera en el horizonte. Entonces, tendrían que estar callados. Era más seguro sobre el suelo que en él, pero en ningún lugar de Yarris era verdaderamente seguro.

—¿Bin? —Frunció el ceño—. Ah, Ben. Pero me gusta más Bin, así que seguiré con eso. Bin me criticaba mucho. Mi tamaño, lo que comía. Incluso lo que hacía por diversión.

—¿Por qué?

—Porque se sentía fuera de control y al ponerme sobrenombres y criticarme, podía hacerme sentir insegura. Así él podía sentirse poderoso.

—El poder no se trata de ser cruel con los demás.

—Tienes razón.

—El poder proviene del amor. De los contactos que haces en la vida y de las relaciones que construyes.

—Forma interesante de decirlo, pero estoy de acuerdo. No lo había pensado de esa manera antes. Pero como decía, estoy asombrada de cómo me has traído hasta aquí. Estoy un poco pasada de peso —suspiró—. Y a pesar de los comentarios desagradables de Bin, estoy bien con ello. La mayor parte del tiempo. No, todo el tiempo, porque mi personalidad no está definida por mi apariencia exterior. Eso solo está de paso.

—Eres pequeña —gruñó—. Pero entiendo lo que quieres decir. Un concepto interesante para Wulf, la idea de que podría ser quien quisiera, por dentro. Era liberador, esta sensación.

—¿Pequeña? ¿A quién miras? Porque de donde yo vengo, esto —señaló su cuerpo— no es pequeño, ni delicado, ni sexy. Aunque me gusto, mi figura no se considera tan atractiva como la de alguien pequeño y delgado, con el pelo largo y liso, no algo esponjoso como el mío, que se riza y se vuelve salvaje bajo la lluvia, y...

Él la miró hasta que se detuvo.

—¿Qué? —dijo ella, sus mejillas volvieron a camuflarse. Él recorrió con el pulgar la superficie suave de su piel.

Ella cerró los ojos y tembló. —Eso no debería sentirse tan bien.

—¿Por qué no?

—Porque... —Sus ojos se abrieron de golpe y ahogó un bostezo con la mano—. Eres peligroso. Demasiado peligroso.

—Solo para aquellos que te amenazan.

—Eres... —Presionando su frente contra su pecho, ocultó su rostro. ¿Qué le preocupaba que él viera? —No deberíamos estar aquí. No es... realmente no puedo decir por qué.

Él no entendía.

El sol se desvaneció, dejándolos envueltos en la oscuridad. A medida que el bosque cobraba vida con depredadores, la acercó más a él. Mostró sus colmillos, aunque nada se acercó.

—Me besaste no hace mucho —dijo suavemente.

—Lo hice, y tú me besaste. —Su voz salió apagada. Somnolienta. Acurrucándose contra él, sintió cómo la tensión abandonaba su cuerpo—. A... me gustó.

Su confesión estalló en su pecho como fuego, encendiéndolo. —Eres hermosa. Besable. Lo haré de nuevo.

Esperó a que inclinara la cabeza hacia atrás y siguiera hablando. Cuando lo hiciera, reclamaría su boca. Reclamaría tanto como ella se lo permitiera. Su preciosa futura compañera.

Su polla volvió a agitarse, pero la apagó.

Cortejo. Matrimonio. Luego, sexo. Las palabras repetían en su mente. Tomar las cosas fuera de orden podría arruinar su oportunidad de conquistar a esta diminuta mujer de la que ya estaba medio enamorado.

Taylor se movió en su regazo y murmuró algo demasiado suave para entender. Ella dormía, y él esperaba que se sintiera segura.

La sostuvo toda la noche, gruñendo cada vez que algo se acercaba.

# CAPÍTULO 7

# Taylor



Taylor despertó, cálida y sintiéndose segura por primera vez en… ¿cuánto tiempo había pasado? Demasiado.

Algo rígido se asomó entre sus piernas y, maldita sea, la polla de Wulf se sentía increíble. Al moverse, disfrutó de la sutil vibración, sin saber de dónde venía, pero disfrutando del momento. El calor recorría su cuerpo, centrándose en su clítoris. Latía. ¿Sería inapropiado apartar su ropa interior y…?

Lo sería. Solo había conocido a Wulf ayer. ¿Qué tipo de mujer se rasga las bragas y se deja caer sobre un tipo que acaba de conocer?

Una codiciosa, como Taylor.

Esto no era solo su deseo de sexo con cualquier hombre. Solo el sexo con Wulf sería suficiente.

Y ese pensamiento la despertó por completo. ¿Acaso no había decidido que quería volver a la Tierra? La idea de que podría estar insegura sobre su decisión hizo que sus manos temblaran. Necesitaba pensar en esto. En Wulf. Y en los sentimientos que florecían dentro de ella.

—Despierta, futura compañera —dijo Wulf cerca de su oído. Él acarició su garganta, y ella juraría que la mordió suavemente. No lo haría, ¿verdad?

Maldita sea, ojalá lo hiciera.

—Debemos viajar —dijo, tomando su lóbulo entre sus colmillos y girándolo.

El calor inundó su cuerpo. Joder. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que lo conoció y ya estaba lista para abrirse de piernas y dejar que hiciera lo que quisiera.

*Concéntrate en salir de Yarris. Puedes pensar en todo lo demás después.*

Se recostó en su abrazo. —Oh, um, hola. Buenos días. —Se tapó la boca con la mano. Maldita sea, el aliento matutino.

—Buenos días, futura compañera.

Por supuesto, siendo tan perfecto como era, el aliento de Wulf olía dulce.

Él le pasó un blesette. —¿Desayunas?

—Gracias. —Mordió la piel gruesa y succionó los jugos que brotaban de la dulce pulpa mientras Wulf hacía lo mismo con otro trozo de fruta. —¿Vamos a encontrar un lugar seguro para esperar a Kral? —Habló alrededor de su bocado—. Personalmente, me encantaría encontrar un oasis en la jungla donde podamos escondernos por el resto de nuestras vidas, pero eso es soñar.

—Veré si es algo que puedo organizar, pero Kral no vendrá aquí.

—¿Por qué no?

—Arreglamos que yo te encontrara y volara a Crakair.

—Oh. Entonces no espero por los soldados de asalto corriendo con sus láseres disparando.

Cuando terminó el blesette y se lamió el jugo de la mano, él se puso de pie, milagrosamente aun sosteniéndola con sus piernas envueltas alrededor de su cintura.

—¿Estás lista? —Tomando sus manos, las enlazó detrás de su cuello.

—Claro. Dado que no hay un oasis conveniente, ¿a dónde vamos ahora?

—Abajo. —Asintiendo, saltó del tronco.

Antes de que el grito que se acumulaba dentro de Taylor pudiera salir de sus pulmones, Wulf se agarró de una rama que debía estar a trescientos metros por debajo de ellos y detuvo su caída. Se meció hacia adelante y hacia atrás, sosteniéndose con una mano. Ella trató de no entrar en pánico.

—Dale a una chica un poco de advertencia, Tarzán —se le escapó entre trancos. Su respiración era agitada, sus pulmones ardían por la caída.

Él, por supuesto, respiraba con normalidad y parecía no estar afectado por su experiencia cercana a la muerte.

Taylor hizo todo lo posible para no entrelazar sus dedos alrededor de su cuello. Ya le dolían. Al menos sus piernas seguían envueltas alrededor de su cintura. Una posición íntima, pero no le molestaba. Sin embargo, eso hacía que ciertas partes de sus cuerpos volvieran a estar en contacto.

Él seguía increíblemente duro. Tenía que admirar la capacidad de su cuerpo para mantener una erección tan enorme durante tanto tiempo.

—Mala Taylor —susurró—. No pienses en eso ahora.

—Me disculpo por no haberte advertido de mis intenciones —dijo él—. Seré más cuidadoso.

—De acuerdo —murmuró contra su pecho—. Solo estoy añadiendo un poco más de entretenimiento a la mañana —. Maldita sea. Necesitaba dejar de pensar en el bulto en sus pantalones y en lo que realmente quería hacer con él.

Sus brazos se contrajeron cuando él se balanceó hacia otra rama, llevándolos más abajo. Se aferró a él como una enredadera en una pared de ladrillos. No una de las enredaderas asesinas que encontraban en Yarris, sino una buena enredadera. Una de la Tierra, como madreselva, clemátide o uva Concord. Maldición, extrañaba las plantas normales, las que no intentaban matarte.

¿Cómo había logrado quedarse dormida, y mucho menos mantenerse dormida toda la noche en un árbol? Estaban al menos a treinta metros de altura, aunque evitaba mirar hacia abajo para medir la distancia.

—Eres como el conejito Energizer. Sigues y sigues y sigues. ¿Cómo puedes hacer esto?

—En Crakair, escalo.

—Lo dices como si subir conmigo al dosel y luego llevarnos de vuelta al suelo no fuera nada.

—No es nada. No pesas nada.

Ella rió y luego se mordió los labios, negándose a decirle que estaba loco, que, por supuesto, ella pesaba. Su apariencia física no le importaba a nadie en Yarris, excepto a Wulf, y él decía que era hermosa. ¿Por qué no confiar en sus palabras?

Estar cerca de él hacía que su respiración se volviera áspera y su cabeza girara. No era una mala sensación. ¿La besaría de nuevo? Esperaba que sí, porque el último beso había sido como acercarse a una estufa de leña cuando estabas medio congelada. Su beso no había durado lo suficiente para saborearlo. Qué tonta al pensar en besos cuando estaban regresando a territorio de depredadores. Tendría que estar alerta allá abajo. Cuidarse de las serpientes rosadas y, bueno, de

todo lo que se movía en Yarris.

—Una cosa —dijo él mientras se balanceaba de una rama a otra.

—Dime.

—No dispararé —su horror dio paso a una sonrisa que mostraba sus colmillos y le hizo temblar los dedos de los pies—. Tú bromeas cuando dices disparar.

—¿Lo captaste, eh?

—Pensé en tus comentarios de anoche. ¿Fue Bin quien te vio como poco atractiva? —gruñó mientras los balanceaba hacia la derecha, como si él fuera Tarzán y ella Jane—. Si lo deseas, lo mataré por ti y montaré su cabeza en una pica.

Soltó la rama y cayeron lo que parecían diez metros al suelo, aterrizando con apenas un golpe.

—Espera un segundo —dijo mientras él la bajaba al suelo de la jungla—. ¿Dijiste que montarías la cabeza de mi ex en una pica?

—¿Preferirías que monte la cabeza de todos los hombres que te han hecho daño en una pica? Porque también es posible.

Él tenía que estar bromeando.

—¿Tienes que curar las cabezas primero? —gruñendo, agitó las manos en el aire—. Olvídalo. No respondas eso. No estoy segura de que quiera saberlo. Vamos a dejar la cacería de cabezas y el curado de cuerpos por ahora. Además, tendrías que volar a la Tierra para matarlos—a él—por mí. Sin embargo, aprecio el gesto.

Un gruñido retumbó en el pecho de Wulf, y maldición, Taylor encontró ese sonido muy atractivo. Nunca le habían gustado los tipos sobreprotectores, especialmente después de que Ben la acosara, pero esto no se sentía igual. Wulf quería ayudarla a luchar en sus batallas, no controlar cada una de sus acciones.

—No haré ningún curado —dijo Wulf—. Mataré al estúpido hex a la manera antigua de los Vikir. Lo desmembraré, arrancaré sus entrañas y las colocaré a su alrededor, y luego...

—¡Alto! —Levantó la mano—. Alto. Vamos a… dejar ese pensamiento por ahora, ¿sí? Ben no merecía su lástima, aunque se había ganado su ira y la disposición de Wulf para vengarse.

Wulf gruñó, pero asintió.

—No dejes que nadie te diga que no eres hermosa. Para mí, eres la hembra más hermosa que he visto. Sin embargo, no se trata solo de la apariencia física. Tu risa hace que mi corazón se detenga. Y eres inteligente. Me gusta tu sabor. Tu olor. Los sonidos que haces en tu garganta cuando te beso. Son hermosos.

Sus ojos se agrandaron, y apartó la parte del sabor, olor y sonidos de su declaración para centrarse en el resto.

—Yo… gracias.

Él inclinó la cabeza.

—Nadie me había dicho algo así antes.

—Lo diré a menudo.

Este tipo la dejaba sin palabras. Las emociones se agolparon en su garganta y no estaba segura de qué hacer con ellas.

Con las manos apoyadas en sus caderas, miró alrededor. De alguna manera, después de una buena noche de sueño, todo parecía manejable—un término relativo en la jungla. Pero Wulf estaba con ella. La había protegido durante la noche, y aún sentía su calor en sus huesos. Se sentía más conectada a él que después de seis meses con su ex, Bin.

Un crujido en el bosque cercano la hizo avanzar rápidamente y caer en los brazos de Wulf. Él

no sacó su espada, lo que sugería que no estaba tan preocupado como ella por lo que pudiera estar acechando cerca.

La atrajo hacia sí, y cuando su cabeza se inclinó, ella pensó que la besaría de nuevo.

Los besos deberían estar prohibidos para una mujer que pensaba en regresar a la Tierra.

*Cállate*, le dijo a su molesta conciencia.

No era divertido sentirse en conflicto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, dejando salir la inquietud que la acechaba por dentro. Una buena noche de sueño no podía ahuyentar su preocupación por su futuro.

—Caminemos mientras discutimos esto —dijo él, tomando su mano y tirando de ella por un sendero que se alejaba del lugar donde había aterrizado el día anterior.

—Estoy de acuerdo. Tienes un destino, supongo.

Hasta donde sabía, él no había estado en Yarris antes.

—Dado que no puedo usar mi nave, tendremos que obtener otra —hizo una pausa junto a un arbusto alto con hojas de un profundo color fucsia. Una vaina negra, larga y delgada, colgaba de las ramas superiores. Saltó como un superhéroe y agarró dos. Al caer de nuevo al suelo, le entregó una y le hizo un gesto con la cabeza hacia el sendero—. Vamos. Caminemos.

Al menos no estaba sugiriendo que corrieran. Sus pantorrillas dolían y los músculos de sus muslos temblaban por el esfuerzo de ayer.

Comenzaron a andar, uno al lado del otro.

Ella miró la vaina negra que vagamente se parecía a una judía verde, del tamaño y la longitud de su brazo.

—Come —dijo él—. Es bueno. Muy parecido a... willadork.

—¿Qué es willadork?

Las escamas alrededor de sus ojos se arrugaron, y el profundo verde que rodeaba el negro brilló. —Si pruebas, lo sabrás.

Cuando estés en Roma... mordió el extremo de la vaina y la masticó. Era un poco arenosa, como una pera, pero también fibrosa. El leve sabor salado se sumaba al sabor carnoso. —Sabe a carne seca —dijo entre mordiscos. Tragando, mordió otro trozo.

—¿Más hexes aguantando tu brazo? ¿A quién te gustaría que empalara esta vez? —preguntó con toda seriedad, pero el destello de sus colmillos decía que estaba bromeando.

—Nada de aguantar mi brazo. Nada de empalar cabezas de hex hoy. ¿Podemos dejar esa idea para mañana? Podría necesitar tus servicios.

—Soy fuerte —flexionó un músculo del brazo—. Te ofrezco cualquier servicio que necesites.

No debería interpretar su comentario como sugestivo, pero maldita sea, encendió algo salvaje e indómito dentro de ella. Pasar la noche en sus brazos había añadido una intimidad a su relación que no podía negar. —Dime dónde esperas encontrar una nave —dijo para distraerse.

—Sé dónde localizar una.

Ella levantó las cejas. —Localizar es un término interesante. Creo que quisiste decir robar una, ¿verdad?

Él mostró sus colmillos. Diabólico, y le encantaba.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto implicará correr? —suspiró. Terminando su carne seca, se lamió los dedos—. Sabes que no soy fanática del ejercicio.

—Haré todo lo posible para protegerte, pero nuestras probabilidades aumentarán si podemos escapar de este planeta rápidamente.

—Entiendo —dijo—. Y haré lo que pueda para ayudar, incluso si eso significa correr todo el

día. Lo llevo dentro de mí. En alguna parte. Solo llámame Francis.

—Taylor Nina Willis. No hay Francis en tu nombre. —Levantó un dedo—. Oh. Entiendo. Este es un apodo que usas para ti misma.

Sus cejas se levantaron. —No. Francis es alguien a quien admiro mucho. Quiero ser como ella.

—Taylor es mejor.

—¿Cómo sabes eso? No has conocido a Francis.

—He conocido a Taylor. No deseo conocer a Francis.

—Eso es dulce, pero en realidad, Francis es mejor en todo. Luchar, hacer estrategias y correr.

—No te valoras lo suficiente —le dio un toque suave en la frente—. Esta Francis puede luchar, correr y hacer estrategias, pero no es tan ingeniosa como tú.

—De todos modos, si ella estuviera aquí, podría correr a tu lado durante días.

—No necesitamos correr durante daelas. Meramente denjars por ahora. Para hacer esto fácil —extendió los brazos—, te llevaré.

—¿Y correr conmigo en tus brazos? Eres fuerte, y es dulce de tu parte ofrecerlo, pero si necesitamos pelear, necesitas tener las manos libres. Además, somos un equipo y necesito hacer mi parte. Como lo haría Francis. Esto significa que yo correré a tu lado, haciendo mi mejor esfuerzo por mantenerme al día.

—Sería fácil correr mientras te llevo.

—Por alguna razón, estoy pensando en que podríamos hacer un “caballito”, lo cual podría ser divertido de intentar en algún momento, pero no cuando estamos escapando de gigantescas arañas.

Él miró más allá de su hombro. —¿Qué es este caballo en la espalda de uno?

—Involucra que yo monte sobre tu espalda con mis piernas alrededor de tu cintura y mis brazos alrededor de tu cuello.

—¿Lo opuesto de cómo te llevé a la cima de la copa de los árboles?

—Sí. Pero no lo haremos. Sé que intentarás correr todo el día llevándome, pero si nos atacan, podrías salir lastimado.

—Yo siento lo mismo. Deseo mantenerte a salvo del daño.

—Entonces estamos en un punto muerto. Estamos más seguros si ambos tenemos las manos libres. —Levantó un brazo y mostró su propio músculo—. ¿Ves? Soy dura. Solo mírame atrapar serpientes y lanzarlas por ahí.

—Déjame ser la espada, y tú puedes ser la mente. Como lectora de libros, eres infinitamente más inteligente que yo.

—Eso no es cierto en absoluto. Mira cuán astuto has sido aquí. Si no me hubieras rescatado, todavía estaría colgando de la silla o muerta.

—Habrías encontrado una manera de liberarte. Habrías derrotado al spidaire. Eres ingeniosa.

—Aprecio tu confianza en mí, pero cuando se trata de sobrevivir en un planeta peligroso, soy inútil. Pero volvamos a la nave. ¿Dónde planeas... localizar una?

—Hay una instalación a varias daelas caminando desde aquí. —Miró hacia adelante—. Para escapar de Yarris y obtener una nave, debemos infiltrarnos en el complejo Al’kieern.

# CAPÍTULO 8

# Wulf



Taylor se detuvo en el sendero y lo miró boquiabierta.

—¿Vamos a asaltar el complejo Al'kieern? ¿Tú y yo? —Miró a su alrededor con desesperación—. Maldición, necesito encontrarme con un montón de serpientes rosas. ¿Dónde están esos bebés cuando los necesitas?

—No serpientes —hizo un gesto para que siguieran caminando, y avanzaron en silencio por unos minutos—. Y no llegaremos al complejo por tres o cuatro daelas.

—¿Vamos a caminar por daelas… días?

Él asintió.

—El complejo está a varios kleks de aquí. Tendremos que correr por muchos días —de hecho, necesitaban acelerar el paso. Sentía algo siguiéndolos en el bosque. ¿Un spidaire? No estaba seguro. Pero no tenía interés en detenerse a averiguarlo. Mejor correr y poner distancia entre ellos y la amenaza.

—Temía que dijeras que teníamos que correr. No debería quejarme. Estoy viva. Dormí bien, gracias a que me abrazaste toda la noche. Me diste un increíble jerky de willadork alienígena —asintió con decisión—. Estoy lista para pelear. Quiero salir de este planeta, y si asaltar el complejo es la única manera, lo haremos —gruñó y fulminó con la mirada la jungla a su alrededor—. Es un plan loco y salvaje, pero tiene potencial. Cualquier cosa es mejor que establecer un campamento permanente en Yarris.

¿Cómo podía explicarlo? Su futura compañera estaba encendida cuando debería calmarse.

—Yo asaltaré el complejo. Tú...

—¿Me esconderé en los arbustos mientras tú juegas al héroe? No, de ninguna manera. Estamos en esto juntos, amigo. De verdad. Puede que haya insinuado que soy un poquito inútil, pero eso no significa que deba quedarme atrás a cuidar la fogata mientras tú asaltas el castillo. Puede que no sea Francis Mandrake, pero soy Taylor. Audaz, valiente, y, como tú tan amablemente señalaste, soy lista —levantó la barbilla y se puso las manos en las caderas—. También soy bibliotecaria, y no nos andamos con rodeos.

—Es mi deber protegerte. Hay demasiadas criaturas cerca, ansiosas por atacarte. Lo haré de la manera más segura posible.

—¿Seguro? ¿Eso es siquiera posible? Vamos, hombre. Sé realista. Tú contra... ¿Cuántos Al'kieern estamos hablando? ¿Diez, quince?

—Al menos. Están estableciendo una presencia en el planeta para extraer sus recursos.

—Entonces, no necesariamente estamos hablando de soldados Al'kieern. Podrían ser mineros, ingenieros, geólogos. No son rivales para mí.

—Necesito hacerlo solo —debía mantenerse firme en esto. Heille, todo lo que deseaba era complacer a su futura compañera, pero ella era delicada, incapaz de valerse por sí misma en esta situación tan precaria, mientras que él estaba entrenado no solo en combate, sino en supervivencia en bosques profundos. Sus habilidades de bibliotecaria, aunque ciertamente valiosas, no eran adecuadas para la batalla—. Mientras me infiltre en la instalación Al'kieern y robe una nave, tú esperarás en un lugar seguro, futura compañera.

Ella gruñó y lo miró con una mirada feroz. Pocos se atreverían a desafiar a esta mujer, pero él no retrocedería.

—De ninguna manera, futuro compañero. Iré contigo. Me infiltraré contigo.

Él suspiró. —Lo discutiremos.

—La discusión está cerrada. Voy contigo.

—No te pondré en peligro.

—¿Como si no hubiera peligro a nuestro alrededor ahora mismo? ¿Dónde me vas a esconder?

—Te encontraré un lugar seguro donde esperarás. Así no tendrás que preocuparte por spidaires u otras criaturas que te hagan daño mientras robo la nave.

Conteniendo un gruñido, ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Lo haremos juntos.

—¿Por qué quieres ponerte en peligro?

—¿En qué es diferente a que tú te pongas en peligro?

Él resopló, su pecho se expandió al doble de su tamaño normal.

—Soy un guerrero Vikir.

—¿Sí? Y yo soy una bibliotecaria. Es básicamente lo mismo. Si intentas dejarme, te seguiré. Soy bastante obstinada, por si no lo has notado.

—Ya veo.

Ella sonrió.

—Y te gusta.

—No sé si me gusta o no —mentira. Le encantaba. Su miembro permanecía semi-erecto, listo para el sexo, y su corazón daba vueltas en su pecho.

—Te gusta.

—Dije que no estoy seguro.

—Entonces, ¿por qué quieres cortejarme?

—Yo... —frunció el ceño—. Quiero cortejarte porque me gustas.

—¿Es este un momento decisivo?

—Quizá —le *gustaba*, y eso le retorcía las entrañas.

—Creo que tú también me gustas —dijo ella.

—¿Crees?

—Es un comienzo.

—Lo es.

—No te preocupes por eso ahora —murmuró mientras él la ayudaba a pasar por encima de un tronco caído mientras continuaban por el sendero. Un tenue resplandor apareció sobre ellos, haciendo más fácil ver—. Puedes pensarlo después.

—¿Qué estás diciendo, futura compañera?

—Nada.

Cuando ella murmuró, él se preparó para otra batalla. Su hembra terrestre ofrecía un desafío digno en cada ocasión.

—No debería sentirme herida porque quieras encargarte de esto solo —dijo ella—. O sea, lo entiendo. Soy fuerte y resistente, pero no soy rival para ti. Ni siquiera fui rival para un solo Al'kieern que me secuestró de la estación espacial, mucho menos para veinte. Pero me preocupa que lo hagas solo.

Tomándole la mano, la apretó suavemente y siguieron caminando por la jungla juntos.

—Dices asaltar el complejo, pero la mejor manera de robar una nave es hacerlo con sigilo —dijo él—. Me escabulliré y tomaré la nave antes de que se den cuenta de que he entrado al complejo.

—Tenemos unos días para seguir hablando de esto, ¿verdad?

Wulf no había ascendido al rango más alto del regimiento de guerreros de su clan forzando batallas. Le explicaría esto de nuevo cuando se acercaran al complejo, y ella lo entendería.

Por ahora, quería conquistarla. Le quedaban nueve días para cortejarla, y un miedo le recorría la espalda como si tuviera garras afiladas. Sin un baño de zinter ni boodler para una emulsión, ¿cómo podría seguir con el cortejo tradicional? Había antiguas maneras Vikir que podía intentar, pero ¿se asustaría ella si le sugería darle un orgasmo?

No había pasado desapercibido cómo se había movido contra su miembro antes, pero ella estaba adormilada y se detuvo cuando se despertó, diciéndole que no había sido su intención.

¿Cómo podía cortejarla en Yarris?

Primero, debían escapar de lo que los acechaba.

Él levantó a Taylor en sus brazos y comenzó a trotar a un ritmo veloz.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, enlazando los brazos alrededor de su cuello—. Aparte de, claro, que estoy levantada del suelo.

—Algo... —él señaló con la cabeza hacia el bosque a su costado, con las orejas atentas en esa dirección.

—Puedo correr —dijo ella—. Déjame bajar.

—Te lo pediré pronto, pero por ahora, quiero ayudarte.

—El ejercicio me hace bien. Me lo decían todo el tiempo en la Tierra.

—Hablas del hex, Bin.

—No debería. ¿Por qué no puedo dejar de lado su abuso?

—¿Abuso? —sus pasos se ralentizaron, pero cuando un gruñido resonó detrás de ellos, aceleró—. Dime.

Echando un vistazo hacia atrás, ella bajó la voz.

—Ya mencioné que Bin era un imbécil. Me di cuenta rápido, pero no lo suficiente. Después de que terminé con él, no lo aceptó. No me dejaba en paz. Me acosaba.

—Él...

—Me seguía a todas partes. Interrogaba a mis amigos y familiares sobre dónde estaba, con quién estaba, y qué planeaba hacer. —Tragó saliva, y Wulf odiaba verla angustiada—. Quería controlar mi vida, y cuando le dije que no, se negó a escuchar. Tenía miedo y quería escapar.

—Yo entiendo...

Ella levantó la mano.

—Pero eso no es todo. Cuando me inscribí en el servicio de emparejamiento, quería... no sé. Quería un cambio, sí, y también una aventura. Pero algo dentro de mí me decía que, si no aprovechaba esta oportunidad, podría perderme lo mejor que la vida tenía para ofrecer —sus ojos se encontraron, y los de ella brillaban—. Cuando las mujeres Crakairianas sufrían una gran pérdida, se cortaban un naanan. El miembro cortado sangraba profusamente, y se decía que la sangre contenía parte de su dolor. Su sufrimiento nunca desaparecía, pero el acto de cortar traía

la esperanza de paz.

—Cuando me secuestraron del crucero estelar, ese mismo sentimiento de estar atrapada que sentí con Ben volvió a surgir dentro de mí. Me di cuenta de que no tenía control sobre nada. Pero no fue la única sensación. Tenía sueños en mis manos, imágenes de una vida feliz con un hombre Crakairiano que me apreciaría y... —la sonrisa que levantó no llegó a sus ojos—. Y bebés. Siempre he querido tener muchos bebés.

Él podría darle los bebés que deseara.

—Después de que me llevaron a la estación espacial y hablaron de venderme al mejor postor, mis sueños se hicieron añicos, como si algo que casi podía tocar se me hubiera arrebatado antes de que pudiera cerrarlo entre mis manos. Al igual que con Ben, tuve miedo. Quería escapar. Me mantenían atada a una mesa mientras me hacían cosas. Me pinchaban y me examinaban. Me lastimaron —respiró hondo y lo soltó lentamente—. Me dije a mí misma que nunca permanecería en una situación en la que me sintiera fuera de control. —Sus ojos se encontraron con los de él, y acarició su rostro—. Entonces te conocí, Wulf, y ahora soy un desastre. No sé qué hacer.

Era natural que ella se sintiera insegura con todo, incluso con Wulf. Necesitaba tiempo, y él se lo daría. Nueve días podrían ser suficientes para demostrarle que era digno, si hacía que cada minar contara.

—No necesitas hacer nada —dijo él—. Solo vive. Vive el ahora sin preocuparte por lo que pueda venir después.

Ella se rió.

—Me está costando vivir cuando todo a mi alrededor intenta comerme.

Los sonidos de la jungla detrás de ellos se desvanecieron. O Wulf había dejado atrás al cazador, o este había captado el olor de una presa más fácil. Él redujo la velocidad hasta caminar, aliviado de que estuvieran a salvo, por ahora.

—Nada está tratando de comerte en este momento. Debes saber que te protegeré. —Él podía ofrecerle el sueño que había mencionado: hijos, una vida feliz en Crakair con alguien que la apreciara. Wulf ya la apreciaba.

—Me siento segura contigo. No creo que haya nada ahí afuera que pueda vencerte, y eso es increíble.

Mientras caminaban, él reflexionaba sobre sus palabras.

Quizás…

¿Qué si…?

—Esta Francis —dijo.

Ella miró a su alrededor, con la postura relajada.

—¿Hmm? ¿Qué pasa con ella?

—Me preocupaba por ella —dijo él—. Pensé que había sido capturada por los Al'kieern, que era tu amiga.

Su aliento salió en un resoplido. —Lo siento, no fui clara. Puedo ver por qué pensaste eso, sin embargo. Francis no es real. Es un personaje de una serie de misterios históricos que leía cuando vivía en la Tierra. Me encantan esos libros. Siempre he querido ser como ella. Vivir su vida. Buscar aventuras y encontrar romance en un lugar exótico como ella lo hizo.

Él extendió su brazo. —¿No es esto una aventura? ¿No es Yarris exótico?

Ella asintió lentamente. —¿Sabes qué? Tienes razón. Lo es.

—¿Cómo encontró Francis la aventura?

—Ella exploró. Se retó a sí misma. Aunque tengo que decir que fracasó en una cosa. Nunca

mató a una rata gigante con una serpiente rosa.

—Eres más valiente que esta Francis.

—Aún está por verse.

—Cuéntame más sobre ella. Entonces podría decidir si su plan tenía mérito.

—Era bibliotecaria como yo. Creo que eso es parte de por qué elegí esta profesión. Algunas personas piensan que los bibliotecarios son personas serenas y aburridas, pero anhelamos una vida llena de acción y emociones tanto como cualquier otra persona. Muchos lo encuentran en los libros, pero otros lo encuentran viajando por el mundo y viendo lo que tiene para ofrecer. Al principio de la serie, el avión de Francis se estrella en un desierto, y es rescatada por un sinvergüenza. Su romance surge después de eso.

—¿Quién es este sinvergüenza? Es curioso cómo la situación actual de Taylor reflejaba la de Francis.

—Se odiaron a primera vista.

Su espalda se encorvó. Quizás la situación de Taylor no reflejaba exactamente la de Francis.

—Sin embargo, ella encontró romance —dijo—. ¿Con el sinvergüenza?

—Sí —suspiró ella—. Era irritante, y presionaba todos sus botones, pero eso solo lo hacía más atractivo.

—¿Cómo se presionan los botones para atraer a una mujer? —Wulf mordisqueó su labio inferior con sus colmillos, preguntándose si podría encontrar una manera de comprimir los botones de Taylor. ¿Dónde estaban sus botones?

—Él la desafió en cada momento. La empujó a hacer cosas que nunca se habría atrevido a hacer por su cuenta.

—¿Como cuáles?

—Saltar de un acantilado y galopar sobre un camello a través del desierto para escapar de bandidos.

No había acantilados cerca, pero los árboles podrían…

—Era atractivo, sexy, y a pesar de su actitud sarcástica, la atraía como nadie más lo había hecho antes.

La mirada de Taylor se encontró con la de Wulf, y él leyó anhelo allí. ¿Lo atraía a su futura compañera como a nadie más? Si tan solo fuera así.

—¿Qué es un camello? —preguntó.

—Son bestias un poco como... bueno, de acuerdo, no son nada como las bestias aquí, pero son herbívoras como el tricadore que vimos ayer. Solo que más pequeñas.

—¿Y ella montaba en ellos?

—Montaron juntos. Taylor se abanicó la cara y se rió. —Fue caliente.

—¿Qué tiene que ver el calor con esto?

Ella movió los mechones de pelo sobre sus ojos. —Quise decir que hacía *calor*.

—Caliente. Sexy. Lo mismo.

Apoyándose contra su costado, ella lo miró, parpadeando rápidamente con sus largas pestañas. —Era sexy.

—Ah. Sexy. Caliente. Entiendo. —No lo entendía. No del todo. Pero estaba cerca—. Cuéntame más sobre ti. Mencionaste tu carrera. ¿Qué es exactamente eso de ser bibliotecaria?

—Yo… —Con la mano en la cara, se frotó. Cuando sus manos cayeron, había sonrojado sus mejillas. Asombroso—. Solía trabajar en un edificio lleno de libros.

—¿Libros para leer?

—Los amo —suspiró—. Me llevan a mundos a los que nunca viajaré. Son una escapatoria de

la aburrida vida cotidiana. Me levantan cuando nada más puede. Básicamente, leí mi camino a través de mi tristeza después de romper con ese maldito, Bin. Pero tú conoces los libros. Los tienes en Crakair. Pregunté a mi droide de protocolo. No pude descubrir si hay una biblioteca en tu pueblo Vikir.

—Algunos de nosotros tenemos libros.

—¿Tú?

—Sí. —Su voz se hizo más suave. ¿Ella notó que se inquietaba? Había ordenado un libro de la Tierra. Oh, qué alegría recibirlo, poder leer palabras que Taylor podría haber leído ella misma. Solo para que alguien se riera cuando se lo mostrara. “No hay muchos libros, sin embargo. Eres muy inteligente.”

—Lo has dicho antes, y espero que creas que eso es un activo. No puedo decirlo por tu voz.

—No soy inteligente.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó ella.

—Es lo que me han dicho durante la mayor parte de mi vida, por lo que debe ser cierto, ¿no?

—No he realizado una prueba —dijo cuidadosamente, y un dolor se hizo sentir en sus palabras—. Pero ya me has impresionado con lo astuto que eres.

Debe estar bromeando. —¿En qué sentido?

—Luchaste contra las arañas gigantes, los avestruces y la rata. Sabías cómo guiarnos a través del bosque hasta tu nave.

—La cual no pensé en resguardar antes de dejarla.

Ella movió la mano. —¿*Hay* alguna manera de protegernos de estas criaturas? Quiero decir, ¿qué tan seguros estamos en cualquier lugar de Yarris?

Él golpeó la empuñadura de su espada. Con su arma, podría luchar contra cualquier cosa. —Muy. —Sosteniendo una rama, esperó a que ella pasara. La siguió, alcanzándola para caminar a su lado.

Su suave risa resonó. —Me encanta lo seguro que te sientes sobre estar a salvo. Desearía poder sentir lo mismo.

—Te protegeré.

—Ya lo has demostrado. ¿Ves? Eres inteligente.

—Eso fue fuerza bruta. —Levantó un brazo y flexionó sus músculos—. La fuerza bruta no es inteligencia. Y ahí... carezco.

—Parece que tuviste padres crueles. ¿Qué tipo de madre o padre le diría a un niño que no es suficiente?

—Mis padres murieron cuando tenía ocho yaros.

Ella le frotó el brazo. —Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

—Dices hace mucho, pero aún importa. A mí me importaría.

—Intento olvidar.

—¿Que murieron?

—Que me dejaron solo.

Sus ojos brillaron. Esta humedad no era un reflejo de felicidad.

La grieta en su corazón se ensanchó. ¿Sentía tristeza por el joven que había perdido?

—¿Quién te crio? —preguntó.

—Todo el mundo y nadie.

Después de patear una roca y hacerla volar hacia la maleza, ella se limpió los ojos. —¿No tenías un lugar al que llamar hogar?

—A veces.

—Ay, Wulf.

—Durante tanto tiempo, quise estar con ellos —dijo suavemente.

—¿Pensaste en… quitarte la vida?

—¿Quizás? —endureció su espalda—. No, no lo hice. Mi familia habría querido que continuara, que los llevara conmigo. Durante tanto tiempo, sentí como si una parte de mí hubiera sido arrancada. La zona había intentado cerrarse, pero continuaba filtrándose. Me filtré. A medida que crecía, formé una cicatriz, pero a veces... —Su pecho subía y bajaba—. A veces, pienso en mi mamá y en mi papá, y siento garras rasgar la herida y se desgarra todo otra vez.

Ella lo abrazó, presionando su mejilla contra su pecho. —Lo siento. Entiendo. Perder a mi papá fue duro. Seré honesta al decir...

Sus labios se curvaron. —Imagino que lo harás.

—Estoy enfadada con tu clan por hacerte sentir como nada, como mi ex lo hizo conmigo. Y siento tristeza por el pequeño que creció con un gran dolor en su corazón.

—Ahora soy yo quien lo siente. Todo lo que esperaba hacer era...

—¿Qué esperabas? —Inclinándose hacia atrás, lo miró—. Quiero saber.

—Quiero hacerte reír. Tu sonrisa... nunca he visto nada igual antes. Es hermosa.

—Eres un chico dulce. —Se apoyó contra él y sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura.

—Soy un guerrero. Un macho marcado que solo desea encontrar un lugar en este mundo al que llamar suyo.

—Una cosa me queda clara. Eres tan vulnerable y temeroso sobre todo esto como yo.

Él inclinó la cabeza en señal de confirmación. ¿Temía decir las palabras? Una confirmación así podría asustarla.

—Por lo que vale —dijo ella—, no creo que te falte nada.

—¿Cómo puedes decir eso?

Ella se encogió de hombros. —Tienes razón. Apenas nos conocemos. ¿Cómo podría saberlo?

—Ah. Esto no es una burla dulce, sino una triste.

—No, en realidad —dijo suavemente—. Así es como lo sé. En el corto tiempo que hemos estado juntos, hemos reído, luchado contra criaturas en equipo, y hay conciencia.

—¿De qué?

—De nosotros. — Su voz se desvaneció en silencio. — Esto me lleva a un territorio inestable, como si fuera una patinadora deslizándose sobre el hielo en primavera, observando las grietas extenderse a mi alrededor.

Ella no estaba segura. De nada. De ellos.

—Encontraremos una manera —dijo él.

—¿Ah, sí? —soltó una risa sarcástica—. Suenas seguro de esto, al menos.

—Cortejo, matrimonio, sexo. Así es como procederemos.

—Es lo que se supone que pasa, ¿no?

Como odiaba verla llorar, comenzó a buscar algo, lo que fuera, para mostrárselo. Para animarla. Al detenerse junto a un pequeño sendero, levantó un escarabajo sundair y se lo presentó a Taylor.

—¡Oh! —Su mano se extendió, pero la retiró de inmediato—. Un bicho simpático. Supongo que sí hay cosas así en Yarris. ¿Es seguro tocarlo? Debe serlo, o no lo estarías sosteniendo.

—¿Quieres sostenerlo? Dicen que tiene propiedades mágicas.

—¿Magia, eh? —Una sonrisa insinuó sus labios—. La magia no existe.

—Sí existe. Solo tienes que buscarla. —Colocó el escarabajo en la palma de ella, y Taylor le sonrió. Con cuidado, acarició la franja lavanda en su lomo; las alas del insecto se abrieron y aletearon. Pequeñas chispas brotaron de él.

—¿Lo ves? —dijo él, observándola, deseándola—. Magia.

—Parecen diminutas estrellas fugaces. ¿Le estará haciendo daño?

—Algunos dicen que lo hacen para atraer pareja.

—Interesante. —Sus miradas se encontraron—. En la Tierra dicen que, si pides un deseo a una estrella fugaz, se cumple.

—Si vieras una estrella fugaz, ¿qué pedirías, Taylor?

—No lo sé. —Inclinó la cabeza, y una expresión de asombro iluminó su rostro—. Pero creo que necesito descubrirlo.

# CAPÍTULO 9

# Taylor



Viajaron todo el día.

Taylor, por supuesto, no podía dejar de pensar en la idea de infiltrarse en el complejo Al'kieern para robar una nave. Tal vez era una locura, pero quería estar con Wulf, cubrirle la espalda.

—Sé que quieres que me esconda mientras juegas al héroe —dijo ella.

Él suspiró y siguió caminando.

Ella brincaba a su lado, apartando un mosquito de Yarris—esas cosas molestas dejaban un buen verdugón al morder.

—Si llegamos allí, ¿cómo evitaremos que nos maten? —preguntó. O en su caso, que la capturaran y la vendieran. Si los atrapaban, sería el fin de Wulf.

El pensamiento le golpeó el pecho como un ladrillo. Él estaba preocupado por ella, pero ¿cómo podría ella protegerlo?

—Iré armado —dijo, tocando la empuñadura de la espada que llevaba en la espalda.

—¿Y yo? Yo también necesito un arma.

Él se detuvo en el camino, se inclinó y sacó un cuchillo con su funda de su pantorrilla.

—Te protegerás con esto —dijo, colocándolo bajo su brazo. Mientras tanto, vio cómo otro mosquito se acercaba zumbando. Con un aplauso de sus manos, el insecto cayó muerto al suelo. Wulf se arrodilló, le aseguró el cuchillo en el muslo y deslizó la hoja en la funda de cuero.

—Lo usaré para protegerte a ti también —dijo ella.

Algo flotando desde arriba captó su atención, y asumió que era otro mosquito que Wulf despacharía de un aplauso. Wulf la miró desde su posición, encantador como un príncipe. Y, como ella tenía la mente sucia, no tuvo problema en imaginarlo haciendo otras cosas desde esa misma postura. Sí, por fuera era una tranquila bibliotecaria, pero por dentro hervía. Era bien leída: su biblioteca tenía bastantes romances subidos de tono en sus estanterías.

Maldita sea, sus ojos eran preciosos. No era justo que un tipo tuviera unos ojos tan hermosos. Las grandes escamas en los hombros de Wulf la habían fascinado desde el momento en que lo vio levantarlas para disparar a los enormes avestruces, y no pudo resistir la tentación de recorrerlas con los dedos.

Él frunció el ceño. —No necesitarás protegerme.

—Quiero hacerlo.

Él bufó y se enderezó.

—Soy el jefe del regimiento de guerreros de mi clan. Yo seré quien te proteja a *ti*.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

Él inclinó la cabeza y la miró como si tratara de adivinar qué truco estaba tramando.

Ella sacó el cuchillo y, poniéndose de puntillas, apartó con cuidado el insecto del tamaño de un gatito que colgaba de una telaraña. Había descendido lentamente mientras Wulf estaba arrodillado a sus pies. Con cuidado, lo llevó al borde del sendero y lo colocó bajo un arbusto, asegurándose de que estuviera a salvo antes de volver con él.

Él abrió la boca, incrédulo.

—Un cuttlier —susurró, con la voz ronca—. Son letales.

*No tiembles. ¡Demuéstrale que eres valiente!*

—¿Ves? —Se golpeó el pecho con el puño, imitando a Wulf, y levantó una ceja—. Soy Sheena, líder del regimiento de guerreros de Pizza Hut, y acabo de salvarte la vida con mi habilidad para encantar bichos.

—Lo hiciste, y eres increíblemente audaz. Pocos se acercarían a un cuttlier, y aún menos lo tratarían con tanto cuidado. —Su tono grave borró la sonrisa engreída de Taylor.

—Si eres amable con los bichos, ellos serán amables contigo.

Él se inclinó en una media reverencia.

—Los cuttliers escupen un veneno que paraliza a su víctima al contacto.

Un poco más aterrador que las arañas de patas largas que lidiaba en casa.

—Uf. —Guardó el cuchillo en su funda, abrazó su cuerpo y tembló—. Uf al cuadrado. Mi mano estuvo así —levantó los dedos para mostrar la pequeña distancia—, así de cerca de tocarlo. Me gustan los bichos. —Inclinó la cabeza—. ¿Te lo había dicho? Los bichos no me asustan. Si los encuentras en tu casa, normalmente están perdidos y solo quieren regresar afuera. Los recojo y los llevo al jardín.

—Lo recordaré. —Él hizo otra reverencia, con los ojos brillando mientras la miraba.

Ambos estallaron en carcajadas.

—Hablar sin parar es lo mío, ¿verdad? —dijo ella.

—Me gusta.

—¿Cómo puede gustarte? A los demás los vuelve locos. Me lo han dicho.

—Eres tú. Me haces reír. Le das alegría a mi vida.

¿Cómo podía resistirse a un tipo que hablaba así de ella?

—Dale tiempo —dijo ella—. Puede que te unas al grupo de los *desesperados* antes de que lleguemos al complejo Al'kieern.

—Debes confiar en mí en esto —dijo él, tan solemne que no tuvo más opción que creerle—. Me conozco.

Ella no podía dejar de sonreírle. ¿Qué le decía eso sobre sus sentimientos?

Que eran salvajes, caóticos y confusos, pero sabía una cosa: se estaba enamorando de él. Algunos dirían que unos días no eran suficientes para eso, pero ya había visto lo mejor y lo peor de él, y él también había visto lo suyo.

—¿Por qué se acercó el cuttlier? —preguntó ella.

—Somos más grandes que sus presas habituales, pero no tan grandes como para que no pudiera buscar la ayuda de sus crías y envolvernos en una telaraña para guardarnos para después.

—Supongo que nos guardarían para la próxima comida, no para una noche de karaoke. Para que lo sepas, hago una gran versión de Sweet Caroline. —Tarareó unos compases, pero al ver su ceño fruncido, supo que él necesitaba aprender sobre las mejores cosas de la vida.

—¿Qué es una noche kara-oak-eee?

—Solo una de las mejores actividades en la Tierra. Por favor, dime que tienen noches de

karaoke en tu aldea.

—Explícame qué es, y me aseguraré de que se haga.

Aw. Le encantaba lo ansioso que estaba por complacerla. Era como un oso de peluche alienígena gigante. Con músculos. Una boca que la volvía loca. Y los ojos más hermosos que jamás había visto.

—Las personas suben a un escenario y cantan la letra de canciones populares mientras suena la música de fondo. Es divertido.

—Lo harás —prometió él.

—Te puedo enseñar algunas canciones. No me sé todas las letras, y necesitaremos música.

—Mi clan tiene músicos.

—Perfecto. Les enseño una canción, y cantamos.

Él frunció el ceño. —*Tú* cantarás.

Ella se acercó a él. —Tú.

No se perdió su mueca.

—Lo intentaré.

Al caer el sol, las piernas de Taylor arrastraban. La base de su espalda se había convertido en un nudo, y su cabello colgaba en mechones desordenados alrededor de su cara.

Wulf se detuvo en el sendero.

—¿Nos detendremos...?

Un chillido en lo alto la hizo reaccionar al instante. Wulf desenvainó su espada tan rápido que la hoja se volvió un destello en el aire. La empujó detrás de él y plantó los pies en la tierra suelta.

Una sombra pasó sobre ellos, seguida por un nuevo chillido.

Taylor abrió la boca, incrédula.

—Es un ciempiés volador. Lo que haya dicho sobre los bichos, lo retiro. No hay bichos de Yarris con los que me atrevería a quedarme sola en una habitación bien iluminada. De hecho, estoy empezando a cabrearme con tantas amenazas.

La adrenalina estalló en su cuerpo, y agarró una piedra del suelo, lista para usarla. Ser amable con los bichos en la Tierra era una cosa, pero aquí, la devorarían viva.

El ciempiés gigante se lanzó hacia ellos, con la boca abierta mostrando, por supuesto, enormes colmillos. Su silbido escalofriante recorrió la espalda de Taylor. Múltiples patas con garras se estiraban hacia ellos mientras sus alas de papel aleteaban.

—Detrás de mí, futura compañera —ladró Wulf.

—Atrévete —respondió Taylor, levantando la piedra.

Cuando la criatura pasó sobre ellos, Wulf se movió a un lado y lanzó un golpe con su espada, cortándole un ala.

Taylor siguió el movimiento con el suyo propio, golpeando con la piedra la espalda del ciempiés con tanta fuerza que lo proyectó sobre una roca grande. El golpe retumbó en el aire.

—¿Volverá? —preguntó, dejando caer los brazos. Aún sostenía la piedra, por si acaso.

—No lo creo.

—¿Cazan en manada? —La piedra cayó de sus manos temblorosas con un golpe sordo junto a sus pies. ¿Sus rodillas estaban a punto de fallar? Eso sería genial. Un buen aterrizaje de cara frente al chico guapo. La selva era divertida hasta que tenías que enfrentarte a un ciempiés

volador gigantesco.

—No lo hacen.

Wulf la atrapó antes de que cayera, levantándola con un brazo mientras con el otro envainaba la espada con la misma facilidad.

—Tú, mi futura compañera, eres una mujer de la que estoy orgulloso de tener a mi lado —le susurró al cuello. Besó su mandíbula hasta llegar al oído—. Pero vas a matarme. No sé si debería cortejarte o arrodillarme ante ti.

A pesar del cansancio, esa frase encendió una chispa en Taylor.

—¿Arrodillarse es parte del cortejo? —preguntó, traviesa. No pudo resistirse.

—Tendrías que quitarte la ropa para averiguarlo.

Uf.

—Pero por ahora, buscaremos un lugar seguro para pasar la noche —dijo Wulf, mirando a su alrededor.

Sabio de su parte. El sexo oral —aunque él lo ofreciera y ella tuviera la energía para disfrutarlo— sería una distracción excesiva. Siempre debían estar alerta, no concentrados en necesidades físicas.

—Llévame lejos, Calgon —dijo Taylor. Enlazó los brazos alrededor del cuello de Wulf y las piernas alrededor de su cintura, aferrándose a él mientras este saltaba y tomaba una rama para comenzar a trepar.

—Hablé de Bin, así que ya conoces un poco de mi historia —dijo ella mientras él se balanceaba de una rama a otra. Era un tema íntimo, pero el comentario sobre el sexo oral había despertado su curiosidad, y no se quedaría con la duda—. ¿Has estado con muchas… hembras? —No estaba celosa. ¿Cómo iba a estarlo? Ella y Wulf recién se habían emparejado. No se conocían antes.

—Las suficientes.

¿Qué significaba eso? ¿Dos o diez?

Reprimió un gruñido. Tal vez algo de celos la estaba invadiendo.

—Yo no he salido con mucha gente —dijo ella—. No soy realmente bonita, y no lo digo porque no me guste a mí misma o no me considere atractiva, porque sí lo soy.

Cuando vio que él bajaba la mirada hacia su cuerpo, Taylor enderezó la espalda. Que la mirara. Estaba harta de ser juzgada por su apariencia exterior cuando ella amaba lo que era por dentro.

—Soy rellenita, mi pelo es demasiado encrespado, y te juro que me salen granos como reloj cuando... —No hacía falta compartirlo todo—. Olvida esa parte. Ya entiendes la idea. Estoy bien con ello porque soy yo, y me gusto.

Él estiró las piernas, balanceándolos hacia adelante para tomar otra rama. ¿Cómo era posible? Wulf hacía que su rutina estilo Tarzán pareciera un juego, como si simplemente estuviera apoyado en el marco de una puerta. Debían estar a quince metros del suelo. ¿Quién cultivaba árboles tan altos? Oh, claro, en Yarris sí lo hacían.

—Me gustas —dijo él—. Me gusta todo de ti. Tus curvas generosas, tu nariz graciosa, y esas líneas peculiares encima de tus ojos. —Con su mano libre, deslizó un dedo sobre las cejas que Taylor se había depilado antes de dejar la Tierra. Seguro ya parecían setos.

—Cejas —aclaró ella—. Así se llaman.

—Sí, liebros diminutos sobre tus ojos. Y estas… —rozó sus pestañas—. Nunca había visto nada igual. Y esto… —sus dedos recorrieron un mechón de su cabello—. Me gustaría hundir la cara en estas hebras, pero no las he visto moverse como mis naanans.

Sus naanans acariciaban los hombros de ella. Taylor normalmente no era una persona a la que le gustara el contacto físico, pero con Wulf, le encantaba.

—No, mi cabello solo cuelga. No tiene movimiento natural.

—Qué triste. —Wulf se impulsó y subió a una rama más alta. En verdad era asombroso: su amabilidad, su protección y esos músculos imponentes. Sobre todo, esos músculos. No se cansaba de mirarlos.

—Sí, es triste. —Nunca había deseado que su pelo pudiera moverse por sí solo, como si tuviera brazos o piernas. ¿Cómo sería la vida con múltiples extremidades en la cabeza?

—No pienses ni por un minar que no veo tu valor tanto por dentro como por fuera —dijo con fiereza, dando un salto hacia una rama más grande y deteniéndose ahí. Apoyó el puño contra su pecho—. Hay muchas cosas más valiosas que la apariencia física.

—Sí, como la autoestima y saber que los demás te valoran.

—Eres más que preciosa. Me preocupa no poder competir.

—¿Competir con qué?

—Con otros machos que podrían querer ganarte —respondió, estudiando los árboles que los rodeaban.

—Eres muy dulce por decir eso, pero creo que puedes confiar en tus encantos.

—Ah, sí, puedo ser tu pato encantador —dijo.

Ella se echó a reír.

—Sí, mi pato. No tienes competencia en Yarris. Aunque, debo admitir, quizá estás cabeza a cabeza con los avestruces, pero llevas ventaja sobre los spidaires.

—¿Cabeza...?

—Lo que quiero decir es que me pareces caliente.

Él se quedó quieto, mirándola con intensidad.

—No te refieres a mi temperatura corporal. Quieres decir que te parezco sexy.

Sus naanans se agitaron antes de calmarse, algunas reposando sobre sus hombros, otras sobre ella. Una rozó su mandíbula, como si tuviera voluntad propia y quisiera explorar. Taylor se rió ante el cosquilleo.

Wulf dio un salto, soltando la rama y agarrando otra para elevarlos aún más en la copa del árbol.

Ella, con las hormonas alborotadas, no podía dejar de admirar los músculos de sus brazos y pecho. Ojalá pudiera ver también sus piernas en acción. Y su trasero. Taylor tenía debilidad por los traseros musculosos.

Él se detuvo, colgando de una rama, y observó el entorno.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Creo que es momento de intentar...

—¿Intentar qué?

Wulf soltó la rama, y ambos se precipitaron hacia el suelo.

# CAPÍTULO 10

# Wulf



Mientras se precipitaban hacia el suelo, Taylor tragó saliva y se aferró al cuello de Wulf.

Él mostró sus colmillos. Su nuevo plan para conquistar a Taylor había comenzado. Si había aprendido algo en la vida, era paciencia, una habilidad necesaria para un guerrero Vikir. Desde joven, no se había rendido, sin importar cómo lo trataran los demás. Perseveró, demostrando que era un miembro valioso de su clan.

Le daría a Taylor la aventura y el romance que ansiaba. Como un pícaro, la cortejaría. No deseaba irritarla ni discutir como la pareja de Francis, pero Wulf podía provocarla y cortejar a su futura compañera. Sería lo mismo.

Caían a toda velocidad, el viento agitando sus naanans en el aire. Era liberador dejarse caer, sabiendo que no tocarían el suelo.

Tal como había planeado, Wulf agarró la liana que había visto mientras trepaba. Con Taylor aferrada a él, las piernas bien apretadas alrededor de su cintura, se balanceó hacia otro árbol y se dejó caer sobre una rama, sentándose con las piernas colgando.

—Mierda, Wulf. Eso fue… ¿Qué acaba de pasar?

—Saltamos de un acantilado.

—Te caíste del árbol.

—No me caí.

—Sí que te caíste. Te resbalaste y casi nos estrellamos contra el suelo.

—Atrapé la liana.

—Muy bien por eso, pero, aun así. Casi me da un infarto.

—Tendré más cuidado la próxima vez que me caiga de un acantilado.

—De un árbol.

Wulf enseñó los colmillos. ¿Francis Mandrake llamaría a esto discutir? Si era así, le mostraría a Taylor su faceta de pícaro. Empezaba a verle el encanto a ese tipo de bromas.

El calor de Taylor aumentó, liberando un aroma puro en el aire, indicándole que lo *encontraba* atractivo. No al pícaro de Francis, sino a *Wulf*. Solo a Wulf.

—¿Vamos a quedarnos aquí toda la noche o tienes otros planes, señor "no me caí del árbol"? —dijo ella con tono afilado, pero su sonrisa suavizó el golpe. Ah, estaba respondiendo a su faceta de pícaro. Eso le gustaba. Le gustaba mucho.

Con energía y un toque de deseo, Wulf saltó hacia otra rama. No tardó en encontrar una lo suficientemente ancha como para pasar la noche. Saltó hacia el grueso tronco, de dos brazos de ancho, y se acomodó con Taylor segura entre sus brazos. Su posición, montándolo a horcajadas, tenía un mérito considerable. Su erección se alzó, entrando en juego de inmediato. ¿Acaso el

pícaro de las aventuras de Francis Mandrake presionaba su erección contra Francis? Seguramente. Taylor había mencionado romance.

—Salvo por el casi accidente, esa escalada fue increíble —dijo ella, apartándose el cabello del rostro.

—¿Fue también una aventura?

—Sin duda. —Taylor dejó caer las manos que había mantenido alrededor de su cuello—. Nunca en mil años podría hacer algo así sola.

—Si tuvieras que hacerlo, encontrarías la forma.

—Lo dices con tanta seguridad que casi te creo. Aunque puedo poner en su lugar a adolescentes insolentes en la biblioteca y no tengo problema en enfrentarme cara a cara con padres que quieren prohibir libros, hay algo que sé con certeza: mi poder y confianza provenían de la comodidad en mi entorno. La biblioteca fue mi segundo hogar durante años. Yo mandaba ahí.

—No te das suficiente crédito.

—¿Tal vez? No lo sé. —Hizo un gesto hacia la jungla que los rodeaba—. Todo esto… Cada cosa en Yarris me ha mostrado lo fuera de lugar que estoy. Este es tu territorio. Las spidaires no retrocederían si me enfrentara a ellas levantando la voz. La criatura-rata no habría muerto si no hubiera cometido un error. Y las lianas me habrían arrastrado y devorado si no hubieras estado aquí para salvarme.

—Siempre estaré aquí para salvarte.

—¿Y sabes qué? Me encanta que lo hagas.

—¿Realmente? —Tal vez su actitud de pícaro estaba funcionando...

—Realmente. Dime, ¿te arden los glúteos?

—¿Glúteos? —preguntó, desconcertado.

—Las nalgas.

—Mis nalgas no arden. Quieres decir músculos adoloridos. No te preocupes. Esta escalada no fue nada.

—Tienen que dolerte. Tus nalgas, tus brazos y tus hombros también. A mí los brazos ya me piden que no los use nunca más, y las piernas me siguen temblando de tanto aferrarme a tu cintura. —Sus miradas se cruzaron, y en los ojos de Taylor brillaba la picardía—. Te doy un masaje si me devuelves el favor.

—Taylor —susurró Wulf, con el corazón tambaleante.

—Wulf.

—¿El pícaro de Francis la besaba? —preguntó él, con voz ronca.

Los labios de Taylor se curvaron en una sonrisa.

—A menudo.

Wulf le tomó las mejillas y tocó su boca con la suya. Su lengua recorrió la línea de sus labios, y ella los entreabrió, dándole acceso total. Profundizó el beso, tomando y dando, mostrándole todo el placer que podía ofrecerle.

Taylor se inclinó hacia él, gimiendo, mientras sus manos se aferraban a sus hombros.

La atrajo hacia él, uniendo su boca con la suya. Su cuerpo dolía. La deseaba más que a nada.

Un bramido desde abajo los sobresaltó. Se separaron de golpe, y ella lo miró a los ojos. Él se hundió en la profundidad marrón tricar de su mirada.

Podría haberse perdido, pero ella lo encontró.

Sus naanans acariciaban su cuello y los montículos de equilibrio en su pecho. Jadeando, ella se arqueó hacia él. Echó la cabeza hacia atrás, dejando que su cabello cayera libremente,

mientras los naanans se movían sobre sus montes.

Su miembro se alzó, buscando. No podía controlarlo.

Taylor apoyó la frente contra su pecho. Se frotó contra él, moviendo su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, cabalgando sobre su erección. Solo la ropa los mantenía separados.

—Wulf —jadeó, hundiendo el rostro en su pecho. Sus dedos se aferraron al vestido, subiéndolo por sus muslos. Se frotó contra él, abriéndose para él—. Yo... necesito...

—Tómalo, futura compañera. Es tuyo.

Sus naanans acariciaban su espalda mientras sus dedos buscaban el lugar entre sus piernas que ella le revelaba. Cuando tocó el pequeño nudo hinchado en la cima de su abertura, ella soltó un grito.

Pájaros en un árbol cercano alzaron vuelo mientras Taylor se desplomaba contra su mano. Su cabello cubrió su rostro con los movimientos frenéticos, y él lo apartó suavemente con sus naanans.

Él deslizó dos dedos en su interior, y ella separó más las piernas. Voraz y ávida, se movió sobre sus dedos mientras se frotaba al mismo tiempo contra su miembro.

Era demasiado. Nunca sería suficiente. Su cuerpo escapaba de su control. Quería presionarla contra el suelo y hundirse profundo en ella, pero si lo intentaba, ambos caerían. No sería tan malo, pensó, siempre y cuando pudiera empujar dentro de ella en la caída.

Ella se movía más rápido, y sus jadeos llenaban el aire.

—Wulf. Sí. Oh, sí. No pares.

—Nunca. —Besó su mandíbula y mordió en el punto dulce donde su cuello se unía al hombro.

Ella aspiró una bocanada de aire y empujó las caderas contra sus dedos, mientras él acariciaba su pequeño brote rígido e inflamado con el pulgar.

Su erección se hizo más gruesa, más larga, y las vibraciones internas intensificaron el calor entre ambos. La tensión se reflejaba en el rostro de Taylor, y sus movimientos se aceleraron.

Con un grito ronco, ella se desmoronó en sus brazos.

# CAPÍTULO 11

# Taylor



Caminaron al día siguiente y al siguiente también, deteniéndose solo para recoger cecina de willadork y algunas frutas. Para beber, sorbían el rocío de hojas anchas hasta que el aire a su alrededor lo absorbía. No era suficiente para calmar su garganta seca, pero Wulf decía que no podían confiar en el agua de los pequeños arroyos que cruzaban durante su viaje.

Cada noche se alejaban del suelo del bosque y buscaban refugio en otro árbol, acurrucándose para mantenerse calientes y seguros. El orgasmo alucinante que había experimentado no se repitió, lamentablemente, y ansiaba otro.

Si lograban escapar de Yarris, ya no estaba tan segura de querer regresar a la Tierra.

Wulf.

Tomar decisiones era fácil cuando no había personas reales involucradas.

En su cuarta noche en Yarris, Wulf la llevó a la copa de un árbol antes de lo habitual, incluso antes de que el sol desapareciera bajo las copas de los árboles.

Ella se acomodó en su regazo, su lugar favorito, y comieron frutas y raíces tuberosas que Wulf había desenterrado esa mañana de entre un grupo de arbustos espinosos y lavado con rocío.

—Háblame de los vínculos de pareja —dijo ella, masticando y masticando el vegetal harinoso. No habían encontrado cecina ese día, pero no le importaba demasiado. Se había cansado de comerla en cada comida.

Él giró la mano y la flexionó. No había ningún símbolo en su palma, pero ella tampoco tenía uno. Para alguien que no estaba segura de quedarse, era extraño sentirse tan triste por la ausencia de una marca en su mano.

—Cuando una pareja está destinada a estar junta, aparece un símbolo coincidente en sus manos —dijo él.

—¿Destinados? O sea, ¿no hay libre albedrío? —frunció el ceño. No estaba segura de cómo sentirse al respecto. Por un lado, podría ser agradable saber que alguien era su pareja perfecta, sin citas largas y aburridas para ver si encajaban. Ya estaría decidido. Pero por otro lado…—. Lo que quiero decir es, ¿importa lo que piense o sienta la pareja, o si están listos para algo así? ¿El destino elige y no hay más opción?

¿Qué habría pasado si hubiera formado un vínculo con Ben? No eran Crakairianos, pero aun así...

—Nunca he oído de un símbolo apareciendo entre dos personas que no quisieran estar juntas —dijo él—. El macho y la hembra siempre deciden. Tú decides. Yo te cortejaré, y tú me dirás tus sentimientos. Tus verdaderos sentimientos. Un símbolo o la falta de él —levantó su mano— significa todo y nada.

—No lo entiendo. Es una cosa o la otra. Todo o nada.

—No forzaré nada si dices que no.

—Gracias.

—Para algunos, el símbolo no aparece hasta bien avanzado el cortejo —explicó él—. Para otros, nunca, o no hasta después de... ya sabes.

Había algo vagamente refrescante en la forma en que él hablaba sobre la intimidad sexual. Si llegaban a ese punto, ¿se sentiría tan segura? Sí, había montado sus dedos, y había sido salvaje y desenfrenado, pero quitarse la ropa revelaba todo. No estaba segura de si…

Un momento. No iba a volver al mundo en el que Ben la había empujado, ese lugar donde creía que no tenía valor. Tenía que dejar de hacer eso y encontrar la manera de vivir, como Wulf le había dicho no hace mucho.

—Me alegra que nos hayamos detenido temprano hoy. ¿Cuánto más nos falta por viajar? —preguntó.

—Dos daelas más, pero esta noche y mañana haremos una pausa para descansar.

—Eso suena maravilloso. Mis piernas están molidas. Mi cuerpo está molido. Y me encantaría dormir hasta tarde mañana. ¿Harás café y croissants refrigerados y me despertarás cuando estén listos? —Mataría por una taza de café.

—No tengo caff-ree, pero encontraré algo parecido.

—Está bien. Ya superé la parte de los dolores de cabeza por falta de cafeína, y ahora voy cuesta abajo.

—Entiendo.

—¿Qué haremos durante los dos días? —No pretendía sonar sugestiva, pero lanzó la pelota a su cancha. Esperó para ver si él la devolvería o la dejaría pasar.

—Tengo muchas cosas planeadas —dijo él con un brillo en los ojos—. Aún no has visto todo lo que puedo hacer por ti.

No creía que hablara de nada sexual, pero cielos, casi deseaba que lo hiciera.

—¿Y qué es eso? —preguntó ella, con la voz ronca.

Las fosas nasales de Wulf se ensancharon.

—Lo que tú desees, futura compañera.

La recostó contra la rama, con la espalda apoyada en el tronco.

—Me iré por un rato para preparar todo, pero estarás segura aquí.

Ella miró a su alrededor, pero no vio ninguna amenaza evidente.

—De acuerdo.

Él se acercó y atrapó sus labios, dándole un beso dulce y ardiente. El fuego recorrió sus venas y debilitó su cuerpo. Se aferró a sus hombros y abrió la boca. Su lengua se deslizó dentro para acariciar la de ella.

Cuando él levantó la cabeza, dejó ver sus colmillos.

—Eres muy tentadora.

—Mírate tú —respondió ella, sin poder recuperar el aliento.

Su sonrisa se amplió.

—Volveré antes de que me extrañes.

Ella ya lo extrañaba.

—¿Adónde vas? —preguntó, intentando sonar cómoda al quedarse sola. Las probabilidades de que algo la atacara eran prácticamente nulas. No habían sido molestados en las últimas noches. Pero aun así... él había estado con ella. Confiaba en su protección.

—No muy lejos —le acarició el rostro y le inclinó suavemente la cabeza para que sus

miradas se encontraran—. Llámame y te oiré; regresaré de inmediato. Estás segura aquí.

—¿Debería preocuparme si no regresas antes de que se ponga el sol?

—Tú no necesitas preocuparte.

Ella torció los labios.

—Hay un "tú" en esa frase.

Él se echó hacia atrás sobre los talones y se irguió.

—¿Te gustaría venir conmigo?

—¿Qué implica ir contigo?

—Descenderé por los árboles en busca de comida que fingiremos que encaja en la primera fase de mi cortejo. Luego me prepararé para otros rituales, que podrían incluir mover árboles caídos y desalojar criaturas de alguna zona.

—Yarris es un lugar peculiar para el romance, ¿verdad?

—Contigo, futura compañera, cualquier lugar es el lugar adecuado para el romance.

Eso la hizo sonreír porque era amable y dulce. —¿Vas a usar un garlong cuando sirvas la comida? —Si eso implicaba que él se quitara ropa, estaba lista para que el cortejo comenzara.

Una expresión de consternación apareció en su rostro. —No tengo un garlong.

—Te propongo esto: si traes la comida, lo consideraremos suficiente —hizo un gesto en el aire como si marcara un ítem en una lista invisible—. Te daré un punto por esa tarea.

Él gruñó. —Lamento no poder cortejarte como mereces.

Los Crakairianos tomaban en serio los rituales de cortejo. Sonaba tan triste que su corazón se estremeció.

—No me importa. Creo que te ves genial vestido como estás. ¿Quién no se emocionaría con un chico en pantalones ajustados?

—¿Mis pantalones te emocionan?

Francamente, lo que escondía detrás de esa tela era lo que más la emocionaba.

—Haré lo mejor que pueda con la comida esta noche —dijo él—. Y con otros... rituales. Te complaceré, aunque no tenga un garlong.

Si hubiera dicho eso de manera arrogante, ella podría haberlo enfrentado. No quería caer en una situación como la que había escapado con Ben. Pero la leve preocupación en la voz de Wulf tocó una parte blanda dentro de ella, esa que aún esperaba amor verdadero, corazones y flores. ¿Podría Wulf ser el que había estado esperando?

—Dale tiempo —dijo él, como si hubiera leído sus pensamientos—. Dale tiempo a esto.

—Necesito ser honesta contigo.

Él se quedó inmóvil. —Habla.

—Cuando estaba en la estación espacial, decidí que, si alguna vez llegaba a Crakair, pediría regresar a la Tierra.

—No darías estos diez días. No aceptarías mi cortejo.

—No te conocía.

—¿Y ahora?

—Eres especial.

—¿Pero…?

—No sé qué hacer.

—Ya veo.

Lo único que pudo hacer fue asentir. —Lo siento.

—Yo… entiendo.

Su mirada se apartó de la de ella, enfocándose en la selva. Por un momento salvaje, ella tuvo

la impresión de que él se sentía completamente solo, y eso la destrozó.

—Me gustas —dijo—. Mucho.

Demonios, ya estaba medio enamorada de él, y apenas llevaban unos días juntos.

Él gruñó.

—Y tus besos… —agregó—. Quiero seguir besándote por mucho tiempo.

Él no la miró, pero sus labios se movieron ligeramente, como si quisiera sonreír.

—Por eso he tomado otra decisión.

El cuerpo de él se tensó, como si se preparara para un golpe. A ella le dolía el pecho, porque sabía que él esperaba que dijera que todavía quería regresar a la Tierra.

Pero no sentía lástima. No se podía compadecer de ese atractivo alienígena, no cuando él la atraía como nadie más lo había hecho. Odiaba verlo triste. Si él sufría, ella también.

—La cosa es así—dijo—. Voy a ver cómo va esto. No Yarris, sino lo que sea que esté surgiendo entre nosotros. No voy a decidir hasta conocerte, Wulf, porque necesito ver si hay una oportunidad para nosotros.

—Taylor —suspiró él.

—Espero que esté bien que te haya contado sobre mi decisión anterior. Quería ser honesta contigo. De otro modo no sería justo.

—Es K a la O.

Ahí estaba él, siendo adorable otra vez. Ella contuvo la sonrisa, sin querer que él pensara que se burlaba de él. Parecía inseguro. Vulnerable. La destrozaba pensar que él estuviera sufriendo.

—Deberías irte antes de que oscurezca —dijo. La luz del sol se filtraba entre los árboles mientras el globo dorado se acercaba al horizonte. En el bosque abajo, una manada de criaturas aullaba, seguida por un grito de dolor. Matar o morir. Ese era el lema de Yarris. Ugh.

—No… no me preocupa quedarme sola. Voy a quedarme aquí, con mi —golpeó la rama debajo de ella—, con mi árbol. Pero tú… Wulf, cuídate. ¿Me oyes? Tienes que volver. Lo digo en serio.

Sus ojos ardían, prueba de que sus sentimientos por él seguían creciendo. Como si no lo supiera ya. Desde que decidió arriesgarse con él, el miedo y la incertidumbre que la habían perseguido tras terminar con Ben volvieron a inundarla.

—¿Estás segura? —Él estudió su rostro, que ella mantuvo neutral. Lo último que quería era que él se preocupara por ella. Necesitaba concentrarse en su tarea sin distracciones.

—Lo estoy. Anda, estaré bien. —Soltando una carcajada, miró las copas de los árboles alrededor—. Leeré un libro. Aunque no tengo uno, pero… puedo recitar poemas que memoricé en la universidad.

Con un asentimiento, él se giró.

Cuando saltó de la rama, ella se irguió de golpe, presionando la palma contra su pecho. No respiró con normalidad hasta que lo vio aterrizar en otra rama más abajo. Volvió a saltar, pero esta vez ella no se asustó tanto. Esperó hasta que él se mezcló con el bosque para apartar la vista, como si al no mirarlo, lo expusiera al peligro.

Iba a estar hecha un desastre mientras él no estuviera, y no porque se quedara sola en medio de la selva. Él estaba afuera enfrentando arañas gigantes, avestruces y quién sabe qué más solo para complacerla. Mientras ella se quedaba en relativa seguridad.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, respirando hondo para relajarse.

Un sonido sutil cerca la hizo incorporarse de golpe.

*Mila.*… Una criatura plana y luminosa se dejó caer sobre una rama a unos tres metros de ella. Se alzó sobre lo que parecían sus patas traseras, recordándole a una alfombra voladora diminuta,

pero con pies y garras en las esquinas donde una alfombra tendría borlas. En el centro de su vientre, unos labios fruncidos le hicieron pensar en las veces que había buceado con mantarrayas. Sin embargo, esta criatura no se veía gomosa como las mantarrayas que había tocado. Más bien parecía… peluda.

*Mila…* dijo alguien. *Pero noooo Mila.*

—¿Quién me está hablando? —preguntó. Wulf no había vuelto, y no parecía haber nadie más en los alrededores. Cansada y abrumada por el día, pensó que tal vez lo estaba imaginando. Por lo que sabía, se había quedado dormida y estaba soñando. Mientras no se cayera del árbol mientras dormía, todo estaría bien.

*Noooo Mila…*

—No, no soy Mila —susurró, preocupada por su amiga—. ¿La habrá encontrado Kral ya?

*¿Quiénnnnn eres tú?*

—Esto no está pasando —murmuró—. Nadie me está hablando.

La pequeña alfombra avanzó lentamente. *¿Quiénesss eres tússs?*

No solo estaba imaginando cosas, sino que también estaba manteniendo una conversación consigo misma. ¿Eso era malo? Había leído que hablar solo era normal, incluso beneficioso para la salud mental. Levantó la mano en un brindis a la salud mental y decidió seguir con la corriente.

—Soy Taylor. Mila era—es—mi amiga.

La criatura alfombra se acercó más, frunciendo y relajando la boca.

—Entonces, amigo alfombra, ¿no vas a comerme, verdad? —No habría mucho que pudiera hacer si la criatura la atacaba. Ojalá le hubiera pedido a Wulf que le dejara un arma. ¡Oh! Su cuchillo. Si lo sacaba, ¿la alfombra lo vería como una amenaza? Era adorable, y no quería ofenderlo.

*Bienvenida a tribu lizzer, Taylorssss. Yo Treessse.*

—No sé quién es Treessse —dijo, sorprendida. Si estaba hablando sola, ¿por qué se inventaría un nombre?

*Habla en mente.*

Parpadeó, moviendo las manos inquietas a los lados.

—No estoy hablando con una mini alfombra. No estoy hablando con una mini alfombra.

*Treessse. No alfombraasss.*

Mejor seguirle la corriente. —¿Cómo es que puedes hablarme en la mente?

*Amigo…*

Tal vez estaba perdiendo la cabeza. Esta criatura no podía estar hablando con ella, pero…

*¿Estás seguro de que hablas conmigo en mi mente?* —preguntó, esta vez en sus pensamientos.

*Sssí.*

Genial. ¿Qué seguía en la agenda de esta noche? ¿Plantas danzantes? Es un placer conocerte. *Soy Taylor, como dije. Soy amiga de Mila.*

*Treessse.*

Ella inclinó la cabeza en una reverencia que haría sentir orgulloso a un macho crakairiano. *Es un honor conocerte, Treessse.*

*Yo observo. Deuda con Mila. Pagasss a Taylor.*

—¿Qué hizo mi amiga? ¿Está bien?

*Mila escapaasss.*

*¿Realmente? ¿Está a salvo?* —preguntó Taylor.

*Sssí. A salvo.*

*—¿Dónde está ahora?*

*Con macho.*

Un sonido la hizo girar la cabeza en esa dirección, pero al no ver nada, volvió la vista a Treessse.

La criatura alfombra se había ido.

# CAPÍTULO 12

# Wulf



La oscuridad había caído, y Wulf estaba preocupado.

¿Taylor estaba considerando regresar a la Tierra?

Había hecho todo lo posible por mostrarle aventura, por comportarse como un sinvergüenza. Sin embargo, aún no había comenzado su cortejo. ¿Ese era el problema?

No pensaba rendirse con ella.

Cuando perdió a su familia, también perdió su identidad. Algunos en su clan lo trataron como una herramienta que pasaba de mano en mano, según quién lo necesitara para una tarea o trabajo. Nunca para compartir tiempo con él o conocerlo. No siempre fue horrible. No tener a nadie más que a sí mismo lo había fortalecido. Se unió al regimiento de guerreros y trabajó hasta convertirse en jefe del batallón. Sentía orgullo por su posición, por tener su propio hogar y por el respeto que se había ganado en la comunidad.

Ansiaba llevar a su compañera a su aldea, mostrarle el mundo que había construido con sus propias manos.

Esa compañera era Taylor y, cielos, no, no pensaba darse por vencido sobre ellos.

Mientras avanzaba entre las copas de los árboles hacia Taylor, un sonido—distinto al de una criatura—lo llamó. Se detuvo, colgando, pero al no repetirse, siguió su camino.

No era nada. Tal vez.

Permanecería alerta en todo momento.

Aterrizó suavemente en una rama a poca distancia de donde ella estaba sentada, y ella dio un salto.

—¡Ay, por Dios! Wulf, ahí estás —dijo con la voz entrecortada. Inclinándose hacia adelante, sus manos se movían inquietas—. Mientras estabas fuera, un montón de criaturas empezaron a gritar como si el suelo bajo nosotros fuera el epicentro de una fiesta salvaje. Escuché ruidos, gruñidos, y dos combinaciones gigantes de hipopótamo y hormiga se enfrentaron con sus cuernos. Creo que intentaban ganar la atención de la dama hipopótamo-hormiga que estaba cerca. En fin… —se dejó caer contra el tronco del árbol—, me preocupé cuando no regresaste. Ya es de noche. —Soltó una sonrisa entre dientes—. Perdón, estoy hablando sin parar, como siempre. Peor aún, estoy dándote la lata como una esposa molesta porque su marido no llegó a casa a tiempo después del trabajo. No es como si hubieras pasado por el bar local a tomarte una cerveza con los muchachos, o te hubieras acostado con una novia a escondidas. En lugar de quejarme, debería darte la bienvenida. Quiero decirte que me alegra que hayas sobrevivido. Que estoy feliz de verte otra vez. ¿Trajiste algo de comer? —Se levantó y abrazó el árbol, asomándose por encima del hombro mientras él la observaba, maravillado por todo lo que ella

revelaba cuando estaba nerviosa.

—¿Bacon? —preguntó.

—¿Qué es eso de "bac"?

Bac sonaba como bake—hornear—, y él de hecho tenía una comida lista para ella.

—Puedo hornear para ti, pero no un "con".

Ella soltó una risita.

—Es una expresión. Como si hubieras ido a trabajar y hubieras vuelto con dinero. O, en este caso, ¿comida?

Él hizo una reverencia.

—Recogí comida, pero también esto. —Sacando el licarn de detrás de su espalda, apartó las hojas que lo ocultaban. Quería ver la expresión de su rostro cuando le mostrara su primera sorpresa, su primer regalo oficial de cortejo. Se sentía inquieto, porque no era el tipo de obsequio que un guerrero Vikir daría a una compañera, pero los regalos tradicionales no se encontraban en Yarris. Este licarn venía de su corazón.

—Oh —suspiró ella, soltando el árbol y girando para enfrentarlo—. ¿Qué es eso? Es hermoso.

—Un licarn.

—¿Qué hace que brille?

Para mostrárselo, se acercó más y levantó el globo por el delgado trozo de enredadera que había atado en la parte superior.

Ella se inclinó hacia adelante, su rostro emocionado iluminado por el resplandor amarillo. Sonrió, y el corazón de Wulf se elevó.

Su futura compañera terrestre le traía alegría con cada sonrisa.

—La planta es simbiótica con una especie de insecto que brilla —dijo él—. La madre trusher deposita a sus crías en la flor, y los jóvenes se alimentan del polen mientras la planta forma una esfera transparente a su alrededor.

—¿Y qué obtiene la planta a cambio?

—El insecto secreta un subproducto que la nutre, un nutriente que no se encuentra en otro lugar.

Ella trazó su dedo por el borde de la esfera.

—¿Y permanecen así para siempre?

—Con el cambio de estaciones, la cáscara externa se seca y se agrieta. Los jóvenes crecidos emergen para aparearse y repetir el ciclo.

—Y mientras tanto, tenemos luz. —La sonrisa que le dirigió hizo que le doliera el pecho.

Le ofreció el licarn, sabiendo que contenía una pequeña parte de sí mismo. No era magia ni una estrella en la que pedir deseos, pero casi.

—Es tuyo.

Ella lo tomó y lo levantó. La esfera giró, y los diminutos trushers esparcieron su luz alrededor.

—Gracias. Es precioso.

Ella era preciosa. Ya se lo había dicho, pero ¿lo creería? Si no, se lo repetiría mil veces más.

—Esto hace que todo sea acogedor —dijo ella—. Pensé que pasaríamos la noche en la oscuridad, como siempre.

Un deseo que no podía negar se agitó en su interior. Odiaba no tener mucho más que ofrecerle aparte del licarn. Aunque…

—Un momento, Wulf. —La mirada de ella se posó en él, y acercó la luz—. ¿Qué llevas

puesto? —Sus dedos recorrieron su pecho desnudo—. No estás… llevas casi nada. ¿Tenías calor? —Se abanicó el rostro—. ¡Uf, yo tengo calor! Hace un rato tenía frío, pero alguien encendió el horno.

Le encantaba cómo hablaba ella. No había que adivinar qué pasaba por la mente de su futura compañera.

—Estoy usando algo parecido al garlong tradicional de cortejo. Es lo mejor que pude crear. No quería alejarme mucho de ti.

—Pero casi no llevas nada puesto.

Su voz subió hasta un chillido. ¿Eso significaba curiosidad? Podía mostrárselo, si hacía falta, o quizá…

—¿No te gusta mi garlong? —preguntó, dudando por primera vez desde que se había puesto los trozos de planta entrelazada que componían su atuendo. ¿Lo rechazaría antes de que él pudiera mostrarle todo lo que un guerrero Vikir tenía para ofrecer? —. Podría cambiarme y...

—¡No!

—¿No?

—No —repitió suavemente—. Me gusta. Te ves… apetecible. —Se cubrió la boca con la mano—. Lo siento. Ya estoy otra vez. Pensaste que me habías cansado con la caminata de hoy y que estaría tranquila un rato, pero me tomé una siesta rápida —bueno, un micro descanso de dos segundos—, lo que me ha revitalizado para seguir hablando toda la noche. Seguro que eso te encanta.

—Me encanta. —Cada vez que hablaba, él escuchaba. Siempre la escucharía. Tomó el licarn de sus manos y lo colgó en una rama cercana, luego se quitó la improvisada bolsa del hombro y la colgó también.

Había temido cuando ella no lo buscó después de aquel maravilloso momento en que se derrumbó en sus brazos. La deseaba. La necesitaba. Decidió esperar a que ella viniera hacia él.

Avanzó hacia ella porque le había dicho que parecía "apetecible". Heille, él también quería saborearla.

Apetecible no era un rechazo.

—¿Qué haces? —chilló ella, con las manos revoloteando antes de posarse en su pecho.

—Dijiste que querías mis besos.

—No lo dije así. —Hizo una pausa, tocándose la barbilla con el dedo. Sus liebrows —aquellas finas líneas de vello sobre sus cejas, de ahí su nombre— se alzaron.

—Bueno, sí, lo dije. Quiero tus besos. Lamer también está permitido.

La atrajo hacia sí y capturó su boca, saboreando su dulce fragancia y los gemidos que ella emitía en lo profundo de su garganta. Esos sonidos despertaban en él una necesidad ferviente.

Ella se apretó contra él, aferrándose con fuerza.

Cuando su boca se abrió, él deslizó la lengua dentro, degustándola, sintiéndola. No podía saciarse.

Sus naanans recorrieron su cuello y espalda, acariciando los costados de sus globos pectorales, esas fascinantes curvas cuya forma aún despertaba su curiosidad. Quería tocarlas.

Ella arqueó la espalda, presionándose contra él.

Con su polla rígida, luchaba por contenerse, ansioso por follarla, pero resistiéndose. Apenas había comenzado su cortejo. No podía tomar lo que ella parecía ofrecerle ahora. Follar no venía antes del cortejo.

Alzando la cabeza, la miró, sin saber qué encontraría en su rostro.

Ella levantó la barbilla.

—Voy a ser honesta y decir lo que pienso.

—No esperaría menos de ti.

—Qué lindo. —Ella esbozó una sonrisa traviesa—. No puedo evitar notar lo definido que estás, desde tus hombros anchos hasta tu cintura estrecha, con los músculos marcados en tu abdomen.

Él abrió la boca, sorprendido. Ella le había advertido, pero había esperado su habitual charla ligera. Nada como esto. Nada tan… halagador. Le encantaba escuchar sus pensamientos. Amaba cómo ella los soltaba sin filtro.

—Y no olvidemos tus muslos, esos muslos musculosos, de esos que dan ganas de masajear ahora mismo, asomándose debajo del pequeño retazo de... lo que sea que estés usando hecho de hojas entrelazadas.

—Se llama mordeme.

Ella arqueó sus cejas.

—¿Perdón?

—La planta. Se llama mordeme.

Ella soltó una risa.

—Me gusta. Deberíamos ponerle nombres así a las plantas más seguido, y no esas palabras pomposas en latín imposibles de pronunciar. —Su rostro se suavizó—. De todos modos, sentí que querrías escuchar lo que pienso. A mí me encantaría que usaras ese garlong improvisado por el resto de nuestras vidas.

*Nuestras* vidas. No las suyas por separado, sino las de *ambos*. Ah, ella iba a atravesarle el corazón y dejarlo sangrando.

Pero no antes de que él pudiera mostrarle todo lo que tenía para ofrecerle.

Le extendió la mano.

—¿Te gustaría vivir una aventura?

—Yarris ya es una aventura. Pensé que íbamos a quedarnos aquí esta noche.

—Tengo otro lugar en mente. ¿Confías en mí?

—En realidad, sí. De todo esto, tú eres lo más estable en mi vida. —Ella tomó su mano.

Él la atrajo hacia sí, disfrutando de la maravillosa sensación de tenerla entre sus brazos.

—¿Vas a cortejarme aquí, en los árboles?

—He hecho arreglos en otro lugar. Aquí —señaló el árbol donde ella había estado esperando — fue un sitio para que descansaras mientras yo me preparaba.

—No sé qué tan relajante fue, con los insectos y esa alfombra viviente que me visitó.

—Pronto dejaremos atrás los bichos.

—¿No hay dónde vamos?

Él examinó de nuevo el lugar que había asegurado. Lo había hecho bien, pero no le sobraba cautela.

—Confía en mí.

—Oh, lo hago. —Ella sonrió—. Si no, no habría dejado que cargaras este... magnífico trasero mío por las copas de los árboles.

Le encantaba ver cómo crecía la confianza en ella.

Y cómo encontraba humor en todo. Había extrañado esto en su vida, siempre tan seria y trabajadora, intentando no ser trasladado de una familia a otra.

—¿Hacemos esto con carga a la espalda o prefieres el modo colgante?

—Como te sientas más cómoda. —Él disfrutaba tenerla apretada contra él, especialmente cuando envolvía sus piernas alrededor de su cintura. Le costaba contener la respuesta de su

cuerpo.

*No folles todavía*, se advirtió. Al menos no antes del cortejo. Pero unos besos robados nunca serían suficientes.

Enganchó la linterna de ella a su cadera y se inclinó hacia adelante.

Ella saltó, rodeando su cuello con los brazos y su cintura con las piernas.

—Esta es una posición sugestiva, ¿sabes?

—Lo sé. —Su cuerpo reaccionó al instante. Cuanto más la conocía, más la deseaba.

—Algunos dirían que es un estímulo.

—Yo lo diría.

Ella se contoneó. Heille, ella iba a matarlo.

—Puedo notarlo —dijo ella con picardía.

—Taylor. —Intentó sonar serio, pero su nombre salió como un gemido, y no dejaba de imaginar cómo ella se había frotado contra él, suspirando de placer.

—Lo sé —suspiró ella—. Tengo que portarme bien, ¿verdad?

Él jadeó y la envolvió entre sus brazos. Avanzando, la presionó contra el tronco del árbol y atrapó sus labios, saqueándolos como los antiguos Vikir hacían durante el cortejo. Según la tradición, los machos Vikir procuraban darles a sus parejas un orgasmo al principio del cortejo, para mostrarles todo lo que serían capaces de ofrecerles.

Ella gimió y se aferró a él, y él esperó que lo deseara tanto como él la deseaba. Intentaría esperar, pero estaba hambriento. De su tacto, sus suspiros, su afecto.

Levantó la cabeza.

—¿Ves? —dijo ella—. La posición *es* sugestiva, y aceptaste la sugerencia.

—Taylor. —Adoptó su expresión más feroz, pero ella simplemente se rió. Naturalmente, él se rió con ella, aunque no podía sostenerla así por mucho tiempo. Girando, se dejó caer sobre la rama. Con la espalda apoyada contra el tronco y las piernas separadas, la acomodó en su regazo y la rodeó con los brazos.

—Tú —dijo él.

—Yo —repitió ella, riendo—. Me encanta que no te molesten mis locuras. —Levantó las manos al aire y alzó la voz—. ¡Es liberador!

—No tan alto. —Él examinó el área, recordándose que no podía bajar la guardia. Pero heille, esta mujer lo hacía sentir tan salvaje y loco como ella, y él lo amaba. Estaba enamorándose de su futura compañera. ¿Cómo podría contener su corazón?

Ella era incorregible, pero él adoraba todo de ella, desde su nariz respingada hasta su exuberante trasero, pasando por sus bromas y su incesante parloteo.

—Conocí a un nuevo amigo mientras no estabas —dijo ella, acurrucándose contra su cuello.

Él alzó las cejas, mirando a su alrededor y sin ver a nadie cerca.

—¿Francis?

—No. —Ella se echó hacia atrás, parpadeando lentamente. Su expresión era difícil de leer, ¿sorpresa?, ¿confusión? —. Fue raro. Él... o eso creo, él me habló en la mente.

—Ya veo. —Hablar en la mente. Wulf no dudó de ella. Nunca dudaría de ella—. Cuéntame más.

Sonrió —Suena extraño, ¿verdad? Pero Treesse bajó hasta el extremo de esta rama, y hablamos, aunque fue una conversación breve. Al principio, Treesse pensó que yo era Mila.

Él sintió una sospecha inquietante. De camino a la estación espacial, había leído todo lo que pudo encontrar en las computadoras de la nave sobre Yarris. Una especie en particular se destacó en su mente, no por ser grande, sino por ser astuta.

Lizzers.

Le sujetó los brazos, deseando envolverla con su cuerpo para mantenerla a salvo. —¿Por qué Treesse pensaría que eras Mila?

Ella se encogió de hombros. —No tengo idea. ¿Quizá porque soy una mujer de la Tierra? Dos humanas. —Soltó una carcajada. —Todas nos parecemos.

—Dime más. —Él observó a su alrededor, capaz de ver bien en la oscuridad gracias a una habilidad de los Vikir, pero no detectó nada preocupante. Cuanto antes la llevara al lugar que había asegurado, mejor. —¿Podrías describir a Treesse?

—Se veía como una alfombra pequeña, de unos treinta centímetros de largo y quince de ancho. —Apoyada en su abrazo, mostró la distancia con las manos. —Era plano, de un tono azul verdoso brillante, y en la parte inferior tenía una boca arrugada. Me recordó a una manta raya con la que nadé una vez durante un paseo en catamarán por el Caribe.

Él no conocía a la manta raya, pero estaba claro qué era Treesse. Sus manos temblaron al darse cuenta del peligro al que ella se había expuesto mientras él no estaba. Debería haber estado a salvo allí. —¿Se acercó a ti?

—Treesse no se acercó, aunque no me habría importado. Fue amable. Casi... afectuoso. Se alzó sobre sus patas traseras y hablamos en mi mente.

Jamás había oído hablar de un lizzer comunicándose con alguien. —No te atacó. —Por supuesto que no lo hizo. Si lo hubiera hecho, estaría muerta. Un lizzer se adhiere al rostro de su víctima y extiende un apéndice hacia su boca en busca de materia cerebral. Un sudor frío recorrió la espalda de Wulf.

—No me importaría hablar con Treesse otra vez —dijo ella—. Y me alegra que haya pasado por aquí, porque dijo que Mila estaba a salvo con Kral, lo cual es un alivio.

Él se puso de pie con ella en brazos. —Debemos irnos antes de que este Treesse regrese.

Ella enlazó los brazos alrededor de su cuello. —¿Más balanceos por la jungla, Tarzán?

—¿Quién es ese Tarzán? Lo has mencionado antes.

—Otro libro y una película. Son viejos, pero me gustan las cosas antiguas. En los libros, Tarzán creció en la selva. Es salvaje e indomable hasta que conoce a Jane. Ella es... —Taylor se rió—. Es un poco como yo. Más o menos formal y educada. Pero se llevan bien, y hay romance.

Él percibió un tema recurrente en sus libros.

—Tú no eres Jane. —Levantó un dedo. —Eres Francis, tu gran aventurera.

—¿Sabes qué? —dijo ella, sonriéndole—. Creo que soy Taylor. Simplemente Taylor Nina Willis. Y me gusta eso. Lo había olvidado después de lo de Ben, pero ahora lo recuerdo. Estoy volviendo a sentirme cómoda en mi propia piel y disfrutando la vista.

—Nunca serás una simple Taylor. —Él le rozó el cuello con la nariz antes de levantar la cabeza.

—Tienes razón. No lo soy. —Ella enlazó las piernas alrededor de su cintura. —¿Estás listo para decirme adónde me llevas?

—A un lugar especial.

Ella entrecerró los ojos mientras miraba alrededor. —No estoy segura de que haya un lugar en Yarris donde pueda relajarme lo suficiente como para que me conquistes.

—Ya lo verás. Agárrate bien —murmuró él cerca de su oído—. No quiero que caigas.

—Yo tampoco quiero caer. Estamos demasiado alto y la caída es larga. Este lugar es otra cosa. En realidad, es aterrador, pero me niego a decirlo.

—Ya lo dijiste.

—Vaya, ¿vas a hacérmelo notar? El caso es que pude sobrevivir una semana en la estación

espacial. Puedo resistir lo que sea necesario hasta salir de este planeta. —Hizo una pausa. —Saldremos del planeta, ¿verdad?

—Sí, lo haremos.

Incluso tan alto, no estaban completamente solos. Un escarabajo azul brillante de seis patas, del tamaño de su mano, caminaba por la rama a unos tres metros de ellos, mientras el zumbido de otros insectos llenaba el aire. Aves chillaban y batinas pasaban zumbando, atrapando insectos con sus colmillos.

—Vamos a hacerlo —dijo ella contra su cuello—. Estoy lista.

Deslizándose hacia un costado, él se lanzó desde la rama.

El chillido de ella resonó a su alrededor, pero lo cortó con una risa cuando él se aferró a otra rama, amortiguando su caída, y se balanceó hacia otra más.

—Nunca voy a acostumbrarme a esto, ¿y sabes qué? No quiero. Es emocionante, casi abrumador, pero increíblemente asombroso. Nunca pensé que diría esto, pero ya no siempre tengo miedo. Me gusta este lugar porque estás aquí conmigo.

Su mano resbaló en una rama, pero lanzó la otra hacia arriba antes de caer.

—Taylor. Dices estas cosas justo cuando no puedo besarte. Sostente.

—Perdón —la sonrisa traviesa que soltó se le metió en los huesos como fuego líquido—. Me limitaré a cosas más genéricas hasta que tus pies estén firmemente en el suelo, porque no quiero perderme esos besos, abrazos ni cualquier otra cosa que quieras ofrecerme.

Más razones para ir rápido.

Mientras se desplazaba por la jungla usando las lianas que había colocado y las ramas de los árboles, ella continuó:

—¿Sabías que en Yarris hay luciérnagas? Supongo que lo son. Las vi anoche cuando desperté por unos segundos. Creo que tú estabas dormido.

Cada noche dormía a ratos, sin permitirse bajar la guardia, pero se había perdido las luciérnagas.

—Cuando vi esas pequeñas luces titilando, me sentí reconfortada. Por un momento, fue como si estuviera en la Tierra, sentada con mamá junto al fogón que papá construyó con ladrillos en el patio trasero.

—Extrañas a tu madre y a tu padre. —Saltó de una rama a otra, cada vez más cerca de su destino.

—Papá murió por la enfermedad. Era un padre increíble. Mamá sigue en la Tierra. Espero que algún día Crakair permita visitantes, porque quiero que mamá venga a quedarse conmigo.

¿Se habría dado cuenta Taylor de que estaba sugiriendo quedarse en Crakair?

La emoción floreció en su interior, pero mantendría la cautela. Ella aún estaba descubriendo lo que quería, y él no la presionaría para decidir.

La conquistaría con su cortejo.

Continuó avanzando por la jungla, de árbol en árbol, hasta acercarse al lugar que había preparado para ella. Taylor. Su compañera.

—Voy a decir otra cosa —anunció ella.

¿Haría ahora algún cumplido sobre su espalda? Se sentía orgulloso de su fuerza.

—Volar por la jungla es... increíble. Soy Jane y tú eres Tarzán —sonrió—. ¿Vas a golpearte el pecho y gritar por mí?

Él mostró los colmillos.

—Si lo deseas.

Tendría que enseñarle cómo hacerlo, pero lo haría. ¿Qué tan difícil podría ser convertirse en

el Tarzán de Taylor? No más difícil que ser un canalla.

—Uf, ahí viene una libélula enorme —dijo, señalando con la barbilla.

El driegon no representaba peligro, por lo que se detuvo colgado de una rama, dejando que Taylor disfrutara de la visita de la criatura. El driegon azul fue acompañado por otro de un verde iridiscente, y ambos danzaron en el aire, acercándose y alejándose rápidamente, sus cuerpos brillando bajo la luz de las dos lunas.

—¿Verdad que son tímidos? —preguntó mientras el driegon azul se aproximaba para observarla. Del tamaño de su antebrazo, la criatura tenía grandes ojos globosos y colmillos—. Qué lindura eres —susurró ella—. Ojalá tuviera algo para darte, pero ya no nos queda comida. —Miró a Wulf de reojo—. ¿Debería preocuparme de que me arranque la nariz? —Se rió con suavidad, un sonido seductor y melodioso. El driegon revoloteó sobre su cabeza y salió disparado con su compañero siguiéndolo.

—Los driegon no hacen daño.

—¿Driegon? En la Tierra teníamos un insecto parecido, solo que más pequeño. Se llama libélula.

—Los driegon son un pueblo antiguo que solía vivir en Crakair.

—Dijiste que los Vikir son antiguos.

—Los driegon son más antiguos que mi clan. Hace siglos, los Vikir comerciaban con los driegon, y algunos dicen que somos descendientes de ellos. Pero no hemos tenido contacto con ellos en cientos de yaros.

—¿Y eso cómo es posible?

—Viven en cavernas profundas bajo la tierra.

—¿Todavía?

Se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

—Fascinante. —Sonrió—. ¿Cómo vas llevando esto de cargar conmigo?

—Estoy bien. ¿Seguimos?

—Adelante.

Dio un giro y soltó la rama.

—¡Wulffff! —Taylor escondió la cara contra su pecho mientras él agarraba otra rama para amortiguar la caída y se impulsaba hacia adelante, aterrizando sobre una malla de ramas en un árbol de prictar.

—Esto es increíble. Soy una chica de montañas rusas. Apostaría que no lo sabías.

—No, no lo sabía.

—Me encantan, pero esto es aún mejor. Es más emocionante que El Toro en Six Flags.

Mostró los colmillos—. Sí, soy más emocionante que el toro.

Saltó hacia una liana, de las que no representaban peligro, y se balancearon hacia otro árbol. Aterrizó en una rama y se detuvo.

Taylor temblaba en sus brazos, su rostro aún presionado contra su pecho.

¿Había resultado herida?

—Taylor...

Ella levantó la cabeza y soltó una carcajada.

—Demonios, Wulf, me haces reír. Eres más emocionante que el toro. ¿Atravesar la jungla como Tarzán es tu segunda fase del cortejo? Porque ha sido perfecto.

—Yo... solo quería traerte al lugar donde empezaría mi cortejo.

—Creo que todo esto forma parte de tu cortejo. —Extendió la mano hacia la jungla—. Sí,

este lugar es impresionante. Pero de alguna manera, tú mantienes mi cordura. Me haces sentir segura. Nada puede reemplazar eso, salvo...

—¿Qué? —preguntó él, temiendo que el momento se desvaneciera.

—Salvo que necesito volver a montar El Toro —bromeó, señalando el bosque con la cabeza.

Wulf sonrió, sus colmillos a la vista, y relajó los hombros.

—Te mostraré.

La energía lo invadió. Que su futura compañera lo admirara era un concepto nuevo y lo hacía sentirse imparable. Era difícil mantenerse enfocado, pero no podía arriesgarse a ponerla en peligro.

Saltó hacia otra liana y, con el impulso, se dirigieron al siguiente árbol. Abajo, un grupo de trunadars pastaba en círculo, mientras sus crías saltaban y pateaban en el centro.

—Es hermoso aquí —dijo Taylor con asombro—. Fresco y puro. Es salvaje. La vida puede extinguirse en un instante, pero estas criaturas viven. Gracias por compartirlo conmigo.

No era el tipo de cortejo que había planeado, pero si debía quedar varado en un planeta hostil, estaba agradecido de que fuera con Taylor.

Cuando aterrizó en la última rama, a poca distancia del suelo, se detuvo para escuchar. Había asegurado este lugar, pero eso no significaba que no hubiera criaturas nuevas mientras iba a buscarla.

Y ese sonido que había escuchado antes… Esperó, pero no sintió que nada estuviera mal.

Seguro de que estaban solos, se aferró a una enredadera y se deslizó hacia abajo.

—Un tubo de bomberos —dijo ella.

Aterrizaron en el suelo, y ella se soltó para quedar frente a él. Ya extrañaba tenerla cerca. Conocía las reglas: debía cortejarla por completo antes de que hubiera sexo, pero su impaciente erección no entendía eso.

—¿Estás preparada para ser cortejada? —preguntó él.

—Lo estoy.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Y si no lo hacía bien? Los siguientes minares serían cruciales. —Si vienes conmigo, te ofreceré una comida mientras llevo este garlong. También he preparado el baño de zinter, aunque no tengo zinters. Y emulsionaré tus pies.

—Creo que podemos saltarnos los zinters. Leí sobre ellos, y aunque me intriga la idea de bañarme con pequeños organismos parecidos a peces que nadan a mi alrededor comiendo la suciedad de mi piel, puedo esperar para vivir la experiencia completa. Sin embargo, me emociona lo de la emulsión. Desde que acepté el reto de Yarris El Toro, tengo curiosidad por ver qué más se te ocurre.

—Entonces empezaremos. —Él hizo una reverencia—. Dreafillar.

# CAPÍTULO 13

# Taylor



—Por aquí —dijo Wulf, señalando un sendero estrecho que serpenteaba entre los árboles con la linterna de licarn que le había regalado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Taylor.

—Ya lo verás. —La emoción en su voz encendió un fuego dentro de ella, haciéndole acelerar el paso.

Lo mejor del sendero era que evitaba que las enredaderas y otras plantas rozaran su cuerpo. Lo peor era que lo habían hecho criaturas que quizá acechaban más adelante, listas para abalanzarse sobre ellos. Claro, la luz de las dos lunas —¡dos malditas lunas!— facilitaba ver, pero seguía siendo de noche. Las cosas cazaban. Ella y Wulf eran la carnada.

El hecho de que Wulf sostuviera su espada era tanto reconfortante como inquietante, porque significaba que él no confiaba en el camino que seguían.

—¿Los spidaires cazan de noche? —susurró.

—Rara vez.

Eso sí que era un alivio.

—No te preocupes. No había nidos en esta zona.

Otro alivio.

Salieron del sendero y cruzaron un pequeño claro con una hilera de enormes peñascos a un lado. Más allá de los peñascos, una empinada pared rocosa se elevaba unos cientos de pies, llena de grietas y sombras donde la luz de la luna no llegaba. Arbustos resistentes crecían en la pared, floreciendo con pequeñas flores.

—¿Ya llegamos? —susurró.

—Ya estamos aquí.

Ella observó los peñascos, sin ver cómo podrían tener algún papel en el cortejo.

—¿Vas a servir la comida aquí? —preguntó, ansiosa por saber en qué consistiría.

—Adentro.

—¿Adentro de la roca?

Él extendió la mano, y cuando ella la tomó, él la atrajo hacia sí.

—¿Te sostienes?

—No hay ningún árbol cerca.

—No seas terca.

—Vaya. —Con una sonrisa, ella se inclinó hacia atrás, divertida—. ¿Y si me gusta ser terca?

—Cierra los ojos —le dijo él.

—¿Por qué?

—Porque quiero que lo hagas.

—Está bien —gruñó ella, aunque no podía ocultar su emoción. Cerró los ojos, apagando la noche a su alrededor.

Wulf la alzó en brazos, se agachó y saltó, aterrizando con un golpe sobre algo, probablemente uno de los peñascos. Luego la dejó de pie y la giró para que quedara de espaldas a él. Le habló al oído:

—Ya puedes mirar.

—Oh... Es tan bonito. ¿Son licarns? —A su alrededor, luces centelleantes colgaban por el perímetro de una pequeña área entre el acantilado y los peñascos. El pequeño claro estaba formado por árboles bajos, arbustos de colores, una zona abierta cubierta de hierba y un círculo más oscuro en las sombras.

—Recolecté los licarns y los colgué aquí para sorprenderte.

—Eres demasiado bueno conmigo. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo haría mil veces solo por verte sonreír.

—Gracias. —Ella se frotó el pecho, donde sentía un nudo de emoción.

—¿Te gustaría ver más?

—Sí. —Saltó en su sitio como una niña pequeña. Nadie había hecho algo así por ella antes. La llenaba de emoción y la conmovía al mismo tiempo—. No puedo creer que encontraste un oasis para mí.

—Cuando hablas, yo escucho.

Eso era nuevo para ella en un chico. ¿Cómo había tenido tanta suerte de encontrar a alguien tan atento?

—¿Cuándo mencioné algo como esto?

—Cuando comimos blesettes.

—Hemos comido muchos blesettes. Son la base de nuestra dieta.

—Pero no esta noche.

—¿Cómo hiciste todo esto en tan poco tiempo? No puedo creer que este lugar estuviera oculto en medio de una jungla peligrosa.

—Lo hice por ti.

La esperanza, emoción y vulnerabilidad en su voz la rompieron por completo.

¿Cómo podía considerar volver a la Tierra si podía quedarse con Wulf?

No tenía sentido pasar el resto de su vida buscando "al indicado" cuando él estaba justo a su lado. Este hombre tocaba una parte de sí misma que nunca había compartido, ni siquiera con Ben. Con él, no quería irse nunca.

—¿Qué implica esta parte del cortejo? —preguntó ella con la voz ronca por la emoción. Este era *su* momento decisivo.

—En la tradición vikir… —Él esbozó una sonrisa.

—¿Qué?

—Técnicamente…

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? —Se giró hacia él riendo y trató de hacerle cosquillas para sacarle la respuesta, pero él permaneció estoico, observando cómo sus manos recorrían sus abdominales. Por cierto, unos abdominales estupendos. Los mejores que había visto en su vida. Todo en él era más grande que la vida misma.

—Puede que no te interesen las tradiciones antiguas —dijo él.

—¿Y si sí? Respeto todas las culturas y personas. —Ella deslizó la yema de un dedo por su brazo escamado—. Si no, ¿por qué habría aceptado dejar mi planeta para viajar al espacio y

conocer a alguien que podría ser mi esposo sin haberlo visto antes?

—Te envié un video. Me presenté.

—Lo hiciste, y te lo agradezco. —Lo había visto un millón de veces, estudiando cada uno de sus movimientos y palabras. Eso la había hecho desear conocerlo aún más.

Ella volvió a observar el oasis, y su corazón dio un vuelco. El círculo oscuro...

—¿Es una piscina?

—Recuerda que no tengo zinters.

—Si es agua y no hay criaturas venenosas esperando morderme los dedos de los pies, estoy lista para saltar.

Él colocó un puño sobre su pecho. —Voy a cortejarte a la manera vikir, Taylor, y vas a quedar impresionada. No desearás regresar a la Tierra.

—Suena serio. —¿Quién en su pasado se había molestado en conquistarla? Seguro que Ben no. La había sacado un par de veces, incluso pagó, pero siempre tuvo la sospecha de que él pensaba que ella debía sentirse agradecida de recibir algo de atención.

—Nunca he sido tan serio sobre nada —dijo Wulf.

Ben era parte del pasado. Wulf... era su futuro. Ahora lo sabía. Saborearía su cortejo y disfrutaría su ropa ajustada que insinuaba, pero no revelaba lo suficiente. Qué curioso lo grande que era su trasero, pero ¿quién era ella para criticar traseros generosos?

Y se lo diría.

—¿Te gustaría ver más? —preguntó él mientras la alzaba en brazos, provocando un pequeño chillido.

—¿Curiosa, eh? —preguntó él.

—Claro. —¿Qué quería decir con "curiosa"?

—Estoy aprendiendo las señales de mi futura compañera.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tu chillido. Significa que estás curiosa.

—¿Realmente?

Wulf era adorable. No había forma de negarlo. Era el hombre más dulce que había conocido. Las diferencias entre ellos a veces eran divertidas. Le gustaba eso. Era entretenido ver cómo dos personas tan distintas encontraban el mismo camino. También daba miedo, pero podía manejarlo.

Wulf dio un paso adelante y descendió unos seis metros, primero sobre un peñasco más pequeño y luego hasta el suelo, donde la bajó suavemente sobre la hierba rosada. Los licarns se balanceaban con la brisa, proyectando sombras danzantes, pero todo tenía un aire romántico, si es que un oasis en medio de una jungla mortal podía ser romántico.

—Un buen detalle —dijo ella—. Me gusta lo que has hecho con el lugar.

Las palmas de Wulf recorrieron sus brazos. —Yo, eh… ¿Gracias?

—Es una expresión que significa que esto se ve maravilloso. Has creado un pedazo de cielo y refugio a la vez.

—Ah, claro. —Él extendió un brazo con gesto grandioso, señalando la alta hierba espinosa de color rosa, los árboles más claros y los arbustos con puntas moradas. Todo anidado en un círculo de enormes peñascos—. Permíteme mostrarte el área segura que he creado para ti. —Arrodillándose, le tomó la mano—. Nos quedaremos aquí unos daelas, y te mostraré todo lo que tengo para ofrecerte.

Su mente la llevó de vuelta al comentario que él había hecho sobre que tendría que quitarse la ropa si él se arrodillaba frente a ella. Su piel hormigueó y su imaginación se desbocó. No le

costaba nada imaginarse tumbada sobre un lecho de hierba rosada, con Wulf deslizándose entre sus piernas.

Demonios.

Desde el momento en que lo conoció, se sintió atraída por él. ¿Quién no lo estaría? Su tamaño imponente, sus escamas, el tono profundo de su piel... Sumado a su personalidad tímida pero atrevida y sus naanans que le daban un aire reggae, no había forma de resistirse. Él era un hombre de pocas palabras, pero ella tenía suficientes para los dos. Y con simples gestos, él le demostraba lo que sentía. Tal vez debería tomar ejemplo de él.

Carraspeó. —Tengo una pregunta.

Él esperó en silencio, mirándola con esperanza.

—Hace poco bromeamos sobre que te arrodillarías frente a mí, y aquí estás, haciéndolo. Ya no estoy bromeando. ¿Qué harías si aceptara tu sugerencia y me quitara la ropa?

Él tragó saliva, la manzana de Adán moviéndose en su garganta. —Yo… —Su mirada velada recorrió su cuerpo de arriba abajo—. Taylor… yo…

Ella lo había dejado sin palabras, y no estaba segura de si eso empeoraba o mejoraba las cosas. Pero, al diablo, Taylor nunca había sido de las que retroceden ante un desafío. No hasta Ben, y ese idiota pertenecía a su pasado, no al presente, acechando su confianza desde las sombras. Lo apartó mentalmente. Hora de encerrarlo para siempre y tirar la llave.

—¿Te ofenderé si lo hago? —preguntó.

—¿Qué? ¡No!

Maldita sea, no podía dejar de sonreír. Se quitó el vestido por la cabeza y lo arrojó a un lado, quedando solo en bragas. No llevaba sujetador; se lo había saltado al vestirse en el apuro.

—Quiero que me veas —dijo alzando la barbilla.

—Te veo. —Incorporándose, su mirada bajó de su rostro a sus pechos, y sus ojos se agrandaron, dejando al descubierto el hermoso anillo verde bosque alrededor de sus pupilas.

—Me refiero a que me veas de verdad. —¿Sería una estupidez hacer esto? Si permanecía oculta, desnudándose solo en la oscuridad, no se expondría. —No soy perfecta.

—Sí lo eres.

¿Cómo podía sonar tan seguro?

—Por ejemplo, mis pechos. —Levantándolos con las manos, añadió—: Me gustaría que fueran más grandes.

—¿Deberían ser más grandes?

—Algunos hombres lo piensan.

—Yo no soy algunos hombres.

Él se lo había demostrado una y otra vez. ¿Por qué le costaba tanto creerlo?

—Ojalá mi cintura fuera más pequeña. —Empujó sus caderas para marcar su barriga. Mala idea. Al soltar la piel, esta tembló. —Mierda. Doble mierda. No, que sean tres mierdas.

—Muchas mierdas.

Ella se echó a reír con un resoplido. —Y no olvidemos mi trasero. —Girándose un poco, se dio una palmada en una nalga—. Sí, es grande. Demasiado, supongo, pero creo que es lindo.

—Yo también lo creo. Has usado esa palabra antes, pero no estoy seguro de lo que significa.

—Y mis muslos. —Mejor acabar con esto de una vez. Así entendería por qué debía ponerle fin a este romance. Le dolía pensar eso, pero si lo veía todo, lo haría, ¿verdad? —. Mis muslos son demasiado grandes. —Pellizcó la piel, dejando marcas rojas. Vaya forma de resaltar la celulitis.

—¿Demasiado grandes para qué?

—No lo sé. ¿Para mí? Sí, son demasiado grandes para mí.

—No lo entiendo.

—¡Mírame!

Cuando estaba a punto de girarse y correr hacia el agua para esconderse, él se levantó y la sujetó por los hombros, impidiéndoselo. La instó a mirarlo, pero maldita sea, no podía levantar la vista. No soportaría encontrar disgusto en su rostro.

—Te veo, mi hermosa Taylor. A ti entera.

¿Hermosa? Espera.

—No me ves, porque si lo hicieras, me rechazarías.

—Nunca. —¿Cómo podía sonar esa palabra como una promesa?

—¿Por qué no? —preguntó, genuinamente curiosa—. No lo entiendo. No te entiendo. —Debería estar evitando sus ojos, mirando a cualquier parte menos su cuerpo, como hacían los otros. Pero en vez de eso, él la devoraba con la mirada. Y, demonios, eso era excitante. Ver el deseo puro en su rostro hizo que la sangre se agitara en sus venas, inundándola de calor, debilitándole las rodillas.

—Mi futura compañera, ya te he entendido. —Sus dedos recorrieron sus hombros hasta su rostro—. Veo lo que hay por fuera, pero más que nada, veo quién eres por dentro. Eres hermosa. ¿Cómo puedes pensar que no eres digna, cuando tu valor para mí no se basa en lo que el mundo ve, sino en lo que yo veo? Eres perfecta.

—Pero mis pechos y mi cintura y mis muslos...

—También son perfectos.

—Eso no es cierto —suspiró.

—Esos brutos… —Su mirada descendió hasta su pecho, y sus dedos siguieron el mismo camino. Sus pezones se endurecieron, enviando descargas de placer de la cabeza a los pies. —Estoy fascinado con las esferas en tu pecho, con esos blancos rojizos en el centro.

—Blancos rojizos… ¿Por qué eso suena romántico? No debería.

Él hizo una mueca. —Estoy creando una pila de triple mierda con mis palabras, ¿verdad? Lo estoy diciendo mal y te estoy ofendiendo.

—En realidad, no. —Le hizo un gesto con la mano para que continuara—. Sigue.

Sus labios se curvaron ligeramente en una sonrisa.

—Esta cintura que desprecias… —Sus dedos acariciaron la parte superior de sus pechos y los tomó como ella había hecho antes—. Un minar. Llegaré a tu cintura. Pronto.

Sus labios temblaron antes de que una sonrisa estallara en su rostro. —Tómate tu tiempo. No escucharás quejas de mi parte.

—¿Es aceptable tocar estos puchos?

Algún día le explicaría la diferencia entre puchos y pechos, pero ¿por qué arruinar el momento?

—Puedes tocarlos todo lo que quieras.

—¿Y esto… es placentero para ti? —Sus fosas nasales se ensancharon, como si pudiera oler el deseo que ella no intentaba ocultar.

El fuego se encendió debajo de su cintura, donde comenzó a palpitar.

—Mucho —respondió entrecortada, pero ¿cómo se supone que una mujer mantendría la cabeza clara mientras un atractivo alienígena le acariciaba los pechos con los dedos?

—¿Y los blancos rojizos? —preguntó, con la voz más ronca de lo que ella había escuchado antes.

—Supongo que podrías llamarlos así. O blancos. —Sonrió—. Atraen miradas, ¿no? Aunque

sigo deseando que fueran más grandes. Más firmes. Al diablo, hasta juguetones, si los pechos pueden serlo. —Estaba parloteando sin control, pero quizá, solo quizá, estaba bien.

Francis nunca habría actuado así con su sinvergüenza, pero Taylor no quería ser Francis.

Quería ser ella misma porque Taylor tenía a Wulf.

Sus pulgares rozaron sus pezones, y ella dejó escapar un jadeo.

Él retiró las manos. —Lo estoy haciendo mal. ¿Tocar los blancos te duele?

—¡No!

Él la estudió con atención. —¿No estabas broleando cuando dijiste que te gustaba? ¿Realmente disfrutas el toque en los blancos?

¿Broleando? Oh, bromeando. —Esto era adorable. *Él* era adorable—. Me encanta cuando tocas mis... blancos. —Sacó pecho, contenta por sus pechos por primera vez desde que aparecieron en su cuerpo. Claro, podrían ser más grandes, más firmes, lo que fuera, pero en ese momento, Wulf los miraba como si fueran un buffet completo presentado a un hombre que no había comido en una semana.

—Deseo complacerte, futura compañera —dijo él—. Si paso más tiempo acariciando tus blancos y, quizás, si lo deseas, probándolos, ¿te ofendería eso?

—De ninguna manera. Puedes tocar lo que quieras. —Toda su sangre había bajado a su clítoris, y debía estar empapada. ¿Qué debía hacer ahora? Durante la orientación en la nave estelar, le habían dicho que los machos crakairianos eran muy estrictos respecto a que el cortejo debía venir primero. Luego propondrían matrimonio. Solo después de eso podrían "comenzar" —su palabra, no la de ella— con el sexo.

Saltar las formalidades y saborear una muestra bien firme de lo segundo le parecía un buen plan.

Su lengua se deslizó sobre uno de sus colmillos.

—Es... bífida —soltó ella. Mierda, mierda. Su larga lengua era bífida. Y él había insinuado que a los crakairianos les encantaba el sexo oral.

Era imposible no notar la erección debajo de su improvisado garlong. Enorme. No había otra manera de describirla. Era fácil imaginar cómo la estiraría y llenaría.

—El manual crakairiano no mencionaba el tamaño del pene —murmuró ella.

—Pene. Pene. —Él ladeó la cabeza—. Ese es un nombre masculino típico de los terrícolas, ¿cierto?

—Dick que es pene en inglés puede ser el diminutivo de Richard, pero también es una palabra para referirse al órgano sexual masculino. Otras formas de decirlo son miembro, aparato, sexo, erección, pito, verga, herramienta, equipo, raíz, tronco, y en Irlanda, mickey. —A veces, ser bibliotecaria tenía sus ventajas. Había pasado mucho tiempo investigando.

—Te refieres a mi miembro.

—Un gran miembro. ¿A qué sabe? Solo he hecho sexo oral un par de veces, pero me gustó. Y mierda. Doble mierda. —Se tapó las mejillas calientes con las manos—. No debería estar pensando en tu miembro o en tu herramienta... En Brasil lo llaman pinto, lo cual siempre me pareció gracioso. Para mí, un pinto es un frijol, y ningún hombre quiere que le digan que su herramienta es del tamaño de un frijol. —Alzó la mirada para encontrar la expresión divertida de Wulf fija en su rostro—. Estoy hablando demasiado otra vez, ¿verdad? Y estoy arruinando este momento especial. Haz que me calle. Por favor, haz que me calle. Ya te dije que hablo demasiado cuando estoy nerviosa, ¿verdad?

—¿Por qué estás nerviosa?

—Porque tengo miedo de que me trates como Ben. Sé que no eres como mi ex. No me harás

sentir mal ni dirás cosas que me hagan dudar de mí misma. Eres el tipo de hombre que me levantará. Que me dirá que soy hermosa, incluso cuando tenga el cabello hecho un desastre y un granito en la barbilla. Y apuesto a que estarías feliz de que caminara a tu lado, no detrás de ti como una esposa sumisa.

Ahora que lo decía en voz alta, no sabía qué esperar. ¿Le diría que estaba equivocada? ¿Que nada de lo que creía de él era cierto? Sería una tonta por pensar que tenía una oportunidad con un tipo tan increíble. Pero alejarlo solo le causaría más dolor. Quería vivir el momento.

¿Cómo dar el primer paso para lograrlo?

—Ni siquiera debería mencionar a mi ex. Él ya no forma parte de mi vida.

—Excepto que aún está aquí. —Wulf tocó su pecho.

¿Estaba? Ella pensó que había amado a Ben, hasta que todo se echó a perder y él demostró ser el idiota que siempre había sido. ¿Y ahora? ¿Qué sentía en ese momento?

Libre.

Ya no estaba atada a todo lo que la retenía en la Tierra. A su talla, que nunca sería cero ni siquiera diez. A la preocupación por lo que los demás pensaran si se comía una segunda porción de pastel. Y a su exnovio idiota, que podría buscarla para siempre y jamás encontrarla.

Solo importaba el presente.

Wulf. Él importaba.

—Desearía poder mostrarte cómo me siento por dentro. —Con el puño apretado contra su pecho, mostró sus colmillos—. Tú, futura compañera, eres increíble.

—Nunca me habían dicho que era increíble. ¿Te refieres a que estoy en forma? —Alzó una pierna apoyándose sobre la punta del pie y admiró el sutil juego de músculos—. Hago algo de ejercicio. A veces. No mucho, pero últimamente sí. Aunque nunca me he considerado más que tonificada.

—Todo en ti es increíble —dijo él—. Tu rostro. —Le acarició la mejilla con los dedos—. Tus puchos con sus blancos tentadores. —Sus pulgares rozaron sus pechos, haciéndola arquear la espalda—. Y aún no he terminado. Tu cintura, que casi puedo abarcar con las manos. —Lo demostró, y vaya que había algo especial en un hombre con dedos largos. Ella necesitaba dejar de pensar en dónde deberían estar esos dedos, o su clítoris iba a explotar—. Tu trasero tentador también es increíble. Pero lo más increíble de ti son las partes que ocultas al mundo. —Le tocó el pecho de nuevo—. Preguntaste si te veo, y te digo que sí. Confía en esto, si no en nada más. Te veo por completo, desde tu audacia que rivaliza con la de tu aventurera, Frances, hasta tu corazón cálido que prefiere espantar a una criatura mortal en lugar de matarla, y tus vulnerabilidades que escondes tras un muro para protegerte. Desearía poder envolverte en mis brazos y abrazarte para siempre. Desearía que mi toque y mi apoyo calmaran tu vulnerabilidad hasta llenarte de pura alegría. Hasta que derribes los muros y nunca los reconstruyas.

—Wulf...

Le rozó la línea de la mandíbula con un dedo. —Y esa, futura compañera, es la persona que yo veo.

Ella parpadeó rápidamente mientras su pecho estallaba con algo que no podía definir.

Wulf la veía. Y, por más descabellado que sonara, disfrutaba del envoltorio en el que ella venía.

A pesar de verla expuesta, él aún deseaba más.

—Eso es lo más dulce que alguien me ha dicho jamás —dijo ella.

—Por favor, recuerda, cuando estés nerviosa o triste, que para mí eres la hembra más encantadera que he tenido el privilegio de conocer.

"encant"... Ah, encantador. Lo que fuera. Funcionaba. —Me vas a hacer llorar.

—No es mi intención, aunque cualquier emoción que compartas es bienvenida.

—Creo que, ahora mismo, quiero sonreír.

—Entonces hazlo. Siempre, si eso te complace.

Sus dedos se detuvieron en sus brazos, y su mirada se desvió. —Me has mostrado quién eres en realidad, futura compañera, y yo te veo por quien verdaderamente eres, pero… —Su mano fue al nudo en la parte superior de su garlong.

Ella tragó saliva. —¿Qué pasa, Wulf? —No pudo evitar la risa—. O sea, aparte de tu palanca de mando.

Él aflojó el nudo y dejó que la prenda cayera al suelo. —Es hora de que tú me veas a mí.

# CAPÍTULO 14

# Wulf



—Oh, cariño —exhaló ella. Su mirada se enfocó en el… Bastón de la Alegría de Wulf. A él le gustó ese término y decidió usarlo de ahora en adelante.

—Es grande —dijo. No lo decía con arrogancia, solo constataba un hecho. Había tomado suficientes baños de zinter con sus compañeros durante sus años de juventud para saber que su Bastón de la Alegría era más grande que el de la mayoría. —Eres pequeña, y me disculpo por mi bastón.

Sexo… deseaba desesperadamente tener sexo con Taylor, pero le preocupaba hacerle daño. Ella era pequeña, y su bastón era grande. Podría lastimarla.

¿Cómo podría una hembra tan diminuta acomodar su tamaño?

—¿Bastón? Debe ser un término crakairiano. —Ella sacudió la cabeza, y sus cabellos se sacudieron con el movimiento. A él le gustó esa visión. ¿Si se lo pedía amablemente, lo haría seguido para él? —. ¿Por qué te disculpas? No es como si tuvieras control sobre el tamaño de tu polla.

—Como tú no tienes control sobre el tamaño de tus puchos.

—Eh, tienes razón. —Ella le regaló una sonrisa, y una emoción le pinchó el pecho. —No lo había pensado así.

—¿Me ves? —le preguntó—. ¿Me ves completo, con todas mis imperfecciones a la vista? Por ejemplo… —levantó una de sus naanans—. Estas son negras. Las azules y verdes son mejores.

—¿Puedo tocar? —preguntó ella, estirando la mano sin llegar a tocarlo.

—Puedes tocar lo que quieras.

Ella acarició la naanan que se estiraba hacia ella. Wulf reprimió un gemido.

—Te gusta —dijo ella.

—Se siente bien.

Los labios de Taylor se curvaron. —Entonces lo haré más seguido. —Inclinó la cabeza—. ¿Por qué te preocupas por el color de tus naanans?

—Porque… No sé por qué, pero he escuchado que las hembras prefieren las azules y verdes. —Alzó un dedo cuando ella quiso hablar—. Hay más. Debemos hablar de mis escamas, otra deficiencia que quiero que veas.

—Todavía no puedo creer que pienses que tus naanans no son hermosos.

—Son negros.

—Negros y hermosos. Como la noche más profunda.

¿Lo eran? Ah… Para Taylor lo eran. Quería compartir sus vulnerabilidades como ella lo

hacía. Al hacerlo, aprendía más sobre su futura compañera. A ella le gustaban sus naanans negros. Los naanans, sobrecogidos de alegría, se movieron hacia ella, rodeando sus hombros y la parte posterior de su cabeza. Taylor rió mientras le hacían cosquillas.

—¿Y tus escamas? —preguntó ella—. Me parecen geniales.

—Con eso no te refieres a la inteligencia. Escuché la palabra "genial" en una conversación con Jorg. Genial es algo bueno.

Ella asintió. —Lo es.

Wulf saboreó la palabra, y su pulso se aceleró porque ella la había usado con él —Volviendo a mis escamas. Son redondas, aunque muchos dicen que las que terminan en punta son las más deseables.

—¿Por qué importa la forma? Puedo entender que las puntiagudas sean útiles para defenderte, pero según lo que he leído, solo tus sekairs cumplen esa función, y se levantan y disparan dardos venenosos.

—Sí, tienes razón. Pero nos estamos centrando en mis otras escamas.

—Que deben protegerte de los elementos o… ¿Por qué tienes escamas?

—Funcionan como armadura. Aunque los crakairianos hemos evolucionado, y las batallas cuerpo a cuerpo son raras, nuestras escamas siguen con nosotros.

—Ah. —Cuando ella pasó un dedo por las escamas de su pecho, él se estremeció. El toque de Taylor lo deshacía. Podía perder el control si no tenía cuidado, y aún había más que discutir.

A su Bastón de la Alegría no le molestaba la atención de Taylor. Se alzó, y líquido preseminal cubrió la punta bulbosa.

*Concéntrate, Wulf.* Ella no estaba interesada en su líquido preseminal. Aunque… Sus ojos seguían desviándose hacia su Bastón de la Alegría. A menos que fuera por shock, quizás no era tan terrible tener un miembro tan grande.

—Ahora debemos hablar de mi trasero —dijo solemnemente. Ella lo notaría si él no lo mencionaba. ¿Cómo podría pasarlo por alto? Durante su juventud, otros se habían burlado tanto que él terminó ocultando esa parte de su cuerpo.

La vergüenza lo invadió, y aunque su piel no cambiaba a un hermoso tono rosado como el de Taylor, se estremeció. ¿Lo rechazaría por ese defecto?

Los labios de Taylor se contrajeron. —¿Qué tiene de malo tu trasero? A mí me parece lindo.

—¿Lindo? ¿No encantadero?

—Ambos.

Estaba confundido, pero podría resolver la diferencia entre dero y dor más tarde.

Ella se deslizó hacia un lado y se inclinó para intentar verle el trasero, pero él se giró para mantenerse de frente a ella.

—Wulf —dijo ella con las cejas arqueadas—. Muéstrame tu trasero. Podemos hablar de él y dejarlo… —una sonrisa floreció en su rostro— *detrás* de ti.

—Heille —dijo él, pasándose los dedos por las naanans.

—¿Heille?

Se inclinó hacia adelante. —De nuevo, me disculpo. Estoy maldiciendo como triple mierda, y muchos encuentran eso ofensivo.

—A mí me gusta. Heille.

Antes de que él pudiera reaccionar, ella se apresuró a rodearlo y se colocó detrás de él.

Wulf se quedó inmóvil, esperando su desprecio.

—¿Qué se supone que no me va a gustar de este trasero espectacular? —dijo ella—. Espero que sepas que soy una chica a la que le gusta tocar. Como con el resto de las personas en mi

vida, en algún momento te voy a incomodar con eso. —Sus dedos recorrieron la curva de su trasero—. Sabes que eres perfecto, ¿verdad? ¿Cómo tuviste tanta suerte de nacer con escamas lindas, naanans increíbles y un trasero más caliente que heille?

—¿Más caliente que…? —Sacudió la cabeza, y sus naanans se desplegaron con agitación—. Seguramente ves mi mayor defecto, ¿no?

—No te refieres a esto, ¿verdad? —Su dedo recorrió la longitud de su cola, y Wulf cerró los ojos y gimió—. ¿Por qué la mantienes escondida? Y lo sé porque no la vi antes. Supongo que la tenías metida dentro de tus pantalones. Si yo tuviera una cola como esta, cortaría un agujero en los pantalones y la dejaría libre.

—Los crakairianos evolucionamos a partir de nuestros lejanos ancestros driegon. —Ella debía entender lo humillante que era poseer una cola cuando tan pocos de sus compañeros la tenían.

—¿Qué quieres decir con tus ancestros lejanos?

—En la Tierra, hay relatos sobre criaturas reptilianas grandes con alas, ¿verdad?

—¿Caimanes voladores? —Ella siguió acariciando su cola, lo cual era sumamente perturbador. Si seguía así… Bueno, jamás la forzaría, pero se sentiría tentado a mostrarle lo que era una verdadera provocación.

—No sé nada sobre esos… cai-ma-veis, pero en sus leyendas, esas criaturas escupen fuego.

—Oh… —Su voz se llenó de asombro—. Espera. ¿Tus ancestros eran malditos dragones?

—Algo así.

Sus manos volvieron a deslizarse por su cola, y el miembro de Wulf se irguió aún más, endureciéndose por completo.

—Taylor…

—¿Estoy haciendo algo mal? Tal vez no debería tocar tu cola, pero es alucinante. Casi llega a tus rodillas y es gruesa, pero se estrecha hasta una punta bifurcada. Realmente, no la escondería de nadie. Es asombrosa.

Como sus naanans, la cola de Wulf funcionaba como una extremidad independiente. Podía controlarla… en su mayor parte. A veces, al igual que sus naanans, la cola parecía tener voluntad propia. Aunque no podía verla, sentía cómo la cola se deslizaba por los puchos de Taylor y acariciaba un blanco enrojecido. La punta bifurcada se enroscó alrededor del pequeño botón y tiró suavemente.

Taylor soltó un jadeo, pero Wulf ya era más astuto que al principio de su exploración. Por el sonido—y por el aroma de su excitación en el aire—, supo que ella disfrutaba del toque de su cola.

Sus rodillas temblaban, algo que un macho crakairiano nunca admitiría. Pero su temblor provenía de la emoción que su futura compañera había despertado desde lo más profundo de su ser.

La marca de compañerismo no había aparecido en su palma, pero eso no significaba nada. Taylor estaba destinada a él, y él estaba destinado a Taylor. Debía convencerla de ello. ¿Pero cómo?

¡El cortejo! No estaba haciendo las cosas correctamente.

—Imagino que estás decepcionado conmigo —dijo con voz ronca.

Ella rodeó el lugar para pararse frente a él. —No lo estoy. —Cuando él empezó a hablar, ella colocó la punta de su dedo sobre sus labios—. Creo que tu cola es sexy. Es maravillosa. Es parte de ti. Pero no me has dejado decirte lo que veo. —Con las manos en las caderas, sus pechos volvieron a bambolearse, y él apenas podía apartar los ojos. Ella tenía razón: los ojos de los toros

atraían la atención. Quizás ese fuera su propósito—. Cuando estoy contigo, te veo por completo. —De puntillas, apartó sus largos naanans hacia atrás, acomodándolos sobre su hombro—. No veo solo naanans como la noche más profunda, oscura y rica. —Se bajó de nuevo sobre los talones, dejando que sus manos se deslizaran por sus hombros—. Tampoco veo escamas redondeadas en vez de puntiagudas. Veo cómo podrían proteger a un poderoso driegon de los elementos. Supongo que, si vas a escupir fuego, el otro necesita algo de protección. —Hizo una pausa—. Dime, por favor, que puedes escupir fuego.

—No puedo, por desgracia.

—No se puede tener todo, ¿no?

Él se encogió de hombros, ansioso por escuchar lo que diría después.

—En cuanto a tu cola, es super sexy.

—Mejor que lindo. —Su cola se curvó alrededor de su cadera y rozó el muslo de ella.

—Esto... —Un gemido escapó de sus labios—. Esta cola...

—Mi cola...

—¿Puede...? —Ella se dio un golpecito en el brazo—. No. Sucia Taylor. Ni lo pienses.

—¿A *dónde* vamos? —Además de al agua, para su baño sin zinter. ¿Qué pensaba... o esperaba ella... que su cola hiciera?

Cuando ella lo miró, su rostro volvió a camuflarse. —Debo dejar esto antes de que me avergüence.

—Puedes decirme lo que quieras.

—Y tal vez lo haga. Algún día. Pero no ahora, porque esto no se trata de mí, sino de ti. —Le dio un firme asentimiento—. Volviendo a lo de *verte* a ti. —Le dio un toque en el pecho—. Todo lo que has mencionado son atributos físicos. No es la persona que yo veo.

—Dímelo —susurró él. Haber pasado de un hogar a otro después de la muerte de su familia le había enseñado a aferrarse a lo único que le pertenecía: él mismo, la persona que era en lo más profundo.

—Veo a un Crakairiano tímido y amable que desea complacerme.

—Eres mi futura compañera.

—Eso lo decidió una computadora, no nosotros. Pero esto... —Colocó su mano sobre su pecho—. Esto eres tú, la persona de la que ya me estoy enamorando. ¿Es demasiado pronto? No me importa. Heille, no sería la primera en dejarme llevar por emociones y hormonas. Pero lo importante es que te veo, Wulf. Eres heroico, dispuesto a sacrificarte por protegerme. Y eres abnegado, porque sé que cada segundo que estuviste lejos lo dedicaste a preparar este oasis solo para impresionarme. —Sus ojos brillaron.

—Hice esto por ti.

—¿Y cuándo fue la última vez que comiste?

—No lo recuerdo. Hace un rato. —Su estómago le recordó ese hecho en cuanto ella lo mencionó. Pero tenía una comida planeada. Esta noche la cortejaría. Le demostraría que era digno de ella.

—¿Ves? Eres generoso con tu tiempo y tus emociones, haciendo cosas por mí cuando tú también tienes necesidades. Pero no las atiendes, ¿verdad?

Él suspiró, pero entendió su punto. No es que eso lo fuera a detener. Lo haría de nuevo. La alegría en su rostro cuando le entregó el licarn lo acompañaría durante mucho tiempo. Por eso buscó los trusher bugs encerrados en la planta ovalada y transparente: para regalarle esa simple cosa y así verla sonreír. —Pero...

—Nada de peros. Te sacrificas por mí, y lo veo. Te veo, Wulf, y me gusta lo que veo.

Mucho.

—Me... humillas.

—Estoy diciendo la verdad.

Conmovido, le acarició el rostro. —Te creo.

Ella le devolvió una sonrisa temblorosa. —Somos una pareja peculiar, ¿no crees?

Él mostró los colmillos. Esta hembra. Su hembra. Su futura compañera. Impresionarla era su objetivo esta noche, y lo lograría, sin duda. La forma tradicional era a través del cortejo, pero había comenzado a creer que no era la única manera de ganarse a Taylor. Tampoco ser un galán encantador o podía darle una vida como la de su ídolo, Francis. Pero conquistarla era indispensable.

—Creo... —Levantó la barbilla—. No, *sé* que quiero esto. —Su cuerpo exuberante se balanceó cuando se giró y se encaminó hacia la piscina.

Heille, su trasero...

Ella miró por encima del hombro. —Cuando lleguemos a Crakair, me quedaré. Para siempre, si tú me quieres.

# CAPÍTULO 15

# Taylor



—¿Me deseas? —preguntó Wulf con voz ronca.

Ella soltó una risita. Así era. Una bibliotecaria casi del todo formal se reía como una adolescente en su primera cita con el chico más lindo de la clase. Y eso no estaba muy lejos de su situación actual, ya que era la primera cita con el chico más guapo que conocía. No importaba que fuera el único macho en Yarris; lo quería.

Y heille, estaba claro que él también la quería.

Qué liberador. Qué maravilloso.

Después de quitarse los zapatos y deshacerse de su ropa interior, se zambulló en el agua. Wulf había dicho que era seguro, y confiaba en él.

Con un gruñido, él la siguió.

El agua tibia envolvió sus pantorrillas y luego sus muslos mientras ella se adentraba más. La piscina no era grande, tal vez unos cinco metros de diámetro. ¿Cómo la había encontrado en medio de una jungla llena de locura?

Con un impulso, se deslizó hacia el centro. El agua no era profunda, apenas le llegaba a la parte superior de los senos. Siendo pequeña, nadar no era una opción, pero la sensación era fantástica. Wulf se unió a ella mientras echaba la cabeza hacia atrás para mojarse el cabello. Al diablo con todo. Se sumergió por completo y, al emerger, se frotó los ojos. Una sonrisa se quedó congelada en su rostro.

—Esto es fantástico. Muchas gracias. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que me bañé? Apestaba, ¿verdad? —Levantó la mano—. No respondas eso. No tendrás por casualidad un...

Él levantó una piedra. —No hay zinters para limpiar tu piel, pero esto funcionará igual. También lo usaré para emulsionarte los pies después.

—¿Qué es?

—Lathreen.

La idea de que él le frotara cualquier cosa por el cuerpo... El agua podría estar fría, pero ella empezaba a calentarse rápidamente. Desconfiada de las criaturas de Yarris, entrecerró los ojos mirando la roca ovalada que él sostenía. —¿Exactamente qué es?

—La raíz de una planta que crece en zonas pantanosas.

—Y tú, de alguna manera, encontraste una al pasear casualmente por un pantano.

—Desafié a un crant del pantano y salí victorioso. —Mostró los colmillos—. Y ahora te daré un baño sin zinters con el lathreen.

—¿Qué es un crant del pantano?

Él extendió los brazos. —Una bestia con diez patas, dientes largos y púas en la espalda.

—Parece alguien a quien invitaría a una fiesta. Bueno, no en realidad, pero ¿cómo lo enfrentaste? ¿Luchaste con él en el pantano?

—Estoy bromeando.

—Oh. —Ella se pasó la mano por la frente con aire dramático—. Me alegra que no tuvieras que enfrentarte a un crant para encontrar el lathreen. ¿Qué piensas hacer con eso, Wulf? —. Dilo, por favor. Él no había mencionado su objetivo.

—En la tradición del cortejo, normalmente nos bañaríamos juntos con los zinters —dijo.

—Qué pena que no tengamos zinters. —No extrañaba estar rodeada por peces. Cuando leyó sobre esa parte del cortejo, se había preparado. Claro, estaba dispuesta a probar casi cualquier cosa, pero era escéptica. ¿Cómo podía alguien disfrutar bañándose con una nube de pececitos mordisqueándote el cuerpo?

¿Wulf mordisqueando? Genial. ¿Peces salvajes? No, gracias.

Él chasqueó los colmillos. —Debes saber que busqué zinters.

—Estoy segura de que lo hiciste.

—Encontré una especie similar a la que conozco, pero la variedad de Yarris era... problemática.

Ella ladeó la cabeza. —¿En qué sentido?

—En lugar de deslizarse suavemente sobre mis escamas, intentaron arrancármelas.

—Eso no servirá. Terminaríamos sangrando por todas partes y atrayendo depredadores más grandes. Y hay muchos. —Miró a su alrededor, observando los licarns colgando de los árboles en el borde de la piscina y la hilera de grandes rocas que rodeaban el pequeño claro—. ¿Las rocas ya estaban aquí?

—Sí. Una manada de yirdires vivía aquí, pero les pedí que se fueran por la noche.

—¿Qué son los yirdires y cómo hablaste con ellos?

—Salté sobre la roca, y ellos gritaron que debía ser un dios porque era asombroso. Habían vivido aquí muchos yaros, y cuando moví una de las rocas hacia un lado, ellos...

—¿Cómo moviste una roca del tamaño de una casa? —Esto sonaba como una gran exageración.

—Con mis brazos. —Levantó los brazos, mostrando sus músculos.

Ella estalló en carcajadas. —Estás inventando todo esto.

Él se inclinó cerca de ella. —¿No crees que soy un dios?

—Eres divino, eso seguro. Pero no encontraste a nadie aquí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque... ¿Por qué vivirían *aquí*? —Miró a su alrededor, sin encontrar evidencia de que alguien hubiera estado en ese pequeño oasis en años, o, mejor dicho, yaros—. El pasto no está pisoteado.

—Vuelan.

—Pero dijiste que nunca salían de esta pequeña zona.

—Se quedaban por el agua. —Él dejó caer las manos sobre sus hombros y la giró para que le diera la espalda—. Pero ya es hora de empezar el cortejo.

—¿Aquí es donde llegamos a la parte buena? —Su voz salió entrecortada. El calor de sus manos se hundió en su piel, contrastando con la frialdad del agua. Con un simple toque, ya estaba ardiendo por dentro.

—Hablé de bañarte. —Él frotó el lathreen entre sus manos y deslizó la solución resbaladiza por sus hombros y parte alta de la espalda. Donde la tocaba, sentía un hormigueo, y no era precisamente por el lathreen—. ¿Qué consideras la parte buena?

—El final.

—¿Que es…? —Sus dedos bajaron por su espalda y se deslizaron sobre su trasero. Si abría las piernas y se inclinaba hacia adelante, ¿"lavaría" también entre medio?

—Pensaba en... —Mierda, mierda. ¡Solo dilo! Lo deseaba. Su erección firme sugería que él también lo quería. Eran dos adultos conscientes. Ya le había dicho que se quedaría en Crakiair. No había necesidad de ser tímida—. En el sexo.

Sus manos se detuvieron en sus nalgas.

—Quieres sexo ahora.

—Sí. —Ya está. Sin rodeos. Lanzó la pelota a su cancha a ver qué hacía con ella.

—Taylor. —Él pronunció su nombre en un gruñido gutural. El lathreen cayó sobre la superficie del agua y flotó. Se acercó, cubriendo su espalda con su cuerpo mientras sus manos y sus naanans acariciaban su cuello y la parte superior de sus pechos. Su erección se sentía como un poste rígido contra su trasero—. Haré lo que me pidas.

—Pero ¿qué es lo que tú quieres? Esto debería ser mutuo. No algo que hagas solo porque sabes que yo lo deseo.

—Aún no puedo creer que lo pidas.

—Si no lo quieres tanto como yo, podemos esperar. Puedo esperar. —Tal vez. Era el momento en que más excitada había estado en su vida. Si él solo se moviera un poco, su erección podría deslizarse entre sus piernas.

Su cola se enroscó hacia adelante, rodeando su muslo.

Incapaz de resistirse, abrió las piernas. ¿Qué haría ahora? Ella ya había dejado claras sus intenciones, pero si él no estaba seguro, esperaría. Las reglas del cortejo crakairiano eran claras, y no lo forzaría a romperlas, por mucho que lo deseara.

La punta de la cola de Wulf se elevó para acariciar sus pechos. Al inclinar la cabeza contra su pecho, un gemido escapó de sus labios. Cerró los ojos y se concentró en la sensación de la cola escamosa y rígida rozando cuidadosamente su pezón. El extremo bifurcado se envolvió alrededor del botón y tiró de él suavemente. Su clítoris latía, pero no suplicaría.

—Deseo esto —dijo él—. Te deseo. Dijiste que querías quedarte en Crakiair, y eso llena mi corazón hasta desbordarse. Taylor.

—Wulf.

—Las convenciones y las reglas no significan nada comparado con lo que siento por ti.

—Solo si estás seguro —le dijo—. No tienes que hacerlo solo para hacerme feliz.

—Oh, sí, debo hacerlo. —Se rió, y el sonido grave acarició su piel como su cola bajando por su vientre—. Complacerte me complace. Tenía...

—¿Qué?

Sus manos le rodearon los pechos, y sus pulgares rozaron sus pezones.

—He querido hacer esto desde que te conocí. —Su cola le acarició el muslo y luego se deslizó entre sus piernas, rozando su abertura.

—Sí —susurró.

—Esto es lo que preguntabas antes, ¿verdad? —La punta de la cola acarició su clítoris, y ella abrió las piernas para darle pleno acceso—. ¿Debería detenerme?

—¡No!

Una risa vibró en su pecho, y se inclinó para besarle el hombro. Su boca subió hasta la nuca, y cuando sus naanans apartaron su cabello, él la mordió suavemente con los colmillos.

—¿Esto? ¿Debo parar esto?

—No. No. Mierda. Mierda. Mierda. No pares.

—No voy a parar ni en triple mierda, mi futura compañera.

Su erección presionaba contra su espalda, y ella necesitaba sentirlo dentro de ella.

—Wulf —suspiró.

El extremo de la cola siguió acariciando y tirando de su clítoris. Ella se inclinó hacia adelante, levantando el trasero hacia él. Su gemido resonó a su alrededor, y mordió su labio para contener el grito. Lo necesitaba. Necesitaba a Wulf.

—No quiero hacerte daño —dijo él—. Soy grande.

—Hazlo. No puedo soportarlo más. —Un fuego ardía en su interior. No, un incendio incontrolable la consumía. Se movía y se tensaba para darle pleno acceso con su cola, que seguía acariciando su clítoris y llevándola al borde—. Voy a explotar.

—Hazlo —dijo él—. Entrégate a mí, futura compañera.

—Quiero que te entregues también. —Nunca había estado segura de llegar al orgasmo con otros hombres. Con Wulf sería distinto. Lo sabía. Esa confianza despertaba su lado más audaz, el que normalmente mantenía oculto—. Te necesito dentro de mí. Ahora.

—¿Estás segura?

—¿Esperabas ser mi compañero y nunca tener sexo conmigo?

Sus dedos se quedaron quietos sobre sus pezones.

—No.

—Entonces, ¿qué te detiene ahora? Si son las reglas, el lugar, o, no sé, ¿mi trasero? Dilo. —Se rió, realmente se rió, porque sabía que no era por su trasero. Le gustaba su trasero—. Puedo manejarlo. Si no lo intentamos, no sabremos si encaja.

—Tienes razón. —Él gruñó, deteniendo sus manos en sus pechos—. Nada me detiene, salvo un miedo que necesito dejar atrás. Quiero estar contigo, Taylor.

Sus manos dejaron sus pechos, pero sus naanans tomaron el relevo, tirando de sus pezones. Dos naanans se enfocaron en cada botón, vibrando en las puntas. Ondas de placer se centraron en su entrepierna, y su clítoris palpitó.

Él la sujetó por las caderas con las manos, manteniéndola firme mientras la gruesa cabeza de su erección empujaba contra sus pliegues.

Su cola... Dios santo, su cola... alternaba entre deslizarse por su clítoris y apretar la punta bifurcada.

—Es... oh. Guau. —Movió las caderas porque... heille...— Algo está vibrando ahí abajo. Por favor, dime que eres tú y no alguna criatura compartiendo la piscina con nosotros.

—Soy yo, todo yo.

Esto podría volverse adictivo. Pero necesitaba esa vibración enterrada profundamente dentro de ella.

Sosteniéndola con firmeza, él flexionó las caderas hacia adelante, empujando con fuerza. La cabeza de su erección estiró sus pliegues antes de retroceder.

—No. —Se movió con él, manteniendo la punta dentro de ella.

—Eres codiciosa —dijo él con una risa. Mordió el punto donde su cuello se unía al hombro, sujetándola mientras se mecía contra ella, provocándola. Nunca dándole todo, pero entrando lo suficiente como para volverla loca.

El extremo de su cola presionó su clítoris y lo frotó en círculos.

—Más, Wulf —gimió ella.

—¿Así? —Empujó un poco más adentro, y ella soltó un gemido.

—Sí.

La vibración de su miembro se hundía en sus huesos.

—Esto... Esto... Deberías patentar esa cosa.

—¿Mi bastón de la alegría?

—¡Dámelo!

—Sí, compañera codiciosa. —Sosteniéndola por las caderas, él empujó con fuerza, introduciendo al menos la mitad de su miembro en su interior. El estiramiento... era casi demasiado.

—Por favor —jadeó ella. Sus brazos se extendieron, buscando algo a lo que aferrarse, pero solo encontraron agua.

Él la levantó, aun parcialmente dentro de ella, y avanzó hasta alcanzar una roca más pequeña. Esto los sacó del nivel del agua, permitiéndole apoyarse sobre la superficie lisa.

—Sí —susurró ella mientras él se hundía más profundo. Aún no estaba completamente dentro, y lo necesitaba todo—. Más, Wulf. ¡Más!

Él retrocedió y avanzó lentamente. No estaba segura de poder soportarlo. Ardía, pero también era mejor que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Su cola se enroscó alrededor de su pierna y la acarició, haciendo que su humedad aumentara. Tocaba cada parte excitada de ella, llevándola al límite. No podía soportar mucho más, pero tampoco podía detenerse. Necesitaba sentirlo todo.

Retrocediendo, él se hundió por completo dentro de ella. Ambos gemían.

—¿Demasiado? —preguntó. Se inclinó sobre ella, su respiración acelerada y caliente en su oído.

—No. Más.

—Te lo doy sin reservas. —Sosteniéndola firme por las caderas, salió y volvió a entrar, cada vez más rápido, hasta que sus caderas chocaron con su trasero.

Ella gimió, aferrándose mientras el exquisito placer crecía dentro de ella como un incendio. Alcanzó el punto máximo.

Cuando él mordió su cuello, ella estalló. Su grito gutural resonó, seguido del de Wulf.

Él se desplomó sobre ella, pero rápidamente apoyó los brazos para no aplastarla con su peso.

Su cuerpo temblaba mientras las ondas de placer recorrían cada rincón de su ser.

Él se hundió hacia atrás, llevándola consigo al agua, aún unidos.

Mientras flotaban, ella se acurrucó en sus brazos. Sus naanans acariciaban su cabello y hombros, y el latido furioso de su corazón resonaba en su oído, regresando poco a poco a su ritmo normal.

Al girarse para mirarlo, rodeó su cintura con las piernas. Apoyó la cabeza en su hombro mientras descansaban juntos en el agua.

—Nos quedaremos aquí para siempre, ¿de acuerdo? —dijo ella.

—Quiero daelas contigo. Pero aún no has visto lo mejor de la noche.

Levantó la cabeza y sonrió. —Creo que sí.

—Mi comida te va a sorprender. Quedarás asombrada. Estará a la altura de mi bastón de alegría.

—Esto tengo que verlo —dijo, echando un vistazo a la pequeña arboleda—. ¿Vamos a cocinar a fuego abierto esta noche?

—No habrá fuego. Atraería criaturas.

—Por supuesto que sí. De dónde vengo, las criaturas le tienen miedo al fuego. Aquí, probablemente se lo coman.

—O se bañen en él.

Ella se estremeció. —Mejor evitamos eso, entonces.

Su estómago gruñó, recordándole que había estado dispuesta a esperar mientras se divertía con Wulf, pero ya era momento de alimentar su horno.

—Déjame terminar de bañarte y luego comemos —dijo él, tomando la lathreen que flotaba en la superficie del estanque y frotándola entre las manos.

Deslizó los dedos por su espalda. Ella se inclinó hacia atrás para darle acceso al frente, y como esperaba, pronto estaba gimiendo, mientras él lucía una erección rígida. Su respiración se aceleró, y su pulso retumbó en sus oídos.

Él la cargó hasta la roca, y ella se preparó para darse la vuelta con entusiasmo, pero él la tumbó de espaldas y le abrió las piernas de par en par.

Mostrando los colmillos, se inclinó entre sus muslos. —Déjame probarte, futura compañera.

# CAPÍTULO 16

# Wulf



Wulf estaba ansioso por alimentar a su futura compañera, pero primero le daría más placer. También necesitaba probarla.

Mientras estudiaba los gloriosos pliegues rosados, dispuestos como un festín ante él, vio su pecho estremecerse.

—¿Qué pasa, no hablas? —Se inclinó hacia adelante y deslizó su lengua por su hendidura.

Sus caderas se sacudieron, y ella suspiró. —Sin hablar. No cuando estás a punto de follarme. Muchos hombres en la Tierra se quejan de que no entienden a las mujeres. Si leyeran algunas novelas románticas, sabrían cómo mantener satisfecha a una. No hay nada mejor que un tipo ansioso por ponerte la boca encima, especialmente si tiene una lengua bífida. —Levantó la cabeza y sonrió—. Dije que no iba a hablar, pero aquí estoy, hablando. Mejor me callo y disfruto todo lo que le hagas a mi cuerpo. —Se recostó sobre la roca y soltó una risita—. Siéntete libre de hacer lo que quieras.

Mientras su cola se enroscaba en su tobillo, él se acercó más. Sacó la lengua y lamió.

Ella se arqueó. —Apenas empiezas y… ¡joder, joder!

—Nada de joder, futura compañera. Solo esto. —Chupó el botoncito en la parte superior de sus pliegues y luego lo rodeó con la lengua. Incapaz de resistirse, deslizó un dedo dentro de ella. Las paredes suaves y sedosas la envolvieron, y deseó reemplazar su mano con su bastón de alegría. Había encontrado satisfacción con ella hacía solo unos minares, pero ahora la anhelaba más que antes.

Mientras ella se retorcía debajo de él, gimiendo, saboreó su esencia. Movió los dedos dentro de ella, estimulando un pequeño punto interno mientras chupaba el botón sobre su hendidura. Amaba cómo estaba hecha y lo receptiva que era a su toque. Podría chuparla y lamerla todo el día.

—¡Wulf!

—¿Sí, futura compañera? —preguntó, sin levantar la mirada. Solo un bocado más… Deslizó su lengua dentro de ella mientras un naanan jugueteaba con su carne hinchada.

—Oh, sí, sí. Así... Esto... Deberías patentar tu lengua también. Mis ojos se están yendo hacia atrás y... —Sus palabras se deshicieron en un gemido.

Mientras ella se apretaba bajo su toque, él mordisqueó, saboreando y acariciando hasta que ella jadeó y se retorció.

—Te necesito —dijo ella, sus palabras brotaron con urgencia. Él quería probar su boca también, pero eso tendría que esperar. No podía dejar de lamerla, disfrutando de sus suspiros de

placer mientras la llevaba al borde.

—Me tienes.

—Sabes a qué me refiero. Heille, no me tortures más. Lo necesito. Te necesito.

Él se alzó sobre ella, levantó sus piernas sobre sus hombros y se posicionó en su centro. Ella elevó las caderas al tiempo que él se hundía en su interior, enterrándose tan profundo como podía.

—Sí —dijo ella, sacudiendo la cabeza sobre la roca.

Él tomó todo lo que ella le ofrecía y se lo devolvió multiplicado por diez, llevándola al clímax, luego disminuyendo el ritmo, solo para llevarla de nuevo.

Una y otra vez, hasta que ella gritó su nombre.

—Estoy deliciosamente satisfecha —dijo, apoyándose contra su costado. Estaban sentados junto al estanque y, aunque él no había vuelto a ponerse su garlong artesanal, prefiriendo permanecer desnudo a petición de ella, le estaba dando de comer la comida que había preparado para ella.

Le ofreció más nueces de pinair en una hoja, pero ella empujó su mano.

—No puedo comer ni un bocado más.

—¿Arient? —preguntó, ofreciéndole una fruta que había recolectado.

—No puedo meterme nada más. Realmente, estoy llena a reventar. Si como algo más, voy a explotar.

Él se apartó y se puso de pie. —Entonces guardaré el resto para mañana.

Ella lo miró, y su mirada recorrió su cuerpo. Su bastón de alegría respondió. Nunca se cansaría de hacerle el amor, pero quería asegurarse de que su cortejo estuviera completo. Era una cuestión de principios.

—¿Qué sigue? —preguntó ella con entusiasmo—. Estoy disfrutando mucho este tiempo juntos, por cierto. Ha sido un descanso bienvenido del infierno que nos rodea. Y después de mi semana atrapada en la estación espacial, es agradable relajarse, disfrutar de una buena comida y... —Su mirada se detuvo en su erección—. Y de otras cosas.

—Quiero hablar de tu biblioteca y del libro que traje de la Tierra. Como sabes, no hay... bibloteeec en mi clan.

—Genial. ¡Voy a crear la primera! Tengo todo tipo de ideas. Empezaré con una biblioteca pequeña y creceré a partir de ahí.

—Muchos tienen libros en sus casas —dijo, inquieto. ¿Se atrevería a decírselo?—. Y también hay libros en la pequeña escuela donde asisten nuestros jóvenes.

—Eso está bien. Es un comienzo.

Él le acarició el cabello con sus naanans.—Me fascinan tus mechones.

Ella levantó las cejas.—¿Mechones?

—¿No es así como los terrícolas llaman a estos hilos de queratina? En mi aldea, después de ser elegido en la Selección, pedí un libro sobre la Tierra.

Tenía que decírselo. Algunos de su clan se habían reído, aunque otros expresaron admiración y pidieron prestado el libro.

—¿Qué libro elegiste?

—Un dicci-nari.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Qué libro es ese? No estoy segura de haber escuchado… Oh. ¿Te refieres a un

diccionario?

—Sí, ese es el nombre del libro. Diccci-nari. Lo leí, estudiando todas las palabras que se refieren a costumbres y tradiciones de la Tierra. “Mechón”: un conjunto de hilos, pasto, cabello, etc., que crecen o se agrupan en la base. Es otro nombre para el cabello, ¿no es así?

—Podría ser... —Ella inclinó la cabeza—. ¿Realmente estudiaste un diccionario?

—Lo hice.

—Guau. Eso es dedicación. Pensar que lo hiciste para impresionarme.

—¿Es gracioso? ¿Algo para burlarse? —Se preparó para la respuesta, aunque no debería haber dudado de ella, ni de ellos.

—Es increíble. Estoy muy impresionada.

Sus hombros se relajaron.

—Yo traje algunos libros conmigo. Están... —Su sonrisa se desvaneció—. Estaban en la nave estelar que viajaba desde la Tierra. ¿Crees que los volveré a ver?

—Escaparemos de Yarris y viajaremos a Crakair. Estoy seguro de que tus libros estarán allí, esperándote. ¿Los compartirás conmigo? Los libros son escasos en mi aldea. Mi dicci-nari fue popular. Otros machos han solicitado participar en la Selección y esperan ser elegidos. Ellos también están estudiando.

—Te ayudaré —le dijo con una sonrisa radiante—. Los ayudaré a todos.

Él deslizó las yemas de sus dedos por la mejilla de ella, y ella se estremeció.

—¡Dios santo! ¿Qué clase de feromonas emites? Cada vez que me tocas, lanzas las flechas de Cupido. Cuando estoy contigo, soy un desastre. Mis emociones se vuelven un caos, mi cerebro se congela, y mi lengua no sabe hacer otra cosa que divagar y...

—Me gusta que te conviertas en un lío de emociones. Que divagues sin saber qué decir, porque yo me siento igual.

Los dedos temblorosos de ella se detuvieron a los costados, aferrando la hierba con fuerza. —¿Realmente?

—Sí —dijo, inclinando la cabeza hacia adelante—. Las emociones son cosas curiosas, ¿no crees? Durante tanto tiempo he soñado con tener a alguien especial en mi vida.

—Yo también, pero tenía miedo.

—Duele entregar tu corazón y perder a quien amas, pero si no lo entregas, nunca sabrás lo que es vivir de verdad.

—Quiero vivir.

—Entonces no te preocupes por lo que signifique cada toque o palabra. Cierra los ojos y siente. —Volvió a acariciarle el cabello, alisándolo con ambas manos antes de deslizar las puntas por sus hombros hasta que ella se echó a reír—. Suave. Mis naanans son firmes. Todavía me asombra que tu cabello no se mueva por sí solo.

—A veces, el viento lo sacude y lo hace volar, pero entonces me hago una coleta. —Lo levantó para mostrarle y luego lo dejó caer, permitiendo que se arremolinara sobre sus hombros.

Una suave brisa recorrió el lugar, refrescando sus escamas.

—Nunca había pensado en hacer una “coleta” con mis naanans, pero debería intentarlo.

—Sería interesante —respondió ella con una sonrisa—. Podrías hacerte un moño de hombre enrollándolo en un círculo.

—Debes mostrarme. En cuanto a tu precisión con las flechas, eso tendrá que esperar. Tengo más cortejo que hacer. Voy a emulsionar tus pies. Es tradición.

—He leído sobre la emulsión. ¿Pudiste encontrar una criatura similar a la que usan en Crakair?

—No, pero encontré algo mejor. —Sacando una sustancia fibrosa de la bolsa que había hecho con amplias hojas de truntar, mostró lo que había descubierto mientras buscaba provisiones. Era parecido. ¿Lo suficientemente cercano como para satisfacer a su futura compañera?

Agachándose junto a sus pies, colocó la sustancia vegetal al lado de su rodilla.

—Debes saber que soy muy cosquillosa —dijo ella—. Haz lo tuyo, pero ya te aviso que voy a reír hasta las lágrimas.

Él arqueó una cresta.

—¿Eso es un desafío?

Ella le hizo un gesto con la mano y se recostó sobre la hierba.

—Hazlo, Wulf. Yo me relajo y me río.

Aquella era una ocasión solemne, pero no podía evitar mostrar los colmillos. Su futura compañera había traído luz a su vida.

Levantando su pie, cuidadosamente colocó la planta de ectar debajo y lo bajó con delicadeza. Mientras envolvía su pie con las fibras, ella habló.

—¿Cuál es el verdadero propósito de la emulsión?

—Suaviza la piel y realza las uñas.

—¿Realza las uñas? No puedo esperar a ver a qué te refieres. —Se mordisqueó el labio inferior, un gesto que él deseaba imitar—. ¿De qué tipo de realce estamos hablando?

—Te va a gustar.

Ella resopló.

—¿Eso es una promesa o una amenaza?

—Relájate —dijo él, acariciando su pierna y disfrutando la sensación áspera de su piel—. Disfrútalo.

—¿Qué se supone que debo sentir? Porque, por ahora, no hace cosquillas.

—No llorarás de risa. No hoy.

—No me quejo. Claro, las cosquillas son divertidas, pero son de esas cosas casi dolorosas que no te importan, pero tampoco buscas.

Él no podía imaginar algo como esas cos-quillas. Los crakairianos no eran cos-quillosos.

Cuando terminó con la emulsión, desenvolvió su pie con cuidado y repitió el proceso con el otro.

—¿Puedo mirar? —preguntó ella, comenzando a incorporarse.

—Todavía no. —Él la empujó suavemente hacia atrás y se inclinó para robarle un beso. Nunca se cansaría de su sabor y sus suspiros.

Volviendo a sus pies, desenvolvió el otro y lo examinó. Sí, esto funcionaría.

—Ya puedes ver.

Con las cejas levantadas, Taylor se incorporó. Al ver sus pies, abrió mucho los ojos.

—¿No te gusta? —preguntó él, preocupado, pero no del todo inquieto por primera vez desde que fue emparejado con una humana. Confiaba en su afecto, en ellos. Eso no se lo arrebatarían ahora.

—Me gusta. Es... guau. Nunca había tenido los dedos de los pies de un naranja fluorescente.

—En Crakair, esto se considera muy sexy.

—Yo estoy a favor de aumentar el atractivo sexual.

Dejando sus pies, él se acomodó sobre sus caderas e inclinó el cuerpo sobre ella. Sus naanans comenzaron a trabajar, acariciando su piel.

—Tienes más atractivo que un bleender.

—Voy a aceptar eso sin pedir detalles.

—Te va a gustar.

—Me gusta esto. —Ella arqueó las caderas hacia arriba, buscando...

—Es el momento, futura compañera, de asegurarme de que quedes completamente satisfecha.

Decidieron no vestirse, prefiriendo la diversión de estar desnudos.

—¿Dormimos? —preguntó Wulf mientras se observaban bajo la luz de la luna. La pequeña poza resplandecía como un oscuro tesoro, el lugar donde había descubierto la alegría de estar con Taylor.

Ella miró a su alrededor.

—Claro. ¿Qué tienes en mente?

—He creado un lugar seguro para nosotros —dijo Wulf, tomándola de la mano y tirando suavemente hacia un wilter.

—¿En un árbol?

—Cuando lleguemos a mi—nuestro—hogar, disfrutarás de la casa que he construido. —Desde que fui elegido para la Selección de Compañeros, usé los lunairs entre la notificación y tu llegada para perfeccionar mi hogar—. No puedo esperar para mostrártelo.

Antes era rústico, ya que vivía solo allí, pero amplié el centro del árbol, añadiendo un nivel más, dos habitaciones y una terraza abierta en la cima, donde podríamos sentarnos juntos a mirar las estrellas.

—Te va a gustar vivir en las copas de los árboles.

—He disfrutado acurrucarme contigo cada noche en un árbol.

—Mi casa es mejor.

Ella acarició su rostro.

—No estoy segura de que algo pueda ser mejor.

—Ya lo verás. —Él la guio hacia donde había colgado su clingling.

—He leído sobre las casas que construyen los Vikir en las copas de los árboles —dijo ella con asombro—. No puedo imaginar cómo son, pero estoy emocionada por verlas.

—Ningún Vikir ha dormido en una rama abierta en generaciones, a menos que estuviera cazando lejos del poblado —explicó Wulf, deteniéndose frente al wilter que había revisado y preparado antes—. Y, aun así, siempre llevan un clingling para colgar entre las ramas. He construido uno para nosotros, y cuando nos vayamos de aquí, lo llevaremos con nosotros.

—¿Qué es un clingling?

—Una cama en un árbol wilter. —La atrajo hacia él—. ¿Compartirás mi clingling conmigo, futura compañera? Es un honor entre los Vikir.

Ella exhaló suavemente y sonrió.

—Pensé que nunca me lo pedirías. —Retrocediendo un paso, asintió—. Llévame a tu clingon.

—Clingling.

—Como sea.

Ella bromeaba. Con un resoplido, él la envolvió con los brazos.

—Agárrate.

—Aquí vamos otra vez. Estoy lista, Tarzán.

—Tarzán es heroico.
—Lo es.
—Y musculoso.
—También. —Ella se rió—. ¿A dónde vas con esto?
—Sin embargo, Tarzán no tiene mi bastón de la alegría.
Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa.
—No estoy tan segura de eso. Quizá necesites demostrármelo.

# CAPÍTULO 17

# Taylor



Unas noches después, algo despertó a Taylor. ¿Un sonido en el suelo?

El roce arrastrado volvió a alcanzarla, y cuando Wulf se inclinó sobre ella y colocó con cuidado una mano sobre su boca, el terror se apoderó de su cuerpo.

Algo estaba ocurriendo.

Él se acercó a su oído. —¿Quédate aquí?

Ella asintió.

Wulf se echó hacia atrás y saltó desde la rama donde había creado un nido para ambos, a unos seis metros del suelo, en el árbol wilter.

Taylor se incorporó y, haciendo el menor ruido posible, se puso el vestido y los zapatos. Las lunas habían desaparecido, dejando el cielo oscuro y sombrío. Algo gritó en el bosque, más allá de la muralla de rocas, y ella se quedó inmóvil, mirando en esa dirección. Como el sonido no se repitió, se deslizó por su nido, recogiendo las pocas cosas que habían quedado esparcidas.

Disfrutaba acostarse en esa sencilla cama con Wulf cada noche, acurrucada contra su calidez. Habían hecho el amor la mayor parte de la noche y, aunque su cuerpo sentía punzadas en lugares que nunca antes lo habían hecho, si él estaba allí con ella, deseándola, lo haría de nuevo. Wulf la volvía insaciable.

Un crujido proveniente del suelo la detuvo. Apretó la bolsa que Wulf había hecho, donde había guardado el resto de su comida. El miedo hizo que sus manos temblaran. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaba Wulf bien?

Su corazón galopaba en su pecho, y no podía controlar la respiración.

Cuando una sombra se alzó junto a ella, contuvo un grito. Retrocedió, casi cayéndose del clingling, pero Wulf la agarró del hombro y evitó que cayera al suelo.

La atrajo hacia sus brazos. —Todo está bien —le murmuró en voz baja.

—¿Qué fue eso? ¿Por qué te fuiste tan rápido? —susurró. Le costó tragar el nudo en su garganta.

—Escuché… —Alzó la cabeza y olfateó el aire. Apretándole las manos, añadió—: Tenemos que irnos. Corre.

—¿Qué hay ahí afuera?

—Encontré huellas, pero no a quienes las hicieron.

—¿Dentro de nuestro oasis?

—Del otro lado de las rocas. Quien fuera que estuvo ahí se acercó y permaneció un tiempo antes de irse. Huyeron. Algunos a pie. Otros… no.

La boca se le secó y no pudo evitar que sus manos temblaran. —Los Al'kieern.

Él asintió.

—Entonces, correremos. ¿Hacia dónde?

—Hacia su campamento.

—Aún nos faltan varios días de viaje —se colgó la correa de la bolsa sobre el hombro—. ¿Podemos avanzar entre los árboles? Sé que es más difícil para ti, pero no sé cuánto tiempo podré correr —se irguió, aunque sus ojos picaban. No había nada de malo en tener miedo. Tendrían que viajar de noche, cuando las criaturas de Yarris cazaban.

—No puedo atravesar los árboles durante todo el trayecto —dijo él—, pero nos llevaré lo más lejos que pueda. —Su mirada recorrió su pequeño paraíso. Solo habían estado allí unos días, y lo echaría de menos. Por unos días, se sintió segura. Amada. Creó recuerdos que durarán toda la vida.

Se acercó al tronco, y él recogió el clingling, guardándolo en una bolsa en su espalda. Tras asegurarse de que su espada estuviera lista para ser desenvainada fácilmente, la atrajo hacia sí. —Agárrate fuerte.

Las lágrimas no dejaban de fluir, pero las dejó salir. Sabía que pronto tendrían que dirigirse al campamento, pero se había engañado pensando que estaban a salvo en Yarris. Desde el momento en que aterrizó, algo la había estado cazando. Había arrastrado a Wulf con ella.

Wulf saltó hacia adelante, agarrándose de la rama de un árbol cerca de aquel en el que habían dormido. No se detuvo. Balanceándose, los lanzó sobre una roca y hacia el siguiente árbol. Luego otro. Y otro, hasta que perdió la cuenta.

Su respiración se volvió entrecortada, y su ritmo se ralentizó.

—Te estoy retrasando. —Ojalá pudiera hacer algo más que colgarse de su cuello mientras él hacía todo el esfuerzo.

—Soy yo quien nos retrasa, y me disculpo por ello. —Se detuvo en una rama ancha, y ella se puso de pie, aferrándose a sus brazos cuando la rama crujió y se balanceó bajo ellos.

—No es tu culpa. Estás haciendo todo lo que puedes. —Miró alrededor, pero no podía ver más allá del alcance de sus brazos—. ¿Crees que nos seguirán?

—Debemos asumir que sí. Si puedo asegurar un lugar para ti, los cazaré —dijo él—. Llevaré la batalla a ellos antes de que ellos nos la traigan a nosotros.

—¿Existe un lugar seguro en Yarris? —Sería honesta, al menos consigo misma. No solo era inútil defendiéndose de todo lo que había aquí —excepto lanzando serpientes o apartando cuttliers—, sino que también estaba ralentizando a Wulf—. Ve sin mí —dijo—. Sería más fácil para ti llegar al campamento si no estuviera literalmente colgada de ti, ¿verdad? Llévame a la copa de un árbol y déjame ahí. —Asintió hacia la bolsa en su espalda—. Traje comida. Sé cómo encontrar agua. Sobreviviré hasta que tú…

—No.

Ella lo empujó contra el pecho, pero fue como intentar mover una montaña. Él cruzó los brazos y no dijo nada.

—Dime a dónde ir —dijo ella—. Iré detrás de ti y te alcanzaré cuando hayas robado una nave.

—No voy a dejarte atrás.

—Tienes que hacerlo. Soy una carga.

—Eres todo. Eres la razón por la que estoy aquí.

—Y eso es otro peso que cargo, saber que estarías seguro en Crakair si no hubieras tenido que venir tras de mí.

—Ahí es donde te equivocas. No tuve que venir tras de ti. —Alzó la mano para que no hablara—. El comandante Vork podría haber enviado a otros a la estación espacial, toda una flota. La estación te habría liberado. Los Al'kieern no querrían enfrentarse al ejército superior de Crakair. Si me hubiera quedado quieto, si me hubiera quedado en Crakair y dejado que alguien más hiciera esto, no estaría aquí. Quiero estar aquí. Estoy agradecido de estar aquí.

—Estás en peligro. Te puse en peligro, y lo odio.

—Me ofrecí a seguir tu nave hasta la superficie. ¿No lo ves? Quiero estar contigo.

Sus ojos ardían con lágrimas no derramadas. —¿Realmente?

—Realmente. —Le sostuvo los brazos—. ¿Te he convencido de que no eres una carga?

Ella soltó una risita. —Más o menos. Lo siento.

—Está… OK. Esa es la palabra correcta. "K de la O" no es correcto. No entiendo del todo esa expresión, pero tú la usas, así que yo también la usaré. Sabe esto, amor mío. Estamos en esto juntos. No te dejaré, y no eres una carga. Iremos a un ritmo que ambos podamos mantener. ¿K de la O?

—K de la O. —Se sintió tonta por haberlo mencionado.

Él bajó su rostro cerca del de ella. —No hagas esto.

—¿Hacer qué? —Su labio inferior temblaba. Al mencionar esto, había agregado peso a la carga de él.

—No seas dura contigo misma por esto. —Enderezándose, presionó su puño contra su pecho y luego lo movió al de ella—. No te digas que tus sentimientos no importan. Los valoro. Te valoro a ti.

—De acuerdo. —Alzó la barbilla—. Hagámoslo. ¿Qué sigue?

—Lo siguiente es llegar al suelo y seguir a pie.

—Estoy lista.

—Eres asombrosa. —Mostró sus colmillos—. Vuelve a agarrarte de mí, porque estoy a punto de convertirme en tu Tarzán.

Ella saltó y rodeó con sus brazos sus hombros y con las piernas su cintura.

Él se lanzó desde el árbol.

# CAPÍTULO 18

# Wulf



Odiaba que Taylor dudara de sí misma.

Pero él era lo suficientemente fuerte para ambos. La fuerza de sus brazos, las habilidades que había aprendido en su regimiento de guerreros y su confianza en ella los sostendrían por ahora. Con el tiempo, ella llegaría a verse como él la veía: como una mujer capaz, amable, divertida y digna.

Estaba orgulloso de su futura compañera. Enfrentaba una adversidad tras otra con la cabeza en alto. Era natural que se quebrara de vez en cuando. Había pasado un likar en cautiverio, luego un aterrizaje forzoso, y después huir por su vida en un planeta peligroso. ¿Cuándo había tenido, además de en su oasis, una noche de sueño completo o una comida decente? Sus festines preparados con garlong eran satisfactorios, pero no podían compararse con lo que él podría ofrecerle en Crakair.

Con un gruñido, aterrizó en el suelo. Había escaneado el área antes de dejarse caer, sin estar dispuesto a arriesgar a su compañera sin asegurarse de que no hubiera amenazas en la zona.

—¿Corremos desde aquí? —preguntó ella, mirando alrededor—. ¿Hacia dónde?

Él le tomó la mano e inclinó la cabeza hacia la derecha. Un pequeño sendero serpenteaba por el bosque, y lo seguiría mientras los llevara en la dirección correcta. Con suerte, avanzarían bastante. A media mañana, podrían descansar y luego seguir corriendo.

No esperaba que ella mantuviera el ritmo que él habría llevado si viajara solo. La llevaría en brazos por parte del trayecto. No era una debilidad de su parte. Usaba un calzado delicado. No era una guerrera, al menos no en el sentido vikírico tradicional. No en el exterior, al menos. Por dentro, rivalizaba con cualquier driegon de sus ancestros. Puede que no blandiera una espada ni lanzara fuego por la boca, pero su corazón contenía el mismo fuego que el de Wulf. Estaba orgulloso de tenerla a su lado.

Algo rugió a su derecha. Una spidaire. Los golpes indicaban que una manada cazaba cerca. Pronto captarían su olor y el de Taylor. Maldición. Había esperado que las criaturas estuvieran dormidas a esta hora.

Ante el grito, Taylor se adelantó, y él le siguió el ritmo, recogiéndola mientras la pasaba. Corrió por el estrecho sendero, saltando sobre troncos caídos y evadiendo las espinas de las lianas de puste. No había tiempo para sacar su espada y abrirse paso. El peligro acechaba por todos lados en la jungla de Yarris. ¿Podría mantener a salvo a su compañera?

Un zumbido detrás de ellos creció en volumen. Conocía ese sonido y le erizaba la piel.

Lo había oído hace daelas, pero lo había ignorado.

—Eso es… —Los ojos de Taylor se encontraron con los de Wulf—. Viene una nave. ¿Crees

que es tu amigo, el comandante Vork? —Una sonrisa floreció en su rostro, pero se desvaneció al ver la expresión sombría de él.

El estómago se le retorció y negó con la cabeza. —Tenemos que alejarnos.

—Crees que son los Al'kieern, ¿verdad? —Ella miró la densa vegetación que los rodeaba—. ¿Dónde podemos escondernos?

Un disparo láser impactó el suelo junto a su pie.

Rodeándola con los brazos para protegerla, se lanzó fuera del sendero. Cayó con fuerza y giró, absorbiendo el impacto de la caída. Taylor siseó, pero se mantuvo en silencio. Una vez más, lo sorprendió. Ella percibió su necesidad y actuó sin gritar ni quejarse. Era una hembra de la que él se sentía orgulloso de reclamar, orgulloso de tenerla a su lado.

Los motores zumbaban mientras la nave sobrevolaba, demasiado cerca para su comodidad. Conociendo a los Al'kieern, seguramente tendrían equipo de rastreo térmico que los detectaría en su ubicación.

¿Acaso los habían visto a él y a Taylor salir del bosque? Las huellas que encontró señalaban a un buen grupo de Al'kieern. Quince o veinte. Debían haber encontrado su nave, o la que Taylor usó para escapar de la estación espacial. Los buscaban, siguiendo sus rastros a través de la jungla.

Necesitaba sacar a su compañera de ese planeta antes de que fuera demasiado tarde. Si los capturaban, lo matarían a él y venderían a Taylor por un alto precio.

Bajándola al suelo de la selva, le tomó la mano y la guio por una zona más densa de la jungla, alejándolos del sitio donde la nave había quedado suspendida sobre las copas de los árboles. Se mantuvo bajo un espeso follaje, esperando que fuera suficiente para ocultar su señal de calor.

Un destello de luz frente a ellos fue seguido por una ráfaga de llamas.

—Mierda, nos tienen acorralados.

Con los hombros tensos, atrajo a Taylor hacia él y, protegiéndola, la instó a arrastrarse bajo un grupo de arbustos pricar. Las espinas desgarraron la parte trasera de su camisa, y rezó porque ninguna lo rozara. Si la savia en las puntas llegaba a su torrente sanguíneo, caería inconsciente en minutos, dejando a su compañera indefensa.

Otra explosión llovió desde la nave, atravesando el suelo con un surco irregular que quemó la tierra y prendió fuego a la vegetación. El rugido de las llamas se acercaba.

Bestias gritaban en la jungla, y un estruendo de pezuñas anunciaba una manada que corría hacia ellos. Si Wulf jugaba bien sus cartas… No tenía otra opción.

Desviándose en esa dirección, avanzó sobre su vientre con Taylor detrás. Si lograban unirse a la manada, podrían correr con ellos. Quizás. Desde allí no podía ver qué especie se acercaba. Pero con los disparos y la jungla en llamas, la mayoría de los depredadores estarían más interesados en huir que en cazar.

Llegó al borde de los arbustos pricar y se detuvo a esperar, llevándose un dedo a la boca cuando Taylor comenzó a hablar.

Un gran grupo de spidaires, kruchiones y tricadores avanzaba tronando hacia donde él y Taylor estaban agachados. Aullidos iban seguidos de gritos mientras los disparos de láser llovían sobre las criaturas.

Las bestias pasaron pisoteando, con los cuellos estirados y sus patas golpeando el suelo.

Wulf salió corriendo entre ellos, arrastrando a Taylor tras de sí.

Corrían entre las criaturas, esquivando patas que golpeaban y colas que azotaban. Un kruchion los observó, pero siguió su marcha, empujando a un tricador a un lado para hacer

espacio para sus tres crías que corrían con ella.

Esto podría funcionar. Si podían mantenerse con las bestias, los animales ocultarían su señal de calor. La pregunta era: ¿serían visibles desde arriba?

Alzando a Taylor, saltó, aterrizando sobre el lomo de un tricador. Si la criatura los notaba allí, no le importaba. Continuaba por el sendero, guiando a su cría frente a él.

—Estamos montando —gritó Taylor.

Le habló cerca del oído—. Francis, estamos cruzando el desierto a camello. O algo así.

—No soy Francis —gritó, levantando los brazos—. Soy Taylor.

—¿Acaso no deseas al granuja de Francis? ¿Al Tarzán de Jane?

Ella se recostó en sus brazos—. Solo te quiero a ti.

Un spidaire agitado se acercó a su lado, buscando un camino entre ellos con la mirada frenética. Al no apartarse la familia de tricadores lo suficientemente rápido, el spidaire escupió veneno. Salpicó el suelo alrededor del tricador en la retaguardia del grupo, y la tierra se empezó a quemar.

Los disparos de láser alcanzaron el bosque, desatando fuego desde el cielo.

El corazón de Wulf latía con fuerza contra sus costillas, y los músculos de sus muslos ardían por sujetarse a los lados del tricador. Solo podía imaginar cómo se sentía Taylor. Su diminuta compañera no estaba acostumbrada a nada de eso. Wulf, al menos, había montado wildarns. Ella había seguido valientemente, pero notaba que la cojera que antes percibió era más pronunciada. Había visto las ampollas en sus pies, y eso lo desgarraba.

Pelear sería un suicidio. Los Al’kieern los superaban en número y estaban bien armados.

¿Qué podía hacer Wulf?

Un spidaire embistió hacia el tricador en el que montaban, y Wulf levantó a Taylor y saltó de lado. Rodó por el suelo, cubriéndola, y se levantó de un salto. Dio un brinco y agarró una rama sobre ellos, y se columpió llevándolos hasta una gruesa rama.

Taylor se aferró a su cuello, con la mirada aterrorizada—. ¡Déjame ir! Tú puedes escapar. Yo me quedaré aquí.

—Ni pensarlo.

Saltó hacia adelante con Taylor en sus brazos y cayó sobre otro tricador. La bestia resopló y se encabritó. Wulf resbaló por su lomo, clavando los talones en el trasero de la criatura. Cuando llegó a la cola, se impulsó y los lanzó hacia el otro lado de la bestia. Cayeron al suelo entre las crías, pero los adultos no les prestaron atención, más preocupados por proteger a los pequeños de los spidaires.

El spidaire rugió y los persiguió. Las criaturas estaban demasiado asustadas como para notar que él y Taylor corrían entre ellas.

Wulf rodeó un kruchion, y este chilló. Girando, atacó, y su pico se lanzó hacia ellos. Wulf se lanzó a un lado, llevándose a Taylor, pero no pudo protegerla por completo. Ella gritó cuando cayeron, y el terror en su voz lo quemó como fuego láser.

No podía proteger a su compañera.

Incorporándose, corrió hasta el borde del sendero, agachándose bajo las amplias ramas de un árbol wilter. Bajó a Taylor al suelo y se puso frente a ella, con la espada desenfundada en la mano.

Mientras el spidaire se acercaba y el kruchion levantaba una garra preparada para aplastarlo, algo lo golpeó en la espalda. Tropezó hacia adelante mientras un dolor agudo lo atravesaba.

—¡Wulf! —gritó Taylor—. ¡Wulf!

Como un árbol partido por un wudar, Wulf cayó al suelo.

El mundo se precipitó sobre él. Luego, todo se volvió negro.

# CAPÍTULO 19

# Taylor



Un destello golpeó a Wulf en la espalda, y él cayó.

Taylor se lanzó hacia adelante y recogió su espada del suelo. Apenas podía levantarla, pero maldición, defendería a Wulf hasta la muerte.

Mientras las criaturas bramaban y corrían a su alrededor, ella se preparó sobre Wulf y lanzó un grito desafiante al implacable spidaire. La bestia avanzaba, con las garras chocando y salpicando saliva.

Con los brazos temblorosos, Taylor levantó la espada. Era una guerrera poderosa. Era una mujer de la Tierra protegiendo a su compañero crakairiano.

Era una maldita bibliotecaria.

Cuando el spidaire se acercó retumbando, sostuvo firme la espada. Si tenía suerte, lograría dar un golpe antes de que la criatura los aplastara.

El aliento caliente de la bestia le golpeó el rostro. A su alrededor, el suelo chisporroteaba y se quemaba por la baba del spidaire.

Taylor gritó y lo atacó, mientras lágrimas de rabia rodaban por su rostro. No iba a rendirse con Wulf. No iba a rendirse con ellos.

El spidaire se echó hacia atrás, con sus garras chasqueando. Con un gruñido, descendió, mostrando los colmillos y extendiendo sus garras hacia ella.

Un arco de luz pasó junto a ella y se estrelló en el pecho del spidaire. La bestia retrocedió tambaleándose, emitiendo un chillido agudo. Girando sobre sus patas traseras, intentó escapar, pero otro disparo le alcanzó la columna y cayó de bruces al suelo, sus patas se estremecieron mientras su rostro se hundía en la tierra.

Mientras las otras criaturas huían, dejando polvo en el aire y el sabor de la derrota en la lengua de Taylor, ella se dio la vuelta para ver quién se acercaba.

El significado del disparo era claro. Uno había alcanzado a Wulf.

Con pistolas láser en mano, al menos quince Al’kieern alados descendían hacia ella. Otros se aproximaban corriendo.

Alzó la espada—. ¡No se acerquen a nosotros!

El Al’kieern al frente del grupo se rió—. Hembra terrestre tonta. Arma abajo.

—Lo digo en serio. Soy mortal con esto.

Cuatro se separaron del grupo y se desplegaron a los lados, rodeándola. El resto se abalanzó a la vez, y el alienígena de piel azul y cuatro brazos en la delantera saltó hacia Taylor.

Cayó hacia atrás, retorciéndose para evitar caer sobre Wulf.

—¡Déjenme en paz! —Trató de golpear con la espada, pero el Al'kieern se la arrancó de las manos.

Mientras intentaba sacar el cuchillo de la funda en su pierna, él lanzó la espada a un lado. Agarrándola del brazo, la sujetó con fuerza, sonriendo—. Compradores esperan, reproductora.

Lo golpeó en la ingle con la rodilla y se echó hacia atrás, pero se detuvo de golpe. Abrió los ojos con horror mientras miraba alrededor.

Estaban rodeados.

—Treessse —balbuceó—. Trajiste amigos miniatura alfombra.

Cientos de pequeños treessses rodeaban la zona.

*Observo. Debo a Mila. ¿Pago para Taylor?* dijo Treessse en su mente.

Ella se inclinó. *Gracias. Estos Al'kieern quieren capturarme y venderme como reproductora. No vender. No capturar. Taylor debe estar libre*.

—Así es, amigo —dijo ella.

—Ataquen —gritó el líder Al'kieern, señalando a los amigos de Treessse.

Los disparos de láser rebotaron, incendiando la jungla.

Treessse y sus amigos volaron hacia los Al'kieern, aterrizando en sus rostros. Mientras los Al'kieern intentaban apartarlos y giraban en círculo, algunos subieron y chocaron contra los árboles, mientras más de los amigos de Treessse descendían. Se lanzaron sobre los Al'kieern, quienes tropezaban con arbustos espinosos y matorrales. Otros caían al suelo, vencidos por el ejército de alfombras miniatura.

En un tiempo increíblemente corto, el bosque quedó en silencio.

Taylor permaneció de pie entre los restos de Al'kieern caídos, Treessse y sus amigos, y la vegetación humeante.

Con un grito, se arrodilló junto a Wulf. Lo giró de espaldas y estudió su rostro, demasiado aterrorizada para verificar si tenía pulso. La anatomía crakairiana no estaba cubierta en el manual de protocolo. Ni siquiera una bibliotecaria increíble podía hacer algo para salvar a Wulf ahora.

El conocimiento de los libros no significaba nada cuando alguien a quien… alguien a quien *ella* amaba yacía inmóvil frente a ella. Si estaba muriendo, no había nada que pudiera hacer para salvarlo. Y eso la destrozaba.

¿Por qué esperó para decirle lo que él significaba para ella?

—Wulf —dijo, acariciando su rostro con cuidado—. Por favor. Despierta.

*Deuda está saldada, Taylor,* dijo Treessse en su mente. *Dilo a Mila*.

Se enjugó las lágrimas, pero no levantó la vista—. Gracias, Treessse —su voz se quebró. No podía apartar la vista de Wulf. ¿Qué debía hacer? El disparo en su espalda… Lo había visto. Incluso si seguía vivo, no podría ayudarlo a sobrevivir en la jungla. Su herida se infectaría. Los atacarían si permanecían en el suelo. No era capaz de llevarlo a un árbol.

*Macho crakairiano herido* —dijo Treessse, acercándose de puntillas hacia ella con sus pies de borde de alfombra—.

—Yo... no hay nada que pueda hacer por él.

*¿No hay vínculo de pareja? ¿Buscar otro?*

Ella gruñó.

—No me importa si no tenemos un vínculo de pareja a la manera crakairiana —levantó la cabeza y alzó la mano—. ¡Mira esta palma, mundo! No tiene ningún símbolo de vínculo de pareja, y me importa un comino —su voz se quebró—. ¡No me importa! No tenemos un símbolo de vínculo, pero lo amo. Lo elijo a él —alzando aún más la mano, gritó con todas sus fuerzas—. ¡Elijo a Wulf!

*Puedo sanarlo* —dijo Treessse.

Taylor se derrumbó.

—Ya pagaste tu deuda —susurró, acariciando los naanans de Wulf—. Muévete. Por favor. Wulf. No mueras. —No me debes nada más.

*Los amigos ayudan a los amigos, ¿no?*

La esperanza floreció en su corazón. ¿Sería posible?

—Sí, Treessse, lo hacen —se acostó junto a Wulf y apoyó su frente en su hombro—. Lo hacen.

*Entonces lo sanaré.*

—Gracias.

Treessse hizo una reverencia y, mientras Taylor se ponía de rodillas, varias mini alfombras se agruparon alrededor de Wulf. Lo giraron de lado y una saltó hacia adelante, cubriendo la herida abierta en su espalda. Las criaturas a su alrededor se balanceaban y tarareaban, llenando el mundo con un canto extraño y discordante.

*La magia está por todas partes si la buscas* —dijo Treessse.

Magia. Tenía razón.

El zumbido cesó y el silencio resonó a su alrededor.

La criatura que se había adherido a la espalda de Wulf se deslizó hasta el suelo y retrocedió tambaleándose.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Taylor al mirar el lugar donde había estado la herida.

—Es... se ha ido. ¿Cómo es posible?

*Donde hay amor, hay vida.*

—Gracias, Treessse. Te debo una y pagaré la deuda de cualquier manera que pueda. ¿Por casualidad necesitas libros?

*¿Librosss?*

—Con los libros puedes ir a cualquier parte. Puedes ver la galaxia, aprender sobre otras culturas y ser quien quieras ser. Incluso tú mismo.

*Me gustarían los librosss.*

—Entonces te conseguiré algunos —no tenía idea de cómo lo haría, pero encontraría la manera.

*Taylor y el macho crakairiano deben irse. Destruiremos el complejo de los invasores azules y recuperaremos nuestro hogar. Yarris es para nosotros, no para los de otros planetas.*

—Estoy completamente de acuerdo, y tienes razón, necesitamos irnos.

Wulf se giró de espaldas y abrió los ojos.

—¿Taylor? —gimió—. ¿Estás a salvo? —intentó incorporarse, pero cayó de nuevo sobre la hierba rosada—. Necesito descansar.

—Sí, amor —acercó la espada, manteniéndola cerca por si la necesitaba—. Te cuidaré en lugar de que sea al revés —inclinándose sobre él, lo besó, saboreándolo y sintiendo el fuego que él encendía dentro de ella cada vez que se tocaban.

Sus brazos se alzaron para sostenerla cerca, y él gimió.

Cuando ella se separó para tomar aire, solo Treessse permanecía cerca. Sus amigos se habían fundido con el bosque, como si nunca hubieran estado allí.

—Oye, Treessse —dijo mientras Wulf se incorporaba y la hacía sentarse en su regazo.

Ella rodeó su cintura con las piernas y le acarició los hombros, rozando sus escamas mientras sus naanans le recorrían la espalda.

*¿Sssssí?*

—No sé si sabrás cómo podemos salir de este planeta —sus labios se curvaron mientras miraba a Wulf. Demonios, era tan atractivo. Estaba eternamente agradecida de seguir teniéndolo en su vida.

*¿Tienen nave? ¿Favor debido? Pagar tomando nave con ustedes.*

Ella extendió la mano para darle un "choca esos cinco" a una mini alfombra. Treessse dudó, pero luego saltó y le dio un golpe a su mano con la suya.

—Te digo qué, amigo —dijo con una risa—. Llévanos a la nave y tienes un trato.

# CAPÍTULO 20

# Wulf



Después de poner la nave en piloto automático, Wulf dejó la silla del capitán y caminó hacia la silla asegurada junto a ella.

Taylor estaba sentada con las piernas recogidas y los brazos alrededor de ellas. Le sonrió.

—¿Cuánto falta para llegar a casa?

Casa. Su hogar. Su corazón cantaba con una sensación que no podía describir, una mezcla de esperanza, amor y pertenencia.

—Cinco daelas para llegar a Crakair y luego un daela de viaje hacia el interior.

—No puedo esperar. Quiero conocer a todos en tu aldea y establecernos juntos en nuestro hogar.

—Taylor —su nombre salió como un gemido. Su pecho se expandió, amenazando con estallar. No podía dejar de mostrar sus colmillos. Esta mujer. Su compañera. ¿Cómo había sido el destino tan bondadoso?

Ella lo amaba. Se lo dijo una y otra vez mientras viajaban hacia la nave.

Parte del viaje fue un destello, pero lo que más recordaba era a Taylor declarando su amor por él. Sí, una computadora en la Tierra los había emparejado en la Selección, pero al no formarse el símbolo de vínculo de pareja en sus palmas, la decisión de quedarse con él o irse había sido de ella.

Y ella lo eligió a *él*.

—Cinco días, ¿eh? —se levantó de la silla y lo rodeó con los brazos. Alzando la cabeza, le sonrió—. A ver, ¿qué crees que deberíamos hacer con todo este tiempo libre?

—Yo terminaría nuestro cortejo, si me lo permites.

—Ah, sí. Cortejo. Matrimonio. Sexo. Creo que hicimos las cosas en otro orden.

—Lo rectificaré pronto. ¿No te molesta que haya cambiado el orden?

—Soy tuya. Y en cuanto al cortejo… —Tomó su mano y lo guio fuera del puente. Caminaron por el pasillo y se detuvieron en el baño, equipado con una enorme tina. No había zinters, pero un macho no podía ser exigente—. Creo que deberíamos tomar un buen baño largo.

—¿Deseas que adore tu cuerpo, no es así?

Ella guiñó un ojo.

—¿Cómo lo supiste?

—Porque nada me haría más feliz que amarte durante los próximos cinco daelas.

—¿Y el resto de tu vida?

—Yo también he elegido. Eres mía, y yo soy tuyo.

Después de un largo y embriagador beso, Taylor se deslizó hacia el baño, llamándolo por encima del hombro.

—Si me masajeas… la espalda, yo masajearé la tuya.

Con un gruñido, él la persiguió y la levantó en sus brazos. Dio vueltas mientras ella reía, luego la besó hasta que ambos quedaron atontados.

# CAPÍTULO 21

# *Después*

## TAYLOR



Wulf y Taylor habían planeado una sorpresa.

Antes de aterrizar en Crakair, hablaron con el comandante Vork a través de una imagen holográfica. Él mencionó una fiesta sorpresa que Mila había organizado para Kral. La sincronización era perfecta.

Juntos, los tres hicieron un plan…

—¡Sorpresa! —las voces alegres llegaron a Taylor y Wulf mientras se encontraban en una plataforma de madera en la cima de un árbol.

—Este lugar es increíble —dijo Taylor, mirando a su alrededor. No podía creer lo exuberante que era todo y lo bien hechas que estaban las casas en la aldea de Wulf. Para mantener la sorpresa, no le habían dicho a nadie que vendrían. El comandante Vork había organizado una nave para llevarlos desde el puerto espacial hasta la aldea Vikir, donde se apresuraron a través del bosque hasta el árbol de acceso principal—. ¿Todos ustedes viven aquí en las copas de los árboles?

—Así es —Wulf mostró sus colmillos. Tirándola hacia sus brazos, le dio un rápido beso. Luego otro, más largo y lleno de promesas.

Se separaron y se sonrieron mutuamente. Había sido maravilloso pasar días con él, descubriendo sus gustos y lo que lo hacía vibrar. Se acercaron más y pasaron mucho tiempo en la cama que encontraron en el camarote del capitán.

—Tenemos que irnos o llegaremos tarde —dijo ella, tomando sus manos y apretándolas—. No tenemos que quedarnos mucho tiempo. Solo necesito asegurarme de que estén bien KO.

—Visitaremos a tus amigos y luego iremos a casa. A nuestro hogar.

—No puedo esperar para verlo.

—Espero que te guste.

Dijo eso más de una vez, lo suficiente como para que ella pudiera darse cuenta de que estaba preocupado.

—¿No lo sabes? —acarició uno de sus naanans, y el escalofrío que él soltó envió un calor que la recorrió por completo—. Fui feliz durmiendo en un árbol contigo y en nuestro pequeño oasis en medio de la jungla. Si vives en una choza o en un campo abierto, sigo siendo tuya. No vas a ahuyentarme.

—Tú —la acercó y la abrazó, apoyando su barbilla en la parte superior de su cabeza—. No podría ser más feliz.

—Yo también —se acurrucó contra él, contenta. ¿Quién necesitaba fiestas y amigos? Se tenían el uno al otro, y eso era suficiente para ella.

Pero una chispa de emoción se encendió dentro de ella. No había visto a Mila y Lily desde que fueron secuestradas de la nave estelar. El comandante Vork le dijo que estaban felices con sus compañeros, pero hasta que no lo viera con sus propios ojos, no se relajaría.

Se acercaron a la puerta y, como habían acordado con el comandante Vork, entraron en la casa sin tocar. Las risas y el murmullo apagado de un bebé llegaron a ellos desde el pequeño vestíbulo.

—Estoy nerviosa —dijo Taylor, frotándose las manos—. Cuidado, alerta de charla.

Wulf le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes. Estos son nuestros amigos.

—Tienes razón —la tensión la dejó con un suspiro, aunque sus pies seguían inquietos en el suelo. Había estado encantada de dejar su vestido juglier rosa en la ciudad y ponerse algo limpio y cómodo. Añadió unos zapatos planos bonitos y joyas. Era agradable sentirse segura de su apariencia—. ¿Estás listo?

Él asintió y, tomándola de la mano, caminaron hacia la puerta abierta.

Ahh.

No conocía a algunos de los hombres y mujeres crakairianos en la habitación, aunque reconoció al príncipe heredero, Axil, y a su famosa compañera, Julia. La carita de su bebé aparecía regularmente en la televisión, y Taylor no podía esperar a cargarla. ¡Mira esos pequeños naanans!

La mirada de Taylor se encontró con la de Thea, quien estaba de pie junto a su compañero, Gaje. También habían aparecido en el popular programa de televisión, *Conozcamos a Nuestros Alienígenas*, y enviaban informes regulares desde Crakair. Visiblemente embarazada, Thea se acomodaba en los brazos de Gaje.

—¡Taylor! —gritó alguien. Lily cruzó la habitación al galope y se lanzó sobre Taylor. Las dos mujeres rieron y saltaron juntas, riéndose mientras sus compañeros observaban, mostrando los colmillos.

—Este es Jorg —dijo Lily cuando se separaron. Tiró de un alto crakairiano hacia adelante y le sonrió.

Él inclinó la cabeza.

—Taylor. He oído muchas cosas buenas de ti. Antes que nada, deseo agradecerte por tu regalo para la despedida de soltera.

Nada como que una bibliotecaria regale ropa interior comestible a sus amigas.

—De nada. Espero que hayan sido divertidas —Taylor presentó a Wulf—. Este es mi compañero, Wulf.

—Mucho gusto —Lily le dio un gran abrazo—. Nada de formalidades entre amigos, Wulf —dijo entre risas, dando un paso atrás—. Tú haces feliz a Tay, y somos amigos de por vida.

Wulf mostró sus colmillos, relajando su expresión. Pobre chico. ¿Había estado preocupado? Pronto vería que sus amigas eran increíbles, que lo harían sentirse bienvenido. Pronto serían una gran y feliz familia.

—¿Dónde está Mila? —preguntó Taylor, mirando a su alrededor, pero sin ver a su otra amiga.

Evie, la compañera del comandante Vork, saludó. Estaba de pie junto a una mujer que debía ser la hermana de Lily, Sadie, ya que las dos se parecían. Sadie también saludó y se recostó en el costado de Bryk, su compañero.

Tantas parejas formadas. Humanas y crakairianos felices por todas partes.

Lily frunció el ceño y miró detrás de Taylor.

—Mila estaba aquí hace unos minares, pero creo que tenía algo que mostrarle a Kral afuera —señaló con una suave sonrisa—. Vayan por el pasillo, a la izquierda y salgan a la terraza trasera. Creo que los encontrarán allí —se volvió hacia Jorg—. Tengo que asegurarme de que Bane no haga que el chocolate se arruine. Estaba convencido de que podía manejarlo, pero sabes lo exigente que soy con el chocolate —sonrió a Taylor—. Encuentra a Mila y tráela de vuelta. ¡Tenemos mucho de qué ponernos al día!

Con una sonrisa, Taylor tiró de Wulf fuera de la habitación y por el pasillo. Pero cuando miró por la puerta trasera y encontró a Mila besándose con un crakairiano, se giró hacia Wulf.

—Dejémoslos un rato más —susurró—. Pronto entrarán, y los veremos entonces.

—Estoy seguro de que así será —él rodeó su cintura con los brazos y la acercó más a él. Moviendo su cabello a un lado con un naanan, le besó el cuello y mordisqueó hasta llegar a su boca.

Se besaron antes de volver con sus amigos en la sala.

—Ven, compañera —dijo, tomándola de la mano—. Debes mostrarme este choco-laite. Quiero probarlo.

—Compañera —dijo con picardía—. Me he dado cuenta de que ya no me llamas futura compañera. Soy la definitiva.

—Lo eres —se detuvo en medio de la cocina y, levantando su mano, besó sus nudillos.

Un pellizco, y ella frunció el ceño al mirar sus manos entrelazadas.

—Espera. ¿Qué fue eso…? —¿Les había picado algo?

Los ojos de él se agrandaron y luego brillaron intensamente.

—Compañera —susurró. Luego lo dijo con más fuerza, más alto—. ¡Compañera!

Separaron las manos y las levantaron, con las palmas hacia arriba. Dos símbolos de vínculo de compañeros aparecieron donde antes solo había piel lisa y escamas.

Con una gran sonrisa, Taylor saltó a los brazos de Wulf, envolviendo sus brazos y piernas alrededor de él.

Él la giró hasta que le dio vueltas la cabeza.

Echando sus cabezas hacia atrás, rieron juntos.

Busque *LYEL*, Libro 6 de la *Serie Novias por Correo de Crakair*, en Amazon.

# LYEL

**Un guerrero alienígena en busca de redención**
**Conoce a una humana capturada y tratada como mascota.**
**¿Sobrevivirá su amor en un mundo hostil?**

Secuestrada por alienígenas de piel azul y cuatro brazos, Isabelle "Isi" es vendida al jefe de la operación de secuestros Al'kieern. Isi ha aceptado que vivirá y morirá como mascota cantante de la reina. Después de todo, actuar para los Al'kieern es mejor que ser vendida como reproductora. Pero un caudillo crakairiano asalta el complejo Al'kieern, decidido a destruir todo y a todos a su paso. Cuando lo capturan, Isi le ofrece liberarlo si la ayuda a escapar.

Despreciado por la sociedad crakairiana después de que su padre intentó asesinar a un comandante militar respetado, Lyel está dispuesto a morir para redimir el nombre de su familia. Acepta una misión suicida para destruir la operación de secuestros Al'kieern en la luna Mara. Pero, justo cuando está a punto de volar el lugar al heille, ve a Isi. Mientras ella canta, un símbolo aparece en su palma, revelándole que ella es su compañera destinada. Para escapar, deben cruzar un desierto implacable, perseguidos de cerca por los Al'kieern. ¿Sobrevivirá su creciente amor a esta prueba?

*Lyel* es el libro 6 de la serie *Novias por Correo de Crakair*. Esta historia independiente y de larga duración incluye escenas de alto voltaje, alienígenas que lucen y actúan de forma alienígena, un final feliz garantizado, sin infidelidades ni final abierto. Puedes encontrar el resto de la serie en Amazon.

# Acerca del Autor

Ava Ross se enamoró de hombres con rasgos inusuales cuando vio Star Wars por primera vez, donde las criaturas alienígenas se volvieron parte de la cultura popular. Vive en Nueva Inglaterra con su esposo (que, lamentablemente, no es un alienígena, aunque tiene su encanto a su manera), sus hijos y algunas mascotas variadas.

avarosswrites(dot)com